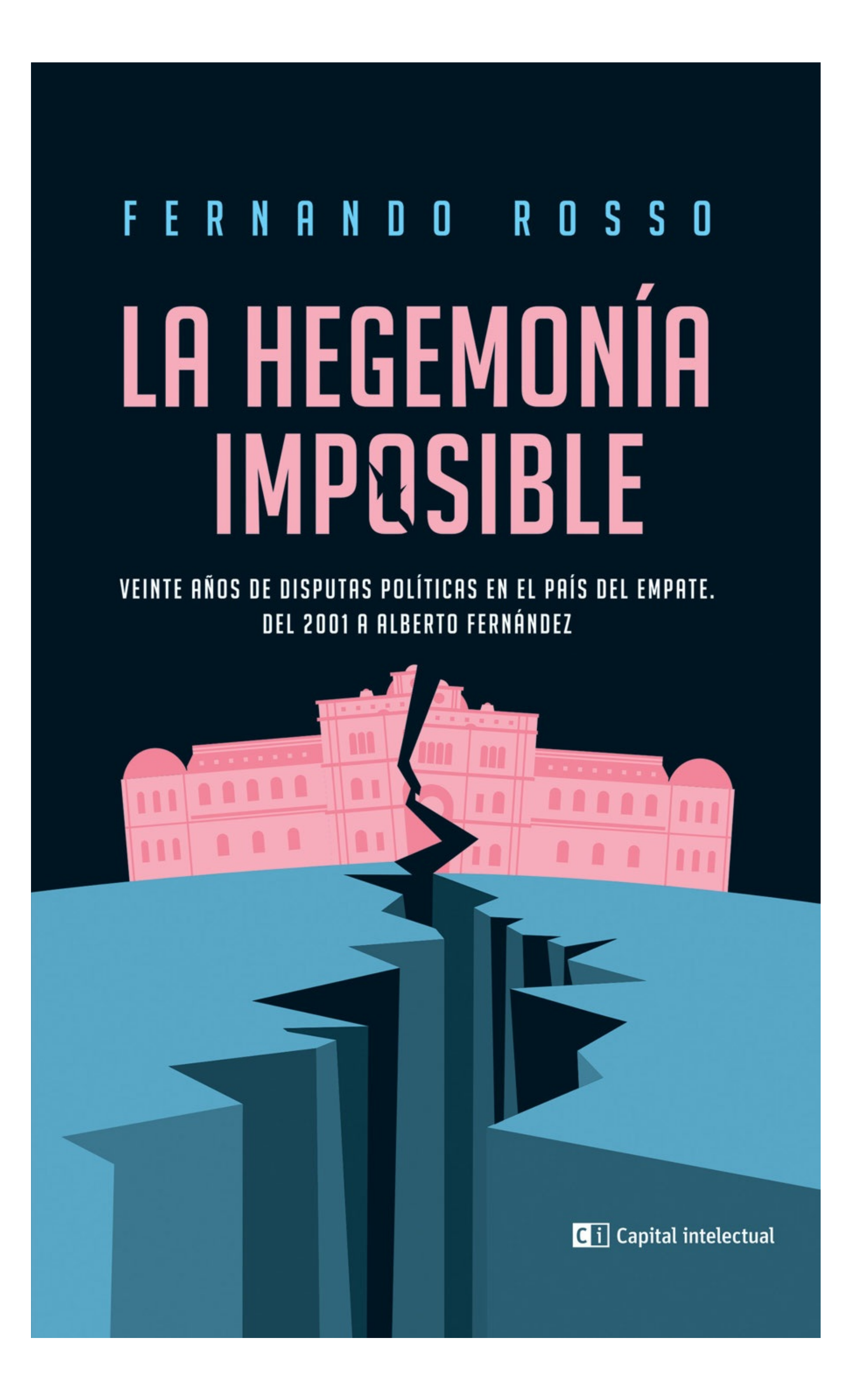
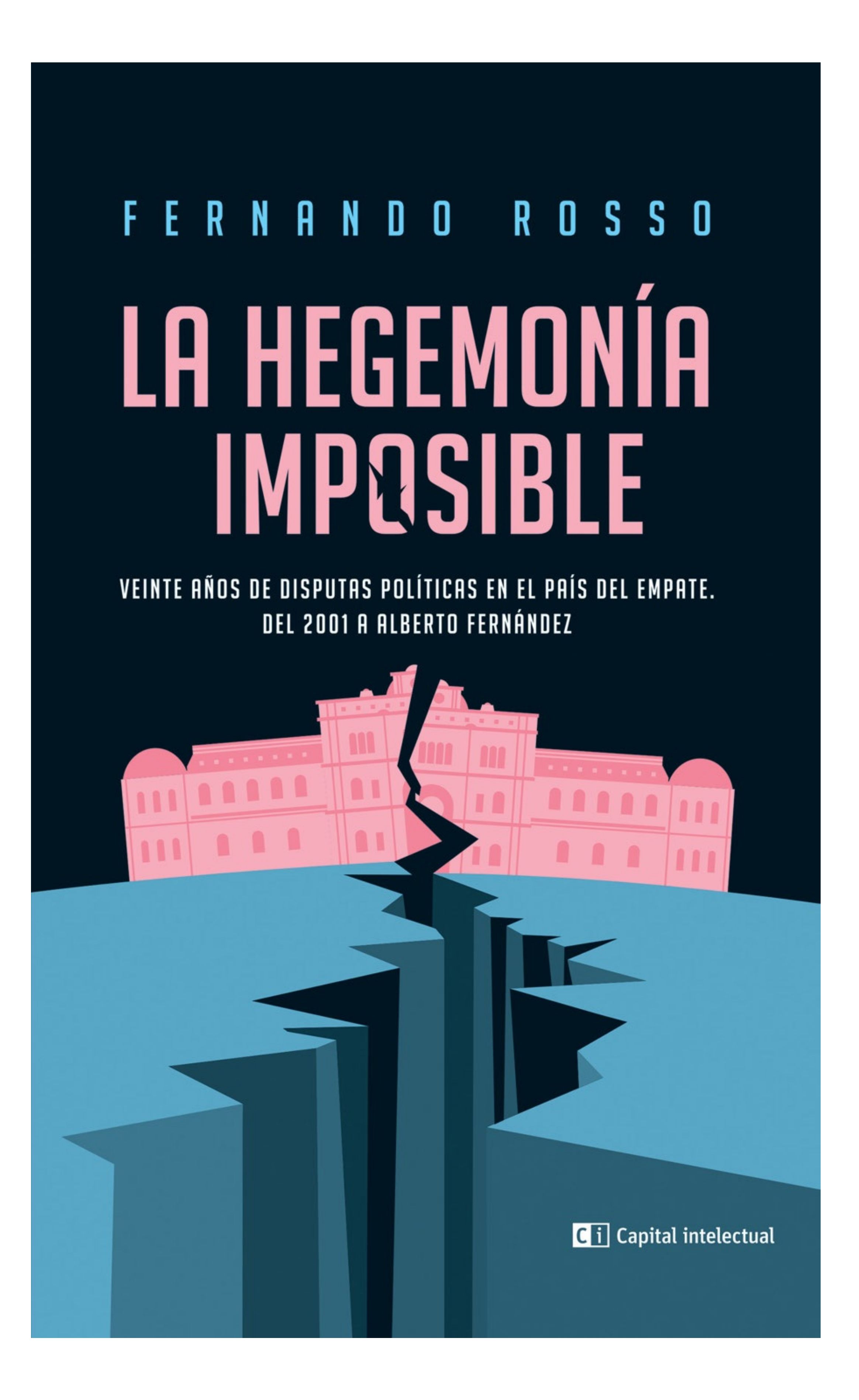

FERNANDO ROSSO
LA HEGEMONÍA IMPOSIBLE
VEINTE AÑOS DE DISPUTAS POLÍTICAS EN EL PAÍS DEL EMPATE.
DEL 2001 A ALBERTO FERNÁNDEZ
ci Capital intelectual


FERNANDO ROSSO
LA HEGEMONÍA IMPOSIBLE
VEINTE AÑOS DE DISPUTAS POLÍTICAS EN EL PAÍS DEL EMPATE.
DEL 2001 A ALBERTO FERNÁNDEZ
ci Capital intelectual

La hegemonía imposible

Fernando Rosso

La hegemonía imposible

Veinte años de disputas políticas en el país del empate.

Del 2001 a Alberto Fernández

Ci Capital intelectual

Rosso, Fernando La hegemonía imposible : veinte años de disputas políticas en

Director: José Natanson

Coordinadora de Capital Intelectual: Creusa Muñoz

Diseño de portada: Raquel Cané

Diagramación: Adriana Manfredi

Edición: Creusa Muñoz

Corrección: Brenda Decournex y Creusa Muñoz

Producción industrial: Damián Kaczulak

Prensa: Nuria Sol Vega (prensa@capin.com.ar)

Paraguay 1535 (C1061ABC), Ciudad de Buenos Aires, Argentina

Teléfono: (+5411) 4872-1300

www.editorialcapitalintelectual.com.ar

Primera edición en formato digital: mayo de 2022

Versión: 1.0

Digitalización: Proyecto 451

ÍNDICE

PRESENTACIÓN

“Todo libro comienza con el deseo de otro libro, como impulso de copia, de robo, de contradicción, como envidia y desmesurada confianza”, escribió Beatriz Sarlo en la introducción a Una modernidad periférica. (1) Podría agregar que el resultado final se ubica entre el fracaso de ese libro imaginario y el “éxito” de lo realmente escrito. Con la excepción de la “desmesurada confianza”, este libro contiene copia, robo y envidia, pero −sobre todo−, diálogos, conversaciones y polémicas con múltiples textos o intervenciones que intentaron pensar con seriedad la política argentina de las dos primeras décadas del siglo XXI a partir de un acontecimiento fundante de esta época: el 2001.

Es el producto de varios años de reflexión sobre la Argentina reciente a la luz de su historia: el devenir de su “sociedad civil” siempre contenciosa y especialmente sus inquietas clases trabajadoras; el itinerario del peronismo, movimiento que estuvo en el corazón del sistema político en los últimos ochenta años y que hoy es una sombra de lo que fue; el derrotero de sus

derechas, que han cambiado el pelo, pero no las mañas; y un fenómeno que se ha instalado en el centro de la vida pública: la crisis. Efectivamente, si algo nos define a los argentinos y argentinas es la persistencia de la crisis, que lejos de ser un problema “patológico” es el resultado de la irresolución de conflictos entre fuerzas sociales y políticas que vienen protagonizando un largo “empate”. El país de los vetos recurrentes, el péndulo eterno, el círculo vicioso entre los que llegan y no pueden y los que dicen que pueden y no llegan. El país en el que no se puede ser más neoliberal ni más populista de lo que permite la relación de fuerzas. En síntesis, el país de la hegemonía imposible.

Luego de la ocupación menemista y del primer kirchnerismo, cuyas administraciones establecieron algo parecido a una “hegemonía”, en los últimos años nadie logró reunir las condiciones políticas para un cambio cualitativo de las relaciones de fuerza y un ciclo expansivo, tanto desde el punto de vista económico como desde la representación política. En este laberinto, la crisis se tornó crónica y el país parece transitar una lenta decadencia.

Este es un libro militante, en el sentido de que aspira a contribuir al conocimiento de una realidad compleja porque es difícil transformar lo que no se conoce o lo que no se entiende. Sin embargo, el lector o la lectora no encontrarán lo que desde una posición de izquierda tradicional se denomina una "línea", una propuesta para la acción inmediata, un posicionamiento programático explícito o precisas coordenadas estratégicas que −con mis capacidades limitadas− realizo en otros ámbitos y bajo otros formatos. Por el contrario, aquí se vuelcan reflexiones provisionales, ideas para el debate, hipótesis que buscan someterse a la prueba de la realidad y discusiones que pretenden animar la conversación colectiva que nos ayude a entender ese problema que llamamos Argentina: la Argentina reciente como problema.

El libro tampoco es una historia pormenorizada de cada periodo político o de las diferentes etapas que siguieron al 2001 como acontecimiento hasta lo que periodísticamente denomino el "quinto peronismo", sino más bien un ensayo sobre cuáles fueron sus características esenciales y los hechos que −desde mi punto de vista− las confirman. Intenta restablecer un método que coloque en el centro del análisis a las relaciones de fuerza sociales y su traducción política sobre la base de los condicionamientos económicos. Un vector que estuvo relativamente ausente o relegado a un segundo plano en el grueso de las lecturas de la política argentina del último periodo, con valiosas excepciones, que estimularon estas reflexiones.

Un complemento que consideré muy productivo para contribuir en este sentido fue la exposición crítica de las diferentes polémicas o debates que se desataron ante cada fenómeno. En la historia política o intelectual, el choque de ideas siempre habilitó la emergencia de verdades más potentes que la narrativa del consenso, que termina, en general, en un compromiso ecléctico que todos veneran y en el que nadie cree.

La deformación profesional me inclinó hacia el uso del formato periodístico y algunas herramientas de la crónica, pero conjugadas con lecturas de mediano o largo plazo, elaboraciones teóricas o trabajos académicos que ayudan a tomar la distancia necesaria para entender los avatares del presente. Se dijo alguna vez que el periodismo es "la primera versión de la historia"; podría agregar que a veces también es la más precaria. Sin embargo, no me encuentro entre los elitistas que reniegan del periodismo como una literatura menor frente a otros géneros que tendrían una estatura presuntamente superior. Despojado de esa dudosa legitimidad autorreferente y de las ínfulas que pretenden encontrar en

cada hecho irrelevante “al hombre que mordió al perro”, el periodismo puede brindar instrumentos útiles para la compresión de una época. José Carlos Mariátegui llegó a afirmar que “el mejor método para explicar y traducir nuestro tiempo es, tal vez, un método un poco periodístico y un poco cinematográfico”. (2)

Este libro tiene, además, algo de la sensibilidad y la impronta generacional, justamente por aquella vieja advertencia: “Escribe sobre lo que sabes”, y ¿qué mayor conocimiento que el de las cosas y hechos que, además de estudiarse, se han vivido?

Por último, el libro padece, sí, de una desmesura: la pretensión del ensayo, precisamente por aquello de que “todo contenido reclama su forma”. Y en esa confluencia híbrida entre el campanear de las siempre cambiantes coyunturas argentinas, la experiencia política cotidiana y ciertas elaboraciones teóricas, estos textos encontraron la forma más adecuada de transmitir lo que querían decir. Los lectores y las lectoras juzgarán con qué éxito.

▪

1. Beatriz Sarlo, Una modernidad periférica, Siglo XXI, Buenos Aires, 2020.

2. José Carlos Mariátegui, “La escena contemporánea”, en Antología (seleccionada por Martín Bergel), Siglo XXI, Buenos Aires, 2021.

Capítulo I

La hegemonía imposible

En Argentina, en apariencia, siempre estamos discutiendo de política. Todo debate es político y la política atraviesa todos los discursos. Un común va a pestañar y ese guiño es político. Sin embargo, no todo es política.

Jacques Rancière escribió que no siempre hay política en la discusión o la acción pública, pese a que siempre existan formas de poder. Dice más específicamente que la esencia de la política consiste en perturbar un acuerdo "mediante operaciones disensuales, montajes de consignas y acciones que vuelven visible lo que no se veía, muestran como objetos comunes cosas que eran vistas como del dominio privado, hacen que prestemos atención a sujetos habitualmente tratados como simples objetos al servicio de los gobernantes". (3) La política sobreviene cuando aquellos que carecen de tiempo se toman el tiempo necesario para erigirse en habitantes de un espacio común y para demostrar que emiten un lenguaje que habla de cosas comunes y no solamente un rugido que revela sufrimiento. En definitiva, cuando comienza a existir y a tomar voz la parte de los que no tienen parte.

Antonio Gramsci diferenciaba la "gran política" de la "pequeña política". "La gran política −explicaba− comprende las cuestiones vinculadas con la función de nuevos Estados, con la lucha por la destrucción, la defensa, la conservación de determinadas estructuras orgánicas económico-sociales". Por el contrario, "la pequeña política comprende las cuestiones parciales y cotidianas que se plantean en el interior de una estructura ya establecida, debido a las luchas de preeminencia entre las diversas fracciones de una misma clase política". "Gran política −ejemplificaba el comunista italiano− es, por lo tanto, la tentativa de excluir la gran política del ámbito interno de la vida estatal y de reducir todo a política pequeña". (4) En síntesis, un objetivo de "gran política" es mantener lo que en la actualidad algunos denominan "la conversación pública" alimentada

con temas menores o de importancia secundaria, intrigas palaciegas, escándalos mediáticos, guerras de bolsillo en las redes sociales y laberintos judiciales incomprensibles, mientras que la “gran política” se define en otra parte.

Clásicos como Spinoza o Maquiavelo han definido lo político sobre la base del esquema físico de la “composición de fuerzas”: de la mutua “potenciación” de los conatus individuales (de ese esfuerzo por la perseverancia en el Ser) acumulándose en la potencia colectiva de la multitudo, en el caso del filósofo holandés, o como la actividad que busca crear nuevas relaciones de fuerza, según la mirada del florentino. Con su crítica de la economía política, Marx dotará a estas concepciones de un suelo material sobre el que transita la práctica de la política en la sociedad capitalista moderna.

Miradas desde estos puntos de vista, nuestras discusiones eternas y saturadamente politizadas, en realidad, contienen poco y nada de política. Nociones como “grieta”, “polarización”, “sistema de partidos”, “fractura”, “bipartidismo”, “bicoalicionismo”, “vieja política” o “nueva política” coparon las discusiones en el último tiempo con aportes sugerentes, inteligentes o creativos, pero inclinados hacia una excesiva “autonomía de la política” con respecto a sus condicionantes estructurales (económicos, sociales y de clase), que delimitan sus horizontes y el abanico de sus posibilidades.

El objetivo de este ensayo es pensar el significado histórico −si puede denominarse de esa manera− de los distintos procesos políticos de los últimos veinte años a la luz de las relaciones de fuerza que, a la vez, son el emergente de conflictos, avances, retrocesos, triunfos, derrotas o desvíos entre las clases que luchan. Intentar comprender cómo se traducen esas relaciones al terreno político (con sus distorsiones, continuidades y discontinuidades) en una relativa autonomía de la política que, sin embargo, no gira en el vacío. Esto presupone dar cuenta de lo que sucede en la esfera económica, que siempre está asociada a la política (después de todo, la política es economía concentrada) y sus consecuencias en el nivel de la estructura social. El análisis de la economía es una condición para calibrar la correspondencia o la discordancia entre los tiempos en los que se procesan los factores objetivos y subjetivos de la totalidad de una formación social en un momento histórico determinado. Porque sucede muy a menudo en la historia que una etapa se clausura primero en el plano económico-social y no en la esfera política, no encuentra las tendencias políticas que corporicen a las fuerzas sociales o simplemente no se halla salida a una catástrofe económica. En la historia política reciente de la Argentina tenemos

ejemplos de periodos que se “cerraron” en lo económico, pero continuaron “abiertos” desde el punto de vista político (la transición duhaldista es un ejemplo) o que se agotaron desde el punto de vista económico, pero sobrevivieron gracias al usufructo limitado que permitían las condiciones políticas (el último gobierno de Cristina Kirchner podría entrar en este modelo).

La noción de hegemonía está en el centro de estas reflexiones. Y su uso tiene pertinencia para nuestro país en el contexto de ciertos rasgos precariamente “occidentales” que desarrollaron algunas sociedades latinoamericanas a lo largo de su historia −sobre todo, en el siglo XX− sin romper con sus características estructurales de semicolonias subordinadas, pero complejizando sus entramados sociopolíticos con la ampliación del Estado como factor central. (5)

El concepto de hegemonía tiene un largo itinerario en el pensamiento político contemporáneo e incluso desde los tiempos de la Grecia antigua. No estuvo exento de un riesgo recurrente del que son víctimas las nociones con “demasiado uso”: que al intentar explicar todo, no expliquen nada. La hegemonía como mero ardid discursivo, como práctica cultural, como puro consenso sin coerción; la hegemonía como autonomía absoluta de la política, como pura manipulación mediática; el significante vacío y el vacío de un significado. La hegemonía como sinónimo de la simple articulación de un actor cualquiera en condiciones cualesquiera que le permiten atar con alambre por un breve periodo de tiempo lo que está estructuralmente quebrado.

Si aceptamos por un instante que esta teoría, reelaborada por el pensamiento marxista en el inicio del siglo XX para pensar una estrategia para la lucha de las clases subalternas en general y de la clase obrera en particular, puede ampliarse para pensar cómo domina la clase dominante, la noción puede ser productiva. (6)

Como definición general, la constitución de una hegemonía tiene lugar cuando una clase dominante (o una fracción de clase) se torna dirigente. Es decir, logra esa combinación “virtuosa” de coerción y consentimiento porque, además, tiene la posibilidad de otorgar concesiones materiales a las clases sobre las que ejerce su hegemonía. Con estas condiciones consigue −por un periodo de tiempo− transformar sus intereses particulares en relativamente universales. Como señalaba el autor de los Cuadernos de la cárcel, “es indudable que tales sacrificios y tal compromiso no pueden afectar lo esencial, porque si la hegemonía es ético-política, no puede dejar de ser también económica”. (7) No afectar lo esencial quiere decir que las concesiones no pueden poner en riesgo la

lógica de los negocios, el modo de producción o los intereses fundamentales de la clase que se tornó dirigente. Puede entenderse de dos maneras con diferencias sutiles: la hegemonía como dirección o como la suma de dirección y dominación. En cualquier caso, la hegemonía no es viable solamente sobre la base de la dominación. La persistencia de la noción en el pensamiento político puede tener que ver con que toca una cuestión nodal que hace a toda reflexión sobre la política: ¿cómo conquistar una relación de fuerzas favorable para cumplir los propios objetivos? Por último, hay que tener en cuenta que la hegemonía, incluso cuando se da de manera más o menos sostenida, siempre es una relación contradictoria, nunca es del todo estable; implica una combinación de liderazgo con apoyo, coerción y compromisos. (8)

Si aplicamos este uso a la historia argentina reciente, se puede conjeturar que hubo dos grandes periodos en los que se impuso algo cercano a una hegemonía: el menemismo y el kirchnerismo. Con perspectivas diferentes, ambos tuvieron elementos estructurales "fundantes": una crisis de origen, una reconfiguración de las relaciones de fuerza y un ciclo internacional a su favor.

Con la hiperinflación que agobió a las mayorías en el crepúsculo del gobierno de Raúl Alfonsín y condujo casi a la disolución social luego de dos años de luchas que terminaron en derrotas (privatizaciones), el menemismo asentó una especie de hegemonía basada en un "consenso negativo". Un consentimiento alcanzado con la primacía de los mecanismos de coerción/coacción o directamente por medio del "terror económico". La resignación a un orden con estabilidad a un costo muy alto, pero que funcionó por un periodo considerable. Además, existió un factor adicional que contribuyó a la posibilidad de éxito de la apuesta menemista: el contexto internacional de un neoliberalismo que aún gozaba de buena salud y habilitó un ciclo de negocios con el arribo masivo de capitales al país. Mientras transformaba regresivamente las relaciones sociales estructurales continuando la tarea que había comenzado la dictadura militar, se apoyó en dos factores: la estabilización y el consumo.

Por su parte, el kirchnerismo −sobre todo el de los orígenes− arbitró sobre la ola que había dejado la crisis y las jornadas del 2001, y se benefició de las nuevas relaciones de fuerza que el terremoto impuso a golpes de intensa movilización popular. Tuvo algunas ventajas: el ajuste devaluatorio bajo el interinato de Eduardo Duhalde, el default de la deuda privada declarado por Adolfo Rodríguez Saá y el superciclo de las materias primas que configuró el famoso "viento de cola" favorable a las exportaciones argentinas. Su peculiar

“hegemonía” se basó menos en los mecanismos coercitivos de generación de consenso (que nunca dejan de operar en la sociedad capitalista y menos en una formación social subordinada como la argentina) y más en cierta capacidad del Estado de otorgar concesiones para contener y restaurar la autoridad estatal, gravemente dañada. En 2008 con los violentos coletazos de la crisis internacional conocida como de las subprimes y el enfrentamiento con las patronales del campo, comenzó a resquebrajarse la “hegemonía” y luego de una recuperación (acompañada por un rebote mundial) en 2012 entra definitivamente en crisis. (9)

Tanto la última administración de Cristina Kirchner como los gobiernos de Mauricio Macri y Alberto Fernández fueron la expresión de una hegemonía imposible. Ninguno logró reunir las condiciones políticas para un cambio cualitativo de las relaciones de fuerza, tampoco la fortuna de las condiciones internacionales acompañó a sus gestiones y la crisis se tornó crónica.

Los primeros triunfos electorales de la coalición Cambiemos generaron la ilusión de que se había logrado “desconectar” la política de la economía con el manejo aceitado de los instrumentos comunicacionales de una posmodernidad líquida. La relativa autonomía de la política se convertía en independencia absoluta del relato y el big data, la microsegmentación y el marketing electoral terminaban transformados en el último grito en materia de estrategia política. La crisis catastrófica de la experiencia cambiemita derrumbó de un saque todas aquellas fantasías.

El Frente de Todos arribó con la promesa de reparación y su triunfo le debe mucho al final dramático del macrismo. Pero triunfo electoral no es sinónimo de hegemonía política y no garantiza por sí mismo una adaptación de las relaciones de fuerza como por arte de magia. La imposibilidad de cumplir el contrato electoral lo condujo tempranamente a una derrota considerable en las elecciones de medio término de 2021.

Para entender la cuestión de la hegemonía imposible: la desorientación de los liderazgos de las dos últimas coaliciones se expresó en esa especie de mesianismo político que a su manera exhibieron: el macrismo pensó que su mero arribo al poder cambiaba todo y se producía la inevitable “lluvia de inversiones” con nutridos grupos de empresarios internacionales que vendrían al país para integrarlo al mundo; el peronismo unido consideró que su llegada a la administración de Gobierno en sí misma era garantía de orden ya que se suponía

con la capacidad “innata” para surfear cualquier crisis. Como dijera Jorge Luis Borges, cometieron la insensatez de “aferrarse al mágico sonido de su nombre”.

La encrucijada nos conduce a la espinosa cuestión del “empate”. Desde que Juan Carlos Portantiero planteó la definición de “empate hegemónico” para pensar la sociedad argentina, (10) a mediados de los años 70 del siglo pasado, mucha agua corrió bajo el puente: una dictadura genocida que rediseñó el país, un menemismo que completó la tarea, una crisis total en 2001, una rebelión de los ricos bajo el macrismo y un péndulo de saqueos a las mayorías populares y recomposiciones que nunca reparan al nivel de las condiciones de vida anteriores. Seguir hablando del mismo “empate” sería necio y extemporáneo porque es evidente que las clases dominantes ganaron terreno, se reconfiguraron, y también cambió la anatomía de las clases subalternas. Sin embargo, la crisis −por esa suerte de “imposibilidad hegemónica” a la que se vuelve de manera recurrente− parece confirmar aquella idea de que en estos tiempos el poder es fácil de ganar, mucho más fácil de perder y prácticamente imposible de conservar. Desde 2012 a esta parte esa imposibilidad latente se transformó en impedimento abierto.

La expresión de “empate”, que según Portantiero tomó de Adolf Sturmthal y específicamente del libro La tragedia del movimiento obrero, (11) tiene alguna utilidad para pensar el presente argentino. Por esos años, refiriéndose al mismo periodo turbulento que va desde la caída del peronismo en 1955 hasta el golpe de Estado de 1976, otros autores hablaron de “imposibilidad o vacío hegemónico”, “hegemonía externa” o “crisis política permanente”. Se referían a la constatación de un juego político imposible ante el fracaso en la configuración de instituciones capaces de metabolizar el conflicto y de un régimen deficitario en términos de representación: las divisiones del radicalismo y, sobre todo, la proscripción del peronismo eran su manifestación en la superficie política.

La noción en general describe un “empate” entre fuerzas que alternativamente son capaces de vetar los proyectos de las otras, pero sin recursos suficientes para imponer, de manera perdurable, los propios. En términos más estructurales, una situación que revela la incapacidad de un sector social que devino predominante en las últimas décadas en la economía, pero que no puede proyectar un orden político que lo exprese y lo reproduzca. Una asimetría entre predominio económico y hegemonía política por los intentos fallidos de traducción entre ambos.

Históricamente, y especialmente en los años 60 y 70 del siglo pasado, el "empate" se manifestaba por arriba entre el capital monopolista y el "no monopolista", este último con inclinaciones mercadointernistas. En el terreno político los dos bloques se articulaban en las coaliciones abiertamente liberales (luego neoliberales), por un lado, y las llamadas populistas, por el otro. En las últimas décadas, esa sombra de "burguesía nacional" (a veces bautizada como "no monopolista") se debilitó

aun más y después del 2001 el Estado intentó ocupar el lugar de la contención de las fracciones sociales antes cobijadas bajo las viejas coaliciones "populistas", luego del vigésimo fracaso en el propósito de construir artificialmente una "burguesía nacional". Con el superciclo de las materias primas a favor, bajo el kirchnerismo se aceptaron algunos compromisos −contención social, retenciones, aumentos salariales regulados− que configuraron una nueva forma peculiar de "empate". Pasadas las condiciones excepcionales, el capital más concentrado e imperialista volvió a exigir la imposición de todas sus condiciones. La fallida experiencia cambiemita y el fracaso de su "reformismo permanente" mostró que no es una tarea fácil y el nuevo kirchnerismo ampliado, agrupado en el Frente de Todos, buscó un equilibrio imposible: cumplir con todos y no conformar a nadie.

La historia zigzagueante de los últimos diez años (2012-2022) es la historia de los intentos de ajustes entre las nuevas condiciones económicas y las estructuras políticas. Agotadas las circunstancias que habilitaron todos los superávits económicos, entraron en crisis las salidas negociadas: la del kirchnerismo tardío al iniciar el camino gradual al ajuste (devaluación de 2014, vuelta a los "mercados internacionales", arreglo de los diferendos por deudas con el CIADI −Centro Internacional de Arreglo de Diferencias− y por la expropiación parcial de Repsol), que lo condujo a la derrota electoral; la del macrismo, que realizó un tránsito tortuoso que fue del "gradualismo" al "reformismo permanente" y encontró un límite en la revuelta de la calle (movilizaciones contra la reforma previsional de diciembre de 2017) y luego en el desencanto de los mercados desde arriba (corrida financiera de 2018), para sucumbir también en las urnas. Finalmente, la de Alberto Fernández, que se desinfló en tiempo récord por ajustar, contener, avanzar, retroceder, y todo lo contrario.

En el siglo XX, la cuestión se resolvía con la espada del "partido militar", que sufrió una derrota histórica (luego de haber infligido una a los sectores populares). En las últimas décadas, ese lugar de arbitraje intentaron ocuparlo las

distintas variantes de los “partidos judiciales”, sin la misma eficacia y con menor capacidad de fuego; aportaron más a la confusión general que a la resolución de las crisis.

Quienes no están ausentes, aunque no tallan todavía a la altura que la situación requiere −con excepciones, como diciembre de 2017, además de los pronunciamientos electorales−, son las clases trabajadoras y los sectores populares. Entre otras cosas, por la contención de las dirigencias sindicales (y ahora “sociales”), que allá lejos y hace tiempo abandonaron las aspiraciones a un “reformismo obrero” para pasar a ser furgón de cola de un “reformismo burgués” (un tránsito que también había definido Portantiero). En última instancia, la crisis histórica de los aparatos sindicales es la cada vez mayor ausencia de una “burguesía nacional” a la que pueda atar su destino.

Las salidas que propusieron las principales fuerzas en el último periodo quedaron reducidas a dos apuestas polares, pero atrapadas por los condicionantes del mismo sistema: un modelo neoliberal duro que no se puede imponer sin derrotas significativas o un estatalismo blando que no puede ser exitoso sin condiciones excepcionales, entre otras cosas, porque la estatalidad también está palmariamente disminuida.

Estado ampliado y disminuido

Esta ampliación de un Estado con capacidades disminuidas produjo contradicciones que son cada vez menos contenibles. El politólogo Pablo Touzon describió la situación de la siguiente manera a fines de 2021: “El Estado como asignador de recursos, como único actor legitimado para actuar, como el que multiplica la asistencia social. Ese modelo de un Estado sobreexpandido está en crisis, especialmente después de la pandemia, que exigió todo del Estado”. (12)

Curiosamente, Portantiero escribía tempranamente algo similar a mediados de la década del setenta del siglo pasado: “Pedirle al Estado argentino que con sus propios recursos reordene desde arriba a la sociedad es pedirle algo que está más allá de sus capacidades”. Y advertía: “Su intervencionismo a menudo obsesivo nunca puede llegar más allá de un complicado engranaje de reglamentos, mecanismo defensivo con el que busca constreñir a la Sociedad Civil pero sólo logra irritarla”. (13)

Sin embargo, del análisis o del pronóstico correcto de una contradicción no brota necesariamente su solución porque la “ampliación del Estado” en el pos-2001 respondió a una necesidad o no a una libre opción. La urgencia de contener a un sector popular y obrero que, pese a todos los retrocesos y reconfiguraciones mantuvo su ímpetu y sus capacidades organizativas. En condiciones distintas, aquello de que “a la Argentina siempre le sobraron sindicatos y le faltó burguesía nacional” aún mantiene vigencia.

El politólogo Guillermo O’Donnell explicó esta fallida relación de fuerzas (o “relación de debilidades”) entre las clases fundamentales de la peculiar formación social argentina a lo largo de su historia marcando una diferencia con otras formaciones sociales del subcontinente: “La razón de la comparativamente mayor capacidad política de la burguesía local en Argentina no se halla tanto en ella misma como en las características del sector popular y −un aspecto de lo mismo− en el mayor grado de homogeneidad nacional del caso argentino respecto de los restantes latinoamericanos”. Según su análisis, en el resto de las sociedades latinoamericanas existía un sector popular urbano más débil, menos

organizado y menos autónomo por el peso de las regiones marginales o rurales. Consideraba que tradicionalmente la cohesión de las clases dominantes se quebraba “desde abajo”, es decir, políticamente. Lo que obligaba a una fracción a intentar un bloque “policlasista” con las clases subalternas. “Policlasista en el sentido específico de que incluía al sector popular (con un fuerte componente obrero) y a un fundamental componente burgués. Precisamente por esto el principal canal político de esa alianza fue el peronismo.” (14)

O’Donnell describe certeramente la dinámica estructural de las fuerzas sociales y su traducción política en un país con un desarrollo desigual y combinado peculiar, un considerable peso urbano y obrero y una débil “burguesía nacional”. Entre otras cosas, liquida la tesis −extendida en innumerables tendencias políticas− de la existencia de una “burguesía nacional” con capacidad de acción política independiente, una fuerza inmanente y un interés “progresista” que había que saber estimular o despertar. Las alianzas policlasistas y los momentos de quiebre se produjeron más por debilidad que por fortaleza, para contener una avanzada independiente de sectores populares antes que para desarrollar un proyecto político propio “nacional” o “progresista”.

Un cambio estructural cualitativo de las últimas décadas, neoliberalismo de por medio, es la tendencia hacia una mayor homogenización e imbricación del conjunto de las fracciones de la burguesía, una pérdida mayor del peso de los sectores de origen nacional (esto está demostrado estadísticamente) y una mayor subordinación a lo más concentrado del capital internacional. Aunque no está descartada históricamente, es estructuralmente más difícil una eventual división del tipo de la que existió entre “devaluadores” y “dolarizadores” previa al estallido del 2001, que fue el último gran quiebre por arriba que tuvo lugar en Argentina. La contención de los sectores populares recae sobre algunas funciones del Estado y sectores pequeñoburgueses incapaces de un proyecto político con alguna potencialidad hegemónica. La contradicción punzante que emerge de esta “correlación de debilidades” es que la fracción que se hizo económicamente dominante no logra (y no puede lograr) generar una “representación” política más o menos estable.

El punto de vista de la crisis

Por último, la hegemonía imposible se relaciona íntimamente con lo que parece un eterno presente de la realidad argentina: la crisis. La excepción que en los últimos años se hizo norma. Ezequiel Ipar, Micaela Cuesta y Lucía Wegelin escribieron para la revista Anfibia un artículo basado en un trabajo de campo sobre las configuraciones ideológicas del presente y llegaron a la siguiente conclusión: “La crisis es el nombre del presente en la Argentina. No es la pandemia, no son las vacunas, no es el dólar, ni la inseguridad”. Aseguran que “Una figura de nuestrxs entrevistadxs sirve para aludirlo: un boxeador en una esquina que, grogui, está parado a tientas aguantando los golpes. Los ganchos y zurdas parecen venir de todos lados: de la economía, de la inseguridad, de la salud, de la comunidad. No está claro quién los asesta, ni tampoco desde cuándo se reciben. De allí la imagen de estar ‘perdidos, sin rumbo’, sin saber por dónde ni hacia dónde disparar. Pareciéramos estar bajo el imperio de una ‘incertidumbre’ que dejó de ser desafiante para ser agobiante”. Y concluyen: “No obstante, hay un significante que se impone: crisis”. (15)

El abordaje de la crisis es −en sí mismo− todo un posicionamiento político. En La ofensiva sensible, Diego Sztulwark trabaja una idea sugerente sobre las diferentes perspectivas que asume la política frente a la crisis. Afirma que los discursos de la crisis se elaboran desde arriba y, cuando eso sucede, la apelación a la crisis funciona como discurso de orden, de poder, de fortalecimiento de la dominación en condiciones cada vez más precarias. (16) Exactamente en el sentido contrario a la idea de asumir la crisis como premisa. Cuando los que mandan o sus intelectuales orgánicos aluden a la crisis lo hacen desde la perspectiva del orden. Apelan al fantasma de la crisis para recortar salarios, aumentar la desocupación 0 limitar la asistencia social. La crisis es la excusa ideal para imponer una forma de normalidad: la normalidad del poder. Una cosa muy diferente es asumir la crisis como punto de partida, como condición de posibilidad de otra cosa. La crisis como punto de vista que no añora la vieja normalidad, que no desea restablecer el viejo orden, sino crear un orden nuevo.

El politólogo y docente Agustín Artese escribió en el mismo sentido una

consideración de la crisis como punto vista, o mejor dicho, el punto de vista de la crisis en algunas tradiciones del pensamiento marxista. La posibilidad de colocar la noción de “crisis” como centro orbital del universo de conceptos y problemas desarrollados por Antonio Gramsci (y que también percibe en el marxista boliviano René Zavaleta Mercado): como llave de conocimiento de la estructuración de la formación social específica y también como momento de autoconocimiento de las masas. (17)

Una perspectiva opuesta es la expresada por el Juan Carlos Torre tardío, aquel que continúa acuñando las categorías gramscianas para pensar el proceso (lo que otorga agudeza a sus análisis), pero habiendo relegado allá lejos y hace tiempo cualquier proyecto de transformación radical (lo que empobrece su orientación política): “Creo que esta tentación frecuente en la vida pública es una patología −se lamenta Torre− porque en los hechos termina despertando esa formidable capacidad de veto que anida en la sociedad argentina. Visto en perspectiva histórica, el país es un verdadero cementerio de ambiciones hegemónicas”. (18) En esto concuerda con la mirada de muchos liberales que −con mayor o menos sofisticación− ponen el acento en la siempre problemática “puja distributiva”, que presuntamente bloquea el desarrollo argentino. Una disputa en la que todos somos responsables, pero algunos son más responsables que otros porque si llevan el razonamiento hasta el final, si se encuentran entre la espada y la pared para explicitar responsabilidades en la famosa “puja”, el problema anida en los salarios y en las excesivas demandas de los sectores populares y nunca en la tasa de ganancia, en la renta o en la riqueza.

Para adoptar el punto de vista de la crisis, partimos del último acontecimiento en el que −según la terminología de Rancière− intentaron formar parte los que no tienen parte o −en los términos de Gramsci− se conjugaron los procesos, tendencias y hechos que provocaron cambios en la “gran política”: los acontecimientos del 2001. Observados superficialmente se presentan como de los más “antipolíticos” de nuestra historia (y con sus ambivalencias, en parte lo fueron), pero que, sin embargo, contuvieron altas dosis de política. En pocas coyunturas históricas se practicó o se ejerció tanta política y de manera tan extendida como en 2001 y los meses subsiguientes, aunque una porción considerable de sus protagonistas emitiera un discurso que manifestaba un rechazo a toda política.

Si todo lo que sobrevino después se engendró en aquel terremoto, el periodo que quedó englobado bajo el rótulo de “kirchnerismo” está íntimamente relacionado

(también por cercanía temporal) con la crisis y con la sombra terrible de diciembre. La tarea de “gran política” que asumió el kirchnerismo buscó −y en gran parte logró− recomponer la autoridad del Estado. Los rasgos de “pasivización” que adquirió para domar la crisis caracterizaron a sus administraciones de Gobierno. Las mismas condiciones que le permitieron el restablecimiento de un orden debilitaron sus bases de sustentación en el mediano plazo. El kirchnerismo trabajó “toda su vida” para evitar un 2001 y el éxito en su emprendimiento aportó a su ocaso político. Además, la crisis del kirchnerismo remite a las transformaciones del peronismo: un movimiento político que sobrevive, pero como dicen en las redes sociales, ¿a qué costo?

Con la prepotencia de los CEO y montado sobre el agotamiento del kirchnerismo, el experimento macrista vino a procurar la eliminación de todo lo que quedaba vivo del 2001 y a cambiar de un saque la relación de fuerzas a golpes de mesianismo político y soberbia empresarial. Una rebelión desde abajo en diciembre de 2017 y una revuelta de los mercados desde arriba en 2018 le dieron un baño helado de realidad.

La vuelta del kirchnerismo ampliado, agrupado en el Frente de Todos, cierra el ciclo. A casi veinte años del “que se vayan todos”, del reinado de los outsiders, del repudio a toda política, un representante que hizo toda su carrera en el centro de la “rosca” fue el elegido para el retorno del peronismo al poder. Alberto Fernández quedó atrapado en su propia orientación de “extremo centro”, en parte por opción política, en parte por imposición de las circunstancias. Dio un paso adelante y mil pasos atrás. Para los kirchneristas paladar negro es demasiado moderado, para los enemigos históricos del kirchnerismo es demasiado kirchnerista. Una coalición sin liderazgo o con liderazgos que no terminan de asumir la pertenencia a una coalición. Los primeros años de administración de Fernández −pandemia de por medio− se caracterizaron por los vetos cruzados, no solo por el empate general, sino por la paridad dentro de las coaliciones políticas.

Estas tendencias del último periodo se conectan con las que vienen de largo tiempo. A diez años del estallido de 2001, Ricardo Sidicaro hablaba de una “desarticulación del campo político”, entre otras cosas, porque cuando estalló la crisis “el peronismo y la Unión Cívica Radical, las dos grandes fuerzas políticas con mayor presencia electoral desde el retorno a la democracia en 1983, eran pálidos reflejos de lo que habían sido en sus mejores momentos. Ambas tenían en común haber encabezado experiencias gubernamentales de corte neoliberal

con el consiguiente abandono de sus programas históricos, y tanto los radicales como los peronistas registraron divisiones que se plasmaron en las elecciones de 2003”. (19)

En la década del noventa (tan negada), el peronismo abandonó parte de su historia y terminó de romper muchos de los lazos profundos que lo unían al movimiento obrero y los sectores populares. Mientras, el radicalismo descendió hasta el subsuelo luego de la trágica experiencia de la Alianza para revivir como una colectora de un nuevo experimento neoliberal. Es decir, como un muerto vivo dentro del macrismo. La recomposición política posterior −primero con el kirchnerismo como coalición dominante y luego con el “bicoalicionismo” que completaban los cambiemitas− no restableció las estructuras anteriores ni las identidades políticas y si bien pudo haber puesto entre paréntesis “la larga agonía” de las formaciones tradicionales, no detuvo su curso. En cierta medida, es lógico porque el neoliberalismo no pasó en vano (ni en Argentina ni en el mundo) y se “rompieron” las sociedades más o menos integradas que eran el producto de la relación de fuerzas de posguerra, y con ellas sus representaciones políticas clásicas. Las administraciones que vinieron luego fueron posneoliberales en dos sentidos: el más lineal y directo, arribaron después; el más profundo y cualitativo, se apoyaron sobre sus bases. Vinculado con esto, lo que parece agotado en los últimos años es ese “bicoalicionismo” (o bipartidismo senil) surgido como respuesta restauradora a la crisis del 2001.

Si la cuestión se redujera solo a una mera falta de voluntad política o a un simple laissez faire de las fuerzas ingobernables de la economía, el entuerto probablemente ya hubiera estado resuelto allá lejos y hace tiempo. Pero, el laberinto argentino mixtura relaciones de fuerza objetivas, disposiciones y conquistas subjetivas, una jerarquía internacional de Estados que condicionan al país y la economía que determina “en última instancia”, pero cuando determina lo hace sin contemplaciones. Sin todos esos elementos será mucho más difícil −y diría que imposible− entender al país del empate.

▪

3. Jacques Rancière, Sobre políticas estéticas, Museo de Arte Contemporáneo y Universidad Autónoma de Barcelona, Barcelona, 2005.

4. Antonio Gramsci, Cuadernos de la cárcel, Tomo 5, Ediciones Era, México, 1975. Cuaderno 13 (XXX) 1932-1934, sección 5, pág. 20.

5 Ver Juan dal Maso, El marxismo de Gramsci. Notas de lectura sobre los Cuadernos de la cárcel, Ediciones IPS, Buenos Aires, 2016.

6 Ver Perry Anderson, Las antinomias de Antonio Gramsci, Fontamara, Barcelona, 1998.

7 Antonio Gramsci, op. cit., Cuaderno 13 (XXX) 1932-1934, sección 18, pág. 42.

8 Ver Juan dal Maso, "Hegemonía: clásica y contemporánea", suplemento Ideas de Izquierda de La Izquierda Diario, 8-8-21.

9. Ver Adrián Piva, Economía y política en la Argentina kirchnerista, Batalla de Ideas, Buenos Aires, 2015. Es obligatorio aclarar que, a lo largo de sus escritos sobre el periodo, Piva llegó a la conclusión de que no existió una "nueva hegemonía", sino una recomposición frágil de la dominación política.

10. Juan Carlos Portantiero, "Clases dominantes y crisis política en la Argentina actual", en Oscar Braun (comp.), El capitalismo argentino en crisis, Siglo XXI, Buenos Aires, 1973.

11. Adolf Sturmthal, La tragedia del movimiento obrero, Fondo de Cultura Económica, México, 1945.

12. Jorge Liotti, “El declive de Cristina amenaza con alterar todo el sistema político”, La Nación, Buenos Aires, 31-10-21.

13. Juan Carlos Portantiero, “Economía y política en la crisis argentina: 1958-1973”, Revista mexicana de sociología, 1977.

14. Guillermo O'Donnell, “Estado y alianzas en la Argentina, 1956-1976”, Desarrollo Económico, 16(64), Buenos Aires, 1977.

15 Ezequiel Ipar, Micaela Cuesta y Lucía Wegelin, “La ideología de la crisis”, Anfibia, 2021.

16 Diego Sztulwark, La ofensiva sensible: neoliberalismo, populismo y el reverso de lo político, Caja Negra, Buenos Aires, 2020.

17. Agustín Artese, “El concepto de hegemonía como forma histórica de la unidad entre economía y política. Notas para una relectura de los Cuadernos de la cárcel a partir del Q. 22”, Revista Práxis e Hegemonia Popular, 4(5), 54-81, 2019.

18. Juan Carlos Torre, “El peronismo no es el titular de la franquicia ‘el pueblo’”, La Nación, 9-10-21.

19. Ricardo Sidicaro, “El partido peronista y los gobiernos kirchneristas”, Nueva Sociedad, 2001.

Capítulo II

2001: el hecho maldito del país normal

Cuenta la leyenda que en uno de sus viajes a China, Henry Kissinger le preguntó a Zhou Enlai –primer ministro en tiempos de Mao– su opinión sobre la Revolución Francesa: "Demasiado pronto para opinar" fue la respuesta del dirigente chino.

Transcurridos más de veinte años desde la crisis que abrió el nuevo siglo y las jornadas de diciembre de 2001 que fueron su punto culminante, quizá sea demasiado pronto para opinar. Aunque algunas cosas se pueden sugerir. En principio, que fue un acontecimiento que detonó el escenario político y, con sus vaivenes, determinó todo lo que ocurrió después. Sin abordar la quiebra del país y la efervescencia de aquellos días, no se puede entender la historia política de las últimas dos décadas. Como toda crisis orgánica y multifacética (social, económica, política) hizo estallar al sistema tal y como lo conocíamos hasta entonces y dejó sus retazos esparcidos entre el humo y el tiempo. Combinada con una irrupción callejera de masas con epicentro en la capital del país, dejó una marca indeleble en la escena cuyas reminiscencias persisten hasta hoy. Entre otras cosas, porque ese proceso de movilización popular no fue derrotado a sangre y fuego, sino reconducido con una operación restauradora de la autoridad del Estado que funcionó mediante un equilibrio inestable. Un mecanismo de relojería que tuvo al peronismo –para variar– ejerciendo alternativamente su rol de "partido del orden" y "partido de la contención".

¿Qué características esenciales contuvo aquel acontecimiento que marcó a una generación? ¿Fue una revuelta, una revolución inconclusa, un "argentinazo", unas jornadas inenarrables en las que la sociedad "se volvió loca", como aseguró un editorialista de un diario tradicional argentino?

Aquella noche del 19 de diciembre cuando en el medio de saqueos en barrios

populares, el repicar metálico de las cacerolas fue la respuesta al fallido estado de sitio declarado por el expresidente Fernando de la Rúa o aquella tarde gris del 20 cuando el asedio a la Casa Rosada duró alrededor de diez horas de combate callejero o la noche avanzada del viernes 27 cuando se volvió a expulsar a un presidente (Adolfo Rodríguez Saá) tan locuaz como efímero, coronaron un proceso difícil de percibir en su cabal magnitud en aquel presente. En medio de la acción colectiva, el deslumbramiento y la aparente conversación en voz alta con la Historia, el hechizo se imponía al miedo y la pasión a la compresión racional inmediata. La conmoción complejizaba la tarea de reconocer a ciencia cierta de qué se trataba aquel acontecimiento protagonizado por un pueblo que −después de una larga noche− parecía adueñarse nuevamente del gobierno de su propio destino.

Podemos definir a grosso modo que fue mucho menos que una revolución, pero mucho más que una manifestación masiva en varios tiempos en la que todo se desbordó y tuvo que huir un presidente que al momento de subir al helicóptero que lo trasladó hacia la nada ya era un cadáver político.

En la extensa marcha hacia aquel desenlace, se combinaron una crisis social insoportable, una hecatombe económica que se transformó en corrida financiera y retención de los depósitos por parte de las entidades bancarias y una crisis política que desmoronó a la coalición de gobierno y dejó maltrechos a los partidos políticos tradicionales. Fue una implosión, un derrumbe, un tocar fondo. El final y el comienzo de una historia. Un acontecimiento que no explica todo, pero sin el cual no se puede entender nada.

La sombra terrible de diciembre

Al comenzar diciembre de aquel año imposible, la recesión ya llevaba 42 meses y amenazaba con continuar sin prisa y sin pausa. El PIB no dejaba de caer y adquirió en el tercer trimestre del año un ritmo vertiginoso de casi un -10%. El ajuste permanente llegó al paroxismo cuando Domingo Cavallo volvió al ministerio de Economía −en el que había reinado bajo la ocupación menemista− y desde julio de ese año lanzó el programa de "déficit cero" que incluyó recorte de salarios públicos y jubilaciones del 13%. La camaleónica Patricia Bullrich (en ese momento ministra de Trabajo) fue el brazo operativo de aquel recorte inolvidable, aunque no fue lo peor que hizo a lo largo de su vidriosa trayectoria. La historia le dará la oportunidad de cometer otras aberraciones tristemente célebres. En un país de 36 millones de habitantes más de 14 millones se ubicaban por debajo de la línea de pobreza en los aglomerados urbanos y 16 millones si se consideraba también la población rural. La tasa de desocupación llegó en octubre al 18,3% y la de subocupación al 16,4%, es decir que al menos 34,7% de la población económicamente activa estaba con serios problemas de empleo. La profundización de la crisis durante noviembre y diciembre hizo estimar a no pocos analistas que la tasa de desocupación debe haber superado el 20%. Fue el punto de quiebre después de cinco años de penurias y una década en la que la fisonomía social del país se había transformado al ritmo de lo que algunos denominaron "modernización conservadora", pero que en los hechos fue un proceso de contrarreformas neoliberales que dio como resultado una sociedad partida.

El agotamiento económico y el hartazgo popular tuvieron su manifestación en el terreno político y en el siempre susceptible escenario de las calles.

Unos meses antes del diciembre explosivo hubo una señal categórica y un presagio que casi nadie quiso ver o escuchar. En octubre de 2001 tuvieron lugar unas elecciones únicas: la abstención electoral que venía subiendo desde el fin del gobierno de Raúl Alfonsín, creció desde el 21% en las de legislativas de 1997 y el 18,1% en las presidenciales de 1999 al impactante 26,6% en aquellos comicios. Aunque el mayor golpe fue producido por la combinación de votos

blancos y nulos que alcanzó la friolera del 21,1% del padrón total. Un rechazo activo en el marco de las instituciones, pero explorando los límites. En la Ciudad Autónoma de Buenos Aires (CABA), la izquierda radical en su conjunto llegó a obtener alrededor del 27% de los sufragios. El famoso “voto bronca” ya contorneaba el “Que se vayan todos”, pero ninguno quería hacerse cargo del mensaje mudo de toda una sociedad. Fue la obertura de una ópera, que más temprano que tarde, bramaría en las calles. El dato más significativo fue el hundimiento de la coalición gobernante (Alianza UCR-Frepaso), la esperanza blanca de un menemismo de manos limpias se derrumbó y quedó en ruinas. En CABA, su centro de gravedad, del 54% que había obtenido en 1999 descendió a menos del 20%: Guinness mundial en implosión política.

La conflictividad o la lucha de clases venían acompañando como la sombra al cuerpo el deterioro económico y la decadencia social. Ningún acontecimiento cae del cielo, tampoco las jornadas de diciembre. Se puede rastrear su precuela en el temprano Santiagazo del año 1993, preámbulo incendiario de resistencia a la noche neoliberal. Pero si no se quiere ir tan lejos, los conflictos que tuvieron lugar durante los años 2000 y 2001 profundizaron tendencias observadas por lo menos desde mediados de la década del noventa. El piquete recuperado de las viejas tradiciones del movimiento obrero argentino en las puebladas neuquinas de Cutral Có y Plaza Huincul en 1996, Mosconi y Tartagal en Salta un año después y Corrientes en 1999, fueron el bautismo de un movimiento social que estuvo en el centro de la escena en los años siguientes: los piqueteros.

En ese mismo periodo se produjeron siete paros generales protagonizados por todas las centrales sindicales en las que estaba dividido el llamado “movimiento obrero organizado”, cifra que pasa al doble si se cuentan los que fueron impulsados por el llamado “sindicalismo disidente” que encabezaba Hugo Moyano (Movimiento de Trabajadores Argentinos, MTA) y los referentes de la Central de Trabajadores Argentinos (CTA).

En el lustro que transcurrió desde el ocaso del menemismo hasta el desmoronamiento de la efímera experiencia de la Alianza, también irrumpieron manifestaciones que comenzaban a mostrar la impronta de cierto “espíritu de época” en la orientación que le daban sus promotores: la famosa Carpa Blanca de los docentes instalada frente al Congreso Nacional en 1997 y levantada a los pocos días del cambio de gobierno, una protesta que comenzó por un reclamo corporativo, pero luego mutó hacia un símbolo de oposición política. O los apagones de luz motorizados por la oposición moderada al menemismo,

esencialmente desde el Frepaso. Convocaban a intervenir políticamente desde el mundo privado con formatos que ya no interpelaban a clases, pueblos o masas, sino a la “gente común”. La cacerola fue más adelante el símbolo de ese forma ciudadana de protesta.

Por último, y planteado en los términos de un leninismo clásico, si la crisis social y la conflictividad creciente mostraban que los de abajo no querían seguir viviendo como hasta entonces, tampoco los de arriba podían seguir gobernando como hasta ahora. “El verdadero trasfondo de la crisis política es el resquebrajamiento de la unidad de los grupos dominantes que comenzó a evidenciarse a fines del menemismo y que se manifiesta en la tensa puja acerca de la política monetaria y cambiaria” dice Raúl O. Fradkin en Cosecharás tu siembra. Notas sobre la rebelión popular argentina de diciembre 2001 y explica que “se quiebra la articulación entre el bloque favorable a la dolarización (empresas privatizadas, banca extranjera, tenedores de bonos de la deuda pública, sectores importadores y exportadores) y aquel conformado por sectores propicios a algún tipo de devaluación, más vinculados a lo que quedaba del sector productivo industrial. De este modo, la ingeniería de la convertibilidad que Cavallo diseñó en 1991 como una política capaz de ligar estos intereses empezó a crujir. A fines de 2001, esta función de construcción de una unidad hegemónica de los grupos de poder resultó imposible”. (20)

Una crisis económica aguda, una crisis social que producía padecimientos inauditos a las mayorías populares y un quiebre en bloque de clases dominantes configuraron la tormenta perfecta: las calles hicieron el resto.

¿Qué fue esto?

El neoliberalismo como programa económico-político y como corriente ideológica impuesta tras la derrota de los procesos de radicalización que estremecieron al mundo en los años 60 y 70 del siglo pasado, no había pasado en vano. Tanto las jornadas de diciembre como el ciclo de protestas que desataron tuvieron su impronta y heredaron sus ambivalencias.

El marxista inglés Perry Anderson sentenció tempranamente que, pese a los fracasos económicos y los contradictorios resultados sociales, el neoliberalismo logró política e ideológicamente "un grado de éxito quizás jamás soñado por sus fundadores, diseminando la simple idea de que no hay alternativas para sus principios, y que todos, partidarios u opositores, tienen que adaptarse a sus normas. Probablemente, desde principios de siglo, ninguna sabiduría convencional consiguió un predominio de carácter tan abarcativo como hoy lo ha hecho el neoliberalismo." (21)

Las huellas de este experimento no sólo se imprimieron en el plano ideológico. A nivel estructural, lo que en el siglo XX se conoció como clase trabajadora en muchos países del mundo y también en Argentina se transformó en un ejército diezmado. Si bien no había desaparecido, como sentenciaba cierta sociología de moda e incluso había aumentado su número en términos absolutos, sí había sufrido abruptas transformaciones que debilitaron su histórica musculatura.

Este límite estructural en la configuración de clases moldeó hasta cierto punto al 2001 como acontecimiento particular con el protagonismo de las difusas "capas medias" de la sociedad, por definición sociológica o por autopercepción subjetiva. En los términos de los clásicos trabajos de Marx sobre las convulsiones revolucionarias francesas de mediados del siglo XIX, las jornadas de diciembre tuvieron un tono de "coalición de febrero" en el sentido de la unión de todas las clases que se manifestaban contra la aristocracia financiera comandada por Luis Felipe en Francia en 1848. Incluso la fracción "devaluadora" del bloque de clases dominante dio impulso a un movimiento de oposición que sólo tardíamente (y no sin riesgos) logró controlar. El predominio

de las capas medias explica las fuertes tendencias a la representación “ciudadana”, de “vecinos”, de tipo aclasista o policlasista y con una impronta apartidista o directamente antipartido. Esta sensibilidad atravesó a diversos movimientos sociales en aquel periodo. Fenómeno contradictorio −similar, en cierto sentido, al “voto bronca”−, progresivo cuando dirigía el odio hacia los partidos tradicionales, reaccionario cuando se impugnaba a toda forma de política profana.

La marca ciudadana y “antipolítica” también estuvo engendrada por un signo de los tiempos: la crisis de la representación política y la degradación del sistema democrático que había alcanzado cierta estabilidad en la posguerra. Como describió el politólogo Isidoro Cheresky: “El formato de la representación que ponía en el centro de la vida política a los partidos de masas, característico sobre todo del siglo XX, está cuestionado y limitado en sus funciones”. Esto era así porque “la identidad partidaria tenía antes una tradición de mayor formalización, suministraba una potencia relacionada con un programa, una tradición, ideales de los cuales eran depositarios una diversidad de individuos. En cambio, el vínculo con un líder personal, aunque esté desprovisto de toda significación, se cristaliza en una imagen: el antiguo programa es reemplazado por una suerte de promesa y una cierta expectativa con la imagen que resume antecedentes, un estilo personal y un vínculo con el estado de opinión”. (22)

En términos análogos, toda una escuela de la politología que analizó las democracias posdictatoriales percibió el fenómeno y lo designó con el concepto de “democracia delegativa”. Caracterizó que en buena parte de América Latina luego de la transición democrática se configuraron formas institucionales débiles, sistemas que eran una pura forma basados en procedimientos en los que la participación ciudadana se circunscribe solamente al acto eleccionario.

Estas transformaciones en las superestructuras políticas y en el contenido sustantivo de la representación tenían raíces más profundas. El llamado boom de la postguerra, el crecimiento económico de los países centrales e incluso de algunas formaciones sociales menos desarrolladas y con características semicoloniales, habilitó el fortalecimiento y la estabilidad política y social. La ofensiva económica neoliberal tendió a socavar las bases de sustentación de los pactos sociales engendrados en ese periodo. La desocupación como fenómeno permanente, la polarización en las capas medias entre un sector cada vez más acomodado y una mayoría pauperizada, la imposibilidad del capital de otorgar concesiones significativas para elevar el nivel de vida de las mayorías fueron las

bases estructurales que erosionaron los cimientos de los regímenes democráticos. Cuando el “estado de bienestar” se fue transformando en el “estado de malestar”, la armonía democrática encontró los límites. Como graficó −nuevamente− Perry Anderson en su libro Los fines de la Historia y en polémica con el incombustible Francis Fukuyama: “Hoy en día, la democracia cubre más territorio que nunca. Pero también resulta más débil, como si cuanto más universal se tornara, menos contenido real poseyera. Los Estados Unidos son el ejemplo paradigmático: una sociedad en la que menos del 50% vota, el 90% de los congresistas son reelegidos, y un cargo se ejerce por los millones que reporta. En Japón el dinero es aun más importante, y ni siquiera hay una alternancia nominal de los partidos. En Francia, la Asamblea ha sido reducida a una cifra. Gran Bretaña ni siquiera tiene una Constitución escrita. En las democracias recién acuñadas de Polonia y Hungría, la indiferencia electoral y el cinismo supera incluso los niveles norteamericanos: menos de un 25% de los votantes participaron en las elecciones recientes. Fukuyama no sugiere en ninguna parte que sea posible mejorar de manera significativa este triste escenario”. (23) Estas palabras escritas en 1992 mantienen una llamativa actualidad y están más vigentes hoy que en el momento en que fueron pronunciadas. La degradación de los regímenes democráticos no hizo más que profundizarse con la emergencia de los llamados “populismos”, gobiernos efímeros, pirómanos que lograron llegar al gobierno de las principales potencias, coaliciones que caen antes de asumir e implosión de los partidos con alguna base de masas que fueron columnas vertebrales de la gobernanza mundial en la segunda mitad del siglo XX.

Desde esta óptica macro, puede entenderse el síntoma que tomó la forma de “voto bronca” aquel octubre inédito, previo al estallido.

Aunque contextualizado en las tendencias nacionales y latinoamericanas fue una protesta política contra la Alianza (y contra el neoliberalismo), pero con ingredientes de sus propias bases ideológicas. Porque en el escenario local y a tono con el clima ideológico internacional, un sentido común político (o “antipolítico”) fue construido desde la oposición al menemismo y desde los medios de comunicación masivos que crearon una corriente de opinión que colocó a la corrupción como eje del mal. Una suerte de horizonte fundacional común en el cual una vez asegurada la institucionalidad democrática (con Alfonsín) y luego la estabilidad (con Menem) debía construirse una nueva política republicana, bajo una regeneración moral que tenía el deber de acabar con la corrupción. Esta narrativa ganó centralidad y tuvo entre uno de sus fogoneros más estridentes a Carlos “Chacho” Álvarez, fundador de uno de los

dos partidos que conformaron la Alianza (Frepaso). El paradigma económico no era objeto de crítica (es más, era inobjetable), el problema radicaba en los negociados que aceitaban su funcionamiento. No se ponía el acento en el contenido, sino en la forma. Lo secundario le había ganado la batalla cultural a lo principal. A esto aportaron diarios como Página/12 o algunas secciones de La Nación, fueron los años del éxito de Telenoche Investiga (Clarín) o Día D (de Jorge Lanata), de la irrupción de las denuncias por coimas, sobreprecios, contratos irregulares, empresas fantasmas y del florecimiento editorial de títulos como Robo para la corona (Horacio Verbitsky), La corrupción (Mariano Grondona), Todo tiene precio (Daniel Capalbo y Gabriel Pandolfo) o El palacio de la corrupción (Fernando Carnota y Esteban Talpone), entre otros. (24) El nuevo sentido común impugnaba al sistema político y no cuestionaba al régimen social que le daba sustento.

Por el contrario, con su particular lenguaje, el nuevo cine que irrumpió en la escena desde fines de la década del noventa supo expresar mejor −como caja de resonancia− los malestares y las grietas de una sociedad que estaba a punto de estallar, un estado de descomposición social que atravesaba a todas las clases: Pizza, birra y faso (1998) de Bruno Stagnaro e Israel Adrián Caetano puso el foco sobre los habitantes de los márgenes y presentaba a una Buenos Aires degradada como nunca antes se había mostrado; Mundo grúa (1999) de Pablo Trapero trataba la problemática del trabajo, la desocupación y la desarticulación de la clase media; La ciénaga (2001), de Lucrecia Martel, exponía la decadencia de ciertas fracciones de las “clases altas” o Bolivia (2001) también de Caetano con un clásico: la inmigración y la xenofobia siempre impulsada por el establishment y potenciada por la crisis. Este nuevo realismo también llegó a la TV con la legendaria serie Okupas de Stagnaro que −a su manera− adelantó en el itinerario de uno de sus protagonistas (“Ricardo” interpretado por Rodrigo de la Serna) el peculiar “descenso al pueblo” que la clase media efectuaría en masa al grito de “piquete y cacerola, la lucha es una sola” (25).

No todo es historia

Aunque para comprender el fenómeno del 2001 en términos globales, hay que remarcar que no todo fue el producto una estructura de clases disminuida, un “espíritu de época” y una corriente ideológico-política que se imponía en el mundo sin ningún obstáculo y de manera imparable. Porque en el mismo periodo, tanto a nivel internacional como en Argentina tenían lugar procesos de cuestionamiento profundo al orden neoliberal.

A nivel mundial, un arco que fue desde el levantamiento del Ejército Zapatista de Liberación Nacional en Chiapas en enero de 1994, en coincidencia con la entrada en vigor del Tratado de Libre Comercio de América del Norte (TLCAN), firmado por México, Estados Unidos y Canadá hasta el movimiento antiglobalización o altermundialista que tuvo una de sus manifestaciones más potentes en Seattle en 1999 en la contracumbre que impugnó a la Organización Mundial de Comercio (OMC). Acontecimientos europeos como la huelga general francesa de 1995 o latinoamericanos como los procesos que fueron desde el “Caracazo” en Venezuela que abrirá paso al ascenso del chavismo hasta las Guerra del agua (2000) y la Guerra del gas (2003) en Bolivia, pasando por los levantamientos campesino-indígenas que recorrieron Ecuador durante los años 90.

En el plano nacional, además de los conflictos señalados, y que fueron configurando una serie de experiencias que se conjugaron en el 2001, es tan cierto que la clase trabajadora estaba golpeada, como que mantenía, pese a todo, altos niveles de sindicalización y potencialidad. Las hiperestatizadas organizaciones gremiales (parte de lo que podría denominarse un “Estado ampliado” o “Estado integral”) jugaron su papel decisivo para que las jornadas de diciembre no adoptasen un peligroso rumbo hacia una mayor radicalización política. Los sindicatos en general y los argentinos en particular, también tienen sus ambivalencias: conforman un aparato para-estatal que actúa como “sociedad civil” cuando tiene que contener y como Estado (o incluso como banda para-estatal) cuando deben apuntalar la gobernabilidad o el orden. Las direcciones de los sindicatos −como en no pocos momentos decisivos de la historia nacional−

priorizaron convertirse en pilar de gobernabilidad antes que en ariete para una intervención más disruptiva de consecuencias impredecibles. En el poco recordado paro general del 13 de diciembre de 2001 confluyeron las tres centrales en las que estaba dividida el sindicalismo, hubo cortes de ruta en varias provincias del país e incluso comerciantes afectados por la crisis bajaron sus persianas en adhesión a la medida que tuvo un impacto contundente. Hacia las jornadas del 19 y 20 mantuvieron la quietud y la pasividad, recién el 19 hacia la tarde convocaron a un paro de actividades para el 20 sin movilización. Una acción que tenía el objetivo clásico de descomprimir antes que apuntalar o vertebrar un movimiento popular que, desde la óptica de las mentes conservadoras de quienes conducían a los sindicatos, había llegado demasiado lejos. Un hombre como Julio Godio (a quien no puede acusarse de enemigo o adversario de la "burocracia sindical") describe la función conservadora de los sindicatos en ese periodo y asegura que en 2002 adoptaron "posturas de moderación y control de sus bases en los reclamos, dada la grave crisis social y laboral. Con el fin de impedir el agravamiento de la crisis política, la CGT y el MTA procuran que los trabajadores ocupados no converjan con los movimientos de desocupados o 'piqueteros' ni en diversas formas de movilización de sectores de clase media afectados por la evaporación de sus ahorros, la pérdida de empleos y el avance de la pobreza". (26) Este razonamiento recurrente de las dirigencias sindicales (y sus intelectuales orgánicos), en general percibe un problema donde habita una solución. Para decirlo en criollo y continuando con la metáfora de las convulsiones francesas de mediados del siglo XIX, cuando las papas queman no dudan de que su lugar está en la trinchera del "partido del orden".

Si las jornadas no se transformaron en uno de los clásicos "azos" que caracterizaron a las irrupciones masivas de las clases subalternas en la historia argentina fue una consecuencia de la precariedad estructural, un clima de época, pero también de decisiones políticas. Porque, como se dijo: "La historia no hace nada, 'no posee una riqueza inmensa', 'no libra combates'. Ante todo es el hombre, el hombre real y vivo quien hace todo eso y realiza combates; estemos seguros que no es la historia la que se sirve del hombre como de un medio para realizar −como si ella fuera un personaje particular− sus propios fines; no es más que la actividad del hombre que persigue sus objetivos". (27) En esta historia, como en toda historia, las personas son todas iguales, pero hay algunas con mayores responsabilidades que otras.

En una carta al médico alemán Ludwig Kugelmann, Marx explicó la cuestión de

las cuestiones con paciencia pedagógica y claridad meridiana: “Desde luego, sería sumamente cómodo hacer la historia universal si se emprendiera la lucha sólo a condición de que todas las probabilidades fueran infaliblemente favorables. Por lo demás, semejante historia sería totalmente mística si las ‘casualidades’ no desempeñaran en ella ningún papel. Naturalmente, esas casualidades entran en el curso de la marcha de la evolución y son compensadas, a su vez, por otras casualidades. Pero la aceleración o la desaceleración del movimiento dependen en gran medida de ‘casualidades’ de ese tipo, entre las que figura también esta otra ‘casualidad’: el carácter de quienes se encuentran inicialmente a la cabeza del movimiento”. (28)

Punto final

Con todas sus limitaciones, el 2001 puso punto final a los relatos de los finales: del final de la historia, de las ideologías, de la lucha de clases y de los grandes relatos. Fue una reversión parcial de la derrota histórica provocada por el golpe de Estado de 1976 y del reinado de lo que el sociólogo y ensayista Alejandro Horowicz llamó democracia de la derrota (29) o lo que la filósofa Silvia Schwarzböck calificó −más globalmente− como la hegemonía de la vida de derecha (30). Reabrió la posibilidad de volver a pensar que la política se podía transformar en y desde las calles.

Una memoria de hierro quedó impresa en algunas postales urbanas: los edificios emblemáticos de los tres poderes del Estado que fueron blanco predilecto de los manifestantes en aquellos años (la Casa Rosada, el Congreso de la Nación y el Palacio de Tribunales) hoy están cercados por vallas como manifestación de un trauma que persiste: una latente escisión entre representantes y representados.

Además, el 2001 dejó sus huellas en los restos del maltrecho sistema de partidos que quedó en pie. La irrupción de un peronismo de “centroizquierda” que se transformó en dominante dentro de la estructura de ese partido fue una expresión (distorsionada) de aquellos acontecimientos. La campaña y el discurso político que terminó adoptando el kirchnerismo debieron tomar nota del escenario abierto por las jornadas. Hasta el macrismo de los orígenes pretendía mostrarse como más “progresista”, no proponía un programa neoliberal a banderas desplegadas y trató a apropiarse de algunos de los más ambiguos motivos incandescentes que dejaron las jornadas. En este sentido, las dos tendencias que terminaron conformando “la grieta” en la que se dividió el sistema político en los últimos años fueron a su manera hijas del 2001. Incluso, algunas medidas económicas (por ejemplo, las retenciones a las exportaciones de los productos primarios que, en realidad fueron aplicadas por Eduardo Duhalde), fueron aceptadas a regañadientes por los grandes dueños de la tierra de este país por temor a perder más si la rebelión se retomaba o profundizaba. Hasta los tenedores de deuda debieron resignarse a que no se les pague o renegociar. Todo este combo no fue una expresión directa del 2001, pero no pueden entenderse

por fuera del 2001.

Los protagonistas sociales y políticos, las jornadas y el ciclo de movilización abierto por la crisis podrían caratularse como productos y a la vez como negación del neoliberalismo: “ciudadanos” reales o imaginarios (más allá de sus condiciones materiales de existencia) y desocupados que eran la fracción de la clase trabajadora que había quedado a la intemperie. Una franja se organizó en los movimientos de desocupados y otra en las empresas recuperadas que tuvieron su emblema en Cerámica Zanón en Neuquén luego transformada en la cooperativa FaSinPat. Ambos movimientos −con mutaciones− continúan presentes hasta la actualidad, mientras que las asambleas barriales que tuvieron su epicentro en la Ciudad de Buenos Aires y algunas localidades del conurbano bonaerense languidecieron al poco tiempo, víctimas hasta cierto punto, de su fragilidad como movimiento social sin posición estratégica y con escaso poder de fuego. Aunque también producto de la peculiar recomposición política y el cierre de la crisis que dejó sus secuelas.

Contra el fatalismo

Con los resultados a la vista, los fatalistas siempre diluyen la variedad de posibles contenidos en cualquier acontecimiento en la potencia del hecho consumado que se presenta como irresistible. El triunfo de un bloque comandado por la fracción devaluadora de las clases dominantes que impuso el hachazo del 30% a salarios y jubilaciones en un solo año, además de la pesificación asimétrica no estaba necesariamente inscripto en alguna ley de hierro. "Todas las atrocidades del vencedor son inevitablemente transformadas en ineluctable evolución regular", sentenció Augusto Blanqui. El resultado de la disputa entre fuerzas vivas se reinterpreta a luz de un progreso gris, mecánico, lineal y muerto. Pero si los sujetos protagonistas de la acción no lograron superar nunca un cierto nivel de disgregación y los trabajadores ocupados "no llegaron a la cita" se debió a determinantes objetivos, improntas ideológicas, pero también al accionar político. Dicho epigramáticamente: otro hubiese sido el cantar si la "columna vertebral" de la clase obrera argentina no hubiera sido enviada a través de diversos mecanismos de la casa al trabajo y del trabajo a casa. Allí radicó la diferencia entre las jornadas que fueron y el "argentinazo" que no fue.

Circularon múltiples explicaciones y lecturas de la crisis y el movimiento que desató. Estuvieron quienes desde el economicismo más puro la redujeron a un mero problema fiscal que tenía su origen en la lentitud del gobierno de Fernando de la Rúa para aplicar el ajuste. Según estas curiosas miradas, las cosas se precipitaron porque la administración de la Alianza no hizo más rápido lo que gradualmente la empujó hacia el abismo. Otros análisis con eje en la economía, acentuaron el aspecto esencialmente bancario de la crisis o la estructura rígida provocada por el corset que imponía la convertibilidad. Desde ópticas más periodísticas o de "pequeña política" se habló de un clásico: la gran conspiración de fuerzas ocultas que actuaban a cielo abierto. Se responsabilizaba a extremos que iban desde el FMI hasta el peronismo (De la Rúa culpó a los dos en distintos momentos). Quizá no haya pruebas y tampoco dudas sobre la existencia de pequeñas o grandes conjuras. Pero colocar este elemento en el centro como factor determinante devela que se aprendió poco y nada de la historia que ya dio muestras suficientes de que el éxito de los complots o de las operaciones

depende de un contexto pasible de ser "operado". También se habló de un "17 de octubre de las clases medias", de una "revolución de las cacerolas" o hasta del famoso "argentinazo". Lecturas, éstas últimas, en las que el entusiasmo se imponía a la reflexión crítica.

Balanceada en su justa dimensión, con la ventaja que otorga el tiempo, fue una rebelión que incluyó jornadas que podrían calificarse de revolucionarias, en tanto rompieron la legalidad y derribaron a un Gobierno. No transformaron radicalmente el régimen social y político, pero obligaron a la política a mutar cualitativamente, rescatar viejos relatos y levantar banderas que tenían inscriptas el prestigio de otros tiempos. Ni tanto ni tan poco. La "discordancia de los tiempos" (entre la economía y la política, entre las explosivas contradicciones estructurales y la gradualidad de la acumulación subjetiva) hizo que en ese momento bisagra de la historia, la izquierda radical o clasista no alcanzara la suficiente gravitación orgánica como para erigirse en alternativa.

En el marco del sinfín de interpretaciones, la gestión memorial del 2001 tuvo a grandes rasgos dos vertientes narrativas. Para cierta sensibilidad autonomista fue el acontecimiento ideal. Las multitudes argentinas habían confirmado la existencia del sujeto construido en sus representaciones simbólicas. Encontraron en el rechazo a toda política, la ratificación de su política de la antipolítica y en la falta de anclajes orgánicos, un territorio emancipado y libre de todas las determinaciones. El italiano Tony Negri había asegurado que las clases habían mutado hacia las multitudes y ahí estaban los argentinos convirtiendo en realidad aquellas elaboraciones teóricas; el dublinés John Holloway había sentenciado que la centralidad de un poder era el pasado de una ilusión y que el mundo se podía cambiar sin tomar el poder. Y ahí estaban las experiencias de ciudadanos asamblearios o los proyectos autogestivos en los márgenes del Estado, sin la necesidad de enfrentarlo ni la urgencia de necesitarlo. Paréntesis para las curiosidades del destino: muchos de los que en aquellos tiempos se guiaron por la axioma "cambiar el mundo sin tomar el poder", terminaron accediendo al poder sin cambiar el mundo. La política misma se había transformado, había alcanzado su máxima pureza y se había mudado a otra parte. Había un núcleo de verdad en esto último, bajo la forma de un discurso "antipolítico" fue un periodo de alta politización en el sentido rancièreano del término: tomaron partido los que no tienen parte. Condición necesaria, pero no suficiente para un cambio radical.

Para la otra vertiente, el diciembre de inicios de siglo fue una catástrofe de

dimensiones extraordinarias. Un hecho aberrante e irrepetible que no merecía mejor destino que el olvido y que no podía volver a suceder nunca más. Una narrativa estatalista que considera que la política se reduce al acceso al Estado tal cual es y su administración con sentido progresista para contener y evitar las crisis y no para hacer estallar todas las posibilidades que anidan en su seno. Observa la crisis con ojos de espanto y desde el punto de vista del orden. Una racionalidad que se considera con el deber histórico de colocar paños helados sobre las energías de cualquier movimiento que cuestione el orden existente. Una ética de la responsabilidad permanente que puede llegar a tener algunos “permitidos” progresistas, pero siempre dentro de las coordenadas que marca la normalidad del poder.

Esta segunda vertiente, como es evidente, se impuso en los años siguientes. Pasado el tiempo parecía que la “voluntad política” había nacido de un repollo, que los hombres o las mujeres providenciales habían llegado como de otro planeta armados con la sola potencia de su atrevimiento. Se habían colocado a la vanguardia de la sociedad y a golpes de pura voluntad la habían moldeado a su imagen y semejanza. Del predicado había nacido el sujeto, la consecuencia se transformó en causa y el verbo parió a la carne. Sin embargo, en el principio fue el acto y todo lo que vino después con sus fortalezas, debilidades y ambivalencias, fueron las cosas que ganamos en el fuego.

▪

20 Raúl Fradkin, Cosecharás tu siembra. Notas sobre la rebelión popular argentina, Prometeo, Buenos Aires, 2002.

21 Perry Anderson, “Neoliberalismo: un balance provisorio”, en La trama del neoliberalismo. Mercado, crisis y exclusión social , Emir Sader y Pablo Gentilli (comp.), Clacso, Buenos Aires, 2003.

22. Isidoro Cheresky, Poder presidencial, opinión pública y exclusión social, CLACSO, Ediciones Manantial, Buenos Aires, 2008.

23. Perry Anderson, Los fines de la historia, Anagrama, Buenos Aires, 1997.

24 Julián Zícari, Camino al colapso. Cómo llegamos los argentinos al 2001, Continente, Buenos Aires, 2017.

25. Josefina Sartora, “La fisura social en imágenes”, Le Monde Diplomatique, edición Cono Sur, Buenos Aires, diciembre de 2001.

26. Julio Godio, El tiempo de Kirchner. El devenir de una “revolución desde arriba”, Ediciones Letra Grifa, Buenos Aires, 2006.

27. Friedrich Engels y Karl Marx, La Sagrada Familia. O crítica de la crítica crítica, Editorial Claridad, Buenos Aires, 1971.

28. Karl Marx, Cartas a Kugelmann, Editorial de Ciencias Sociales, La Habana, 1975.

29. Alejandro Horowicz, Las dictaduras Argentinas. Historia de una frustración nacional, Edhasa, Buenos Aires, 2012.

30. Silvia Schwarzböck, Los espantos. Estética y postdictadura, Cuarenta Ríos, Buenos Aires, 2015.

Capítulo III

Los años kirchneristas

Escribir la crónica de doce años de historia económica, social y política en cualquier país del mundo es una tarea compleja; en Argentina es difícil; en el post-2001, imposible.

El itinerario del largo proceso político que terminó englobado bajo el rótulo de “kirchnerismo” incluye los vertiginosos años de su prehistoria sembrada en la transición que comandó Eduardo Duhalde; los buenos tiempos de las “tasas chinas” de crecimiento del PIB con los anabólicos del superciclo de las commodities como uno de los motores centrales; el dramático 2008, cuando la crisis financiera internacional golpeó al esquema económico y una contienda con los patrones del campo agitó la tierra adentro; el nacimiento de un nuevo kirchnerismo más identitario ideológicamente e intenso discursivamente, pero más endeble en su anatomía política; la guerra-divorcio con el Grupo Clarín al que había empoderado como todos los gobiernos hasta que llegó la ruptura irreversible; la fuerte (y relativamente efímera) recuperación económica y también política que llevó al mágico 54% con el que Cristina Kirchner se impuso en las elecciones presidenciales de 2011 cuando fue reelecta; el descenso que comenzó con la temprana ruptura con el dirigente camionero Hugo Moyano, expresión distorsionada del distanciamiento de una fracción del movimiento obrero formalizado; los intentos de ajuste negociado y con “sintonía fina” al inicio del segundo mandato de la expresidenta; la fractura que condujo al alejamiento de un sector del peronismo encabezado por Sergio Massa en la estratégica provincia de Buenos Aires en 2013 como continuidad política de la desagregación social de la coalición; las contradicciones para encontrar al candidato del proyecto y un proyecto para el candidato: Daniel Scioli (que se impuso por decantación o, lo que es peor, por resignación) para encarar las elecciones del 2015 y la derrota a manos de Mauricio Macri que permitió que por primera vez en la historia argentina una derecha maquillada y new age en la

forma, pero rancia en el contenido llegara al gobierno por la vía del voto popular.

Condicionados por el fuego

Cuando la impronta del 2001 aún teñía la escena presenciamos uno de los primeros actos del gobierno de Néstor Kirchner que arribó a la administración “con más desocupados que votos”, pero en un país en efervescencia: la renovación de la vieja Corte Suprema de Justicia de la “mayoría automática” nacida, criada y moldeada en el menemismo y el impulso oficial a la reapertura de los juicios a los jerarcas militares que derivó en el encarcelamiento de los principales criminales de la dictadura. El hecho simbólico más potente vinculado con las libertades democráticas −acompañado por el descabezamiento de la cúpula del Ejército− tuvo lugar el 24 de marzo de 2004 cuando Kirchner ordenó al jefe militar, Roberto Bendini, descolgar los cuadros de los genocidas Jorge Rafael Videla y Reynaldo Benito Antonio Bignone del Colegio Militar.

Con las resonancias de aquel diciembre caliente todavía muy presentes, la narrativa oficial hablaba de los piquetes callejeros de huelguistas o movimientos de desocupados como las “tensiones del crecimiento” y de la no represión a la protesta social como eje ordenador de la política de Estado. El historiador Tulio Halperin Donghi había definido el equilibrio inestable en el que debía moverse cualquier administración en este terreno después del 2001: “El Estado pudo retener el monopolio legítimo de la violencia a condición de no usarla” afirmó con precisión e ironía el autor de La larga agonía de la Argentina peronista.

En aquellos inicios asistimos a la atenuación de la simbología tradicional del peronismo por parte del kirchnerismo en construcción. Escaseaban las referencias al General Perón; la liturgia resaltaba al cancionero revolucionario latinoamericano mucho más que a la marcha peronista. El Partido Justicialista (PJ) sobrevivió como estructura de poder a condición de pasar a un segundo plano en la gran escena de la política. Néstor Kirchner impulsó este ocultamiento consciente del descrédito que afectaba a buena parte de los partidos tradicionales y al sistema en su conjunto por la responsabilidad que les cabía en la debacle reciente. Los resultados del “voto bronca” de octubre de 2001 y los acontecimientos posteriores habían dado testimonio de un formidable desprestigio. El nuevo presidente inició su mandato ensayando un equilibrio

entre su larga afiliación al PJ, la necesidad imperiosa de un sistema de gobernabilidad y un intento de mostrar “externalidad” respecto de la política tradicional. Quería revelarse como todo lo outsider que su larga pertenencia al peronismo le permitiera. Todavía en 2006, Kirchner renegaba de lo que llamaba el “pejotismo”: “Yo no participo del pejotismo −explicaba ante los periodistas Mario Wainfeld, Sergio Moreno y Fernando Cibeira en una entrevista para el diario Página/12−. Pude ser presidente del partido y no lo fui, no lo soy, ni lo seré. Pude haberme dedicado a armar una aceitada máquina partidaria y no lo hice. Tuve todas las condiciones para hacerlo, me ofrecieron todas las condiciones, aun gente que después me enfrentó. La construcción superadora va a permitir que los partidos se organicen. Si organizamos el mismo funcionamiento partidocrático interno que hubo hasta ahora corremos el riesgo de repetir los errores del pasado. Ojo, respetando la identidad, la visión y la evolución que el peronismo ha sabido tener. Porque, así como hay gente que no evoluciona, la gran mayoría ha evolucionado muchísimo”. (31) Kirchner era el “pingüino”, el patagónico que venía de los márgenes empujado por el viento del sur y con una estética distinta al peronismo tradicional, rompiendo los protocolos en mocasines y saco cruzado. Exageraba su “excentricidad”, precisamente, porque quería mostrarse “lejos del centro”. Eran los tiempos en los que el sociólogo Ricardo Sidicaro hablaba de un discurso heterodoxo a partir de conceptos de Pierre Bourdieu: un “discurso de hereje, propio de quienes estando fuera de un campo se proponen ganar posiciones en él impugnando las deficiencias de quienes lo dominan, estrategia que apunta en el caso del campo político a postular ideas o ideas-fuerza que dan acceso a su control”. (32)

Kirchner bypasseaba por acción u omisión su pasado reciente para identificarse directamente con la generación combativa de los años 70 del siglo pasado como una forma de diálogo con la juventud rebelde de ese presente. No pocos referentes del aparato peronista que, en última instancia, le brindaba su estructura de poder se sentían maltratados o ninguneados. En su libro autobiográfico, Felipe Solá, recuerda la fina síntesis que hizo un intendente pejotista de la provincia de Buenos Aires sobre esta tensa relación con Kirchner: “No queremos que nos lleven a patadas en el culo adonde queremos ir”, afirmó el caudillo anónimo del conurbano. (33) Quería destacar que estaban dispuestos a formar parte de este nuevo avatar del peronismo sin necesidad de ser denigrados por haber sido un pilar del experimento menemista que a duras penas terminaba de morir. Entre esa posición inicial, la pejotización forzosa que debió adoptar con el paso del tiempo y la recomposición del sistema político, se ensayaron estrategias como la transversalidad o la concertación plural, diferentes

tentativas de alianzas con otras fuerzas políticas en general inclinadas hacia la centroizquierda. La apuesta ditelleana de un bipartidismo que re-establezca un equilibrio justo y armonioso. Recordemos las conversaciones de Néstor Kirchner con Torcuato Di Tella al inicio de la gestión en las que el fallecido intelectual hablaba de la necesidad de reordenar el sistema político con dos grandes coaliciones: una de centroizquierda y otra de centroderecha. El sueño eterno de un bipartidismo que no se sabe si alguna vez existió. (34)

Como política de institucionalización o cooptación hacia los sectores movilizados de una sociedad intratable, el kirchnerismo incorporó a las funciones de gobierno a referentes de "organizaciones sociales" o movimientos de desocupados y estableció una alianza con la fracción más "vandorista" de la dirigencia sindical: la comandada por Hugo Moyano, con quien administró los aumentos regulados de salarios. A partir de entonces una porción considerable de los dirigentes de esos agrupamientos se convertirían (con altibajos, adhesiones y rupturas) en interlocutores y aplicadores de aspectos centrales de la política gubernamental. El mecanismo fue hasta cierto punto clásico en la tradición peronista: un juego doble que implicaba su incorporación, reconocimiento e institucionalización al precio de obstruir su desarrollo independiente y moderar su capacidad de acción. Un divide y reinarás que también incluyó el aislamiento y eventualmente la represión a los agrupamientos que no comulgaban con la política oficial.

Quienes reivindican el proceso político en sus sumas y restas destacan, además, las renacionalizaciones o intervenciones estatales en algunas empresas como por ejemplo: el Correo Argentino en 2003, Aguas Argentinas en 2006, Astilleros Tandanor en 2007, Aerolíneas Argentinas y Austral Líneas Aéreas en 2008, Fábrica Militar de Aviones en 2009. En 2012 se nacionalizó el 51 % de las acciones de Repsol-YPF, empresa que dos años después hizo un cuestionado acuerdo con altas dosis de secretismo con la norteamericana Chevron; ese mismo año (2012) se nacionalizaron las líneas ferroviarias Sarmiento, Mitre y Belgrano Cargas en 2012-13. La empresa estatal Enarsa se creó en 2004 y en 2006 AR-SAT, para la producción de satélites de comunicación. En 2008 se estatizó el sistema de jubilaciones y pensiones (AFJP), privatizado en la década del noventa, y se creó el Sistema Integrado Previsional Argentino (SIPA), quizá una de las medidas más audaces tomada por el kirchnerismo. Aunque la estatización detuvo el robo de los jubilados por parte de los fondos especulativos, no terminó con los haberes de miseria porque, entre otras cosas, se mantuvo la reducción de aportes patronales y la alta informalidad, dos

factores centrales para entender el desfinanciamiento del sistema previsional. Cada una de estas intervenciones tuvo su especificidad: en algunos casos, las empresas habían sido dejadas a su suerte por sus viejos dueños, en otros fueron respuestas de contragolpe, ninguno cambió sustancialmente la ecuación de poderes privados o estatales en esa rama de la economía o en el conjunto de la atrasada estructura económica argentina.

Otro de los aspectos subrayados por quienes respaldaron al kirchnerismo fue la introducción de nuevos derechos democráticos como el matrimonio igualitario, el voto a los 16 años o la identidad de género que tuvieron lugar en distintos momentos de los doce años de administración.

En el otro lado de todo este proceso, encontramos que el relato gubernamental de "no represión" frente a la protesta social no implicó la ausencia de represiones, desapariciones e incluso asesinatos: la continuidad en las fuerzas de seguridad de personal vinculado a la última dictadura militar condujo a la desaparición del testigo Jorge Julio López el 18 de septiembre de 2006, luego de haber declarado en el juicio contra represor Miguel Etchecolatz; el joven militante del Partido Obrero, Mariano Ferreyra fue asesinado el 20 de octubre de 2010 por una patota de la Unión Ferroviaria (cuya dirigencia estaba aliada al gobierno) en el contexto de un conflicto de trabajadores tercerizados; las represiones a conflictos obreros en la industria como la alimenticia Kraft (2009) o las catorce represiones sufridas por los trabajadores y trabajadoras de la autopartista Lear (2014) en la zona norte del Gran Buenos Aires. A fines de 2010 se produjo un hecho aberrante en la Ciudad de Buenos Aires: miles de familias ocuparon el Parque Indoamericano, provenían del Bajo Flores, Lugano, Pompeya, Villa Oculta, Los Piletones y reclamaban el derecho a una vivienda digna y el 7 de diciembre un operativo conjunto entre la Policía Federal y la Metropolitana irrumpió en el predio y desató una represión feroz. Centenares de heridos y tres muertos fue el saldo. En el mismo terreno de las libertades democráticas, luego de una temprana protesta encabezada por Juan Carlos Blumberg (padre de Axel, joven asesinado en el marco de un secuestro extorsivo), se aprobaron leyes de endurecimiento de penas como exigía la derecha montada a caballo de las movilizaciones del padre de la víctima. Tiempo después −en junio de 2007− se aprobó la Ley Antiterrorista exigida por el Departamento de Estado de Estados Unidos que otorgó a los jueces un instrumento excepcional para la criminalización de los conflictos sociales. Las policías bravas siguieron operando con casos resonantes y manos manchadas de sangre con el del joven Luciano Arruga (desaparecido y asesinado por la Policía bonaerense) como el

más destacado de una violencia policial permanente. Los servicios de inteligencia operaron como siempre con el legendario Jaime Stiuso, el espía que reinó en ese submundo y formó parte del lado oscuro de la luna en el aparato estatal kirchnerista. Se descubrió en el tardío 2012 el funcionamiento de un equipo de inteligencia interna ilegal en la órbita de la Gendarmería que se conoció como "Proyecto X" que realizaba espionaje sobre la militancia política y social. Existieron, además, alrededor de cinco mil procesamientos de luchadores y luchadoras sociales. Acusaciones tan bizarras como insólitas como aquella lanzaba contra el hoy recordado "Pino" Solanas (calumniado por "querer incendiar trenes") por una protesta en una estación de ferrocarril del oeste bonaerense que terminó con quema de formaciones y represión. Y, como olvidarlo, el nombramiento al frente del Ejército del ampliamente cuestionado Cesar Santos Gerardo del Corazón de Jesús Milani.

En la esfera de la economía, la expansión y el crecimiento inédito no implicaron una reversión de la larga tendencia a la primarización o el avance del modelo extractivista, características que, incluso, se profundizaron. Entre 2003 y 2015 el PIB creció a una tasa media anual de 4,6%, muy arriba de la tasa de crecimiento de la población y del promedio regional, con un primer periodo 2003-2008 de tasas significativamente altas (8,1% promedio anual) y una acentuada desaceleración posterior. El crecimiento al calor de los altos precios de las materias primas permitió el superávit de la cuenta corriente del balance de pagos y, por ende, una importante acumulación de reservas. Junto con el superávit fiscal primario, componía el esquema del famoso "superávit gemelos" y conformaban el tridente ofensivo del "modelo": holgura fiscal, saldos externos positivos y tipo de cambio competitivo.

El aumento del empleo −la desocupación se redujo de un 25% en 2003 a 7% en 2010− se produjo sobre la base de retoques parciales a las contrarreformas laborales implementadas durante los años 90, pero con la consolidación de sus pilares centrales (flexibilización, tercerizaciones, precarización y empleo informal). La pobreza disminuyó significativamente con respecto al momento catastrófico del año 2002, pero se arraigó en un piso más alto si se toman los índices del largo plazo en el eterno deterioro de la estructura social argentina.

En 2005 se reestructuró y canjeó la deuda externa en default desde 2001 y se produjo la cancelación por anticipado de la totalidad de la deuda con el FMI con el método de pagar hasta que les duela. La quita implicó la entrega de nuevos títulos a los bonistas contra títulos viejos que estaban desvalorizados. En los

hechos, la famosa “quita” fue “más compleja”, porque tenían bonos de escaso valor. Para algunos fondos de inversión especulativos, el canje implicó ganancias de hasta 300% como reconoció años después el mismo Axel Kicillof. Además, no se eliminó del ordenamiento la prórroga de jurisdicción para las disputas judiciales referidas al tratamiento de estos diferendos. En 2013, Argentina regularizó su situación con el CIADI; en 2014, llegó a un acuerdo con el Club de París sin pasar previamente por la supervisión del FMI.

Políticamente, la utopía de superación del viejo peronismo sucumbió en la pejotización forzosa a la que obligaron las distintas crisis y retrocesos, movimiento hacia la moderación que primero encarnó la candidatura de Daniel Scioli y luego con la vuelta triunfante de la mano de Alberto Fernández.

Pero, el método de sumas y restas no permite abordar el proceso como un todo. Para afrontar el periodo, partiremos de una hipótesis en torno a cuáles fueron los mecanismos que operaron en el proceso político tomado de conjunto (“pasivización”); luego abordaremos los principales debates, comenzando por una comparación casi obligada: convergencias y divergencias entre kirchnerismo y peronismo; el eterno mito de la “burguesía nacional” y los verdaderos orígenes económicos del “modelo”. Finalmente, la madre de todas las preguntas: ¿Cuáles fueron las causas que derivaron en la derrota y en el ascenso de la derecha?

Gramsci en el país de Perón

“Cada diez años la figura de Antonio Gramsci aparece en Argentina como un fantasma que se retira al poco tiempo de llegar, sin dar mayores precisiones sobre la misión que lo trajo a estas tierras”, escribía −no por casualidad− en el año 2004 el periodista Julio César Moreno en el diario La Nación. Aparece (o reaparece) en tiempos de crisis, de intentos restauracionistas del orden o la autoridad del Estado. Procesos contradictorios en los que es necesario discernir la índole de ciertas reformas o concesiones en cuyo desarrollo se advierte tanto la consecuencia de las movilizaciones y presiones “desde abajo” −la conquista de trincheras− como de anticipaciones preventivas “desde arriba” −la estatización regimentada− para garantizar el control del sistema como un todo. Gramsci añadirá al marxismo clásico una serie de conceptos de gran valor interpretativo para reflexionar sobre problemas de los regímenes políticos en el capitalismo contemporáneo. Hegemonía, Estado integral o revolución pasiva son nociones que ayudan a entender determinados periodos históricos y formaciones sociales complejas. Luego del 2001, ese corpus conceptual volvió a circular en los debates teórico-políticos para intentar explicar el proceso argentino y la ola de gobiernos progresistas en el subcontinente. Entre las múltiples nociones gramscianas, la “revolución pasiva” recuperó cierta centralidad.

La “revoluciones pasivas” son, en palabras de Gramsci, transformaciones moleculares que “en realidad modifican progresivamente la composición precedente de las fuerzas y devienen por lo tanto matrices de nuevas modificaciones. La tesis desarrolla todas sus posibilidades de lucha hasta acaparar a los llamados representantes de la antítesis: justamente en ello consiste la revolución pasiva o revolución-restauración”. (35) Una “revolución pasiva” transforma y a la vez reproduce; refleja relaciones de fuerza y, al mismo tiempo, las cambia; un movimiento de reacción desde arriba, de contragolpe para subordinar, subsumir o congelar una acción desde abajo.

En su momento, el rescate original de este concepto −aplicado a los procesos de unificación italiana o alemana del siglo XIX− tenía que ver con la preocupación por precisar los mecanismos que producen la pasividad (siempre relativa) de las

clases subalternas en la época de la movilización y politización de masas posterior a la Primera Guerra Mundial. Según el razonamiento de Gramsci, "las revoluciones pasivas buscan evitar que las masas sigan siendo activas y se vuelvan protagonistas; las concesiones son el medio para producir pasividad, y el resultado conservador se logra debido a la pasividad; ella es la condición que acompaña el proceso y sanciona su éxito político". (36) La pasividad-pasivización es, por lo tanto, el objetivo esencial del proyecto, no es sólo la causa y la condición para la realización del proceso. La ausencia de iniciativa popular de relevancia no implica total pasividad o inexistencia de consenso alguno. Gramsci dice que existe en esos momentos un subversivismo "esporádico, elemental e inorgánico" que, por su primitivismo, no elimina la capacidad de intervención de las clases dominantes, pero fija sus límites e impone la necesaria absorción de una parte de las demandas desde abajo, justamente aquellas que no son contradictorias con el orden y el modo de acumulación.

En su versión original, caracterizaban esa especie de diplomatización de las revoluciones burguesas que intentaban evitar el peligro jacobino que dejó el fantasma de la Gran Revolución francesa. Una vez superadas definitivamente las viejas sociedades feudales y asentado el capitalismo prácticamente en todo el globo, las "revoluciones pasivas" nunca volverán a repetirse como en los modelos originales y con ese grado de profundidad, aunque sí como mecanismo político traducible a otros tiempos históricos con sus convergencias y diferencias.

Si observamos el desarrollo concreto de los primeros años del kirchnerismo en el poder, ciertos mecanismos de "pasivización" operaron para lograr la estabilización, la restauración del orden y la autoridad del Estado. Formas de procesamiento de las contradicciones sociales que estallaron en 2001 mediante estatalización de procesos de movilización, su internalización y traducción en demandas que en su momento fueron potencialmente antagónicas y disruptivas del régimen político hacia una lógica de otorgamiento regulado de concesiones. (37)

El consenso alcanzado entre 2003 y 2007 o el logrado luego de la crisis por el enfrentamiento con las patronales del campo en 2008 se desenvolvieron con esa lógica. Una agenda que retomó selectivamente y resignificó reivindicaciones reclamadas durante los años 90 y en las jornadas de diciembre de 2001, incorporando algunas y descartando otras −justamente las que apuntaban a

cambios más profundos− en una mecánica que tenía una característica esencial: eran compatibles con la acumulación de capital, no contradecían la dinámica de los negocios y ponían a salvo el orden con progresismo.

Esto quedó de manifiesto en la política hacia los movimientos de protesta. En el ámbito de los trabajadores formalizados se conjugaron el impacto inmediato de la expansión económica con tendencias de largo plazo. El crecimiento del empleo y el retorno al régimen de negociación paritaria permitió a los sindicatos recuperar cierta gravitación y protagonismo y provocó un aumento de la conflictividad entre 2003 y 2005. El salario real de los convencionados aumentó con la lógica de concesiones limitadas, sin embargo un tercio de la población trabajadora no estaba registrada, porcentaje que se mantuvo casi sin cambios durante todo el periodo. Esta división de la clase trabajadora con altos niveles de informalidad, tercerización o precarización introdujo una fisura estructural. Entre otras cosas, provocó que aumente la dependencia estatal sobre las capacidades financieras de los sindicatos: ya no se sostenían esencialmente con el flujo de aportes de los afiliados y las transferencias estatales se volvieron cada vez más indispensables. La estatización de los sindicatos que minó su autonomía desde su regimentación original en los años del primer peronismo, cobró mayor relevancia para imponer la subordinación de quienes estaban al frente de los aparatos sindicales. Una ventaja que no fue solo aprovechada por el peronismo: Macri hizo uso y abuso de la inercia sindical.

La restitución de las paritarias tuvo el objetivo de la regulación de la protesta gremial emergente. El lado b de esta política fue el aislamiento de aquellos reclamos que no aceptaban esta orientación. Se establecieron los límites tolerables de la protesta, alentada y contenida. En el extremo izquierdo irrumpió el llamado “sindicalismo de base” con el que el gobierno debió lidiar casi por una década y que expresaba las tendencias a superar los límites impuestos por las direcciones burocráticas tradicionales de los sindicatos. Si al proceso general de sindicalización regimentada del peronismo original le surgieron desde abajo las comisiones internas y cuerpos de delegados, en los años kirchneristas a la izquierda emergió el “sindicalismo de base” en ramas como la alimentación (Kraft) o metalmecánicos (Lear), así como en algunas empresas de servicios estratégicos (subte o telefónicos).

Desde mediados de 2003, el gobierno enfrentó la movilización de los desocupados con una política que combinó las concesiones parciales y también una estrategia de aislamiento del denominado “sector duro”. En esos años tuvo

lugar la transformación de varias tendencias hacia el oficialismo y su incorporación a funciones estatales o cuasiestatales: la Federación de Tierra y Vivienda, Movimiento Barrios de Pie, Movimiento Evita, Frente Transversal Nacional y Popular, entre otros. Reducir el posicionamiento a la mera cooptación o a un trueque de paz social por beneficios (lógica que operó, indiscutiblemente) sería, sin embargo, un tanto reduccionista. El movimiento de desocupados se constituyó como un espacio de múltiples tendencias que −una vez que fue alejándose su momento radical original− contenía en su seno agrupamientos que se revindicaban "populistas" o "nacional populares" desde antes del arribo del kirchnerismo. Como sucedió con la corriente conocida como "sindicalismo" en los orígenes del peronismo, varias organizaciones de desocupados tenían tradiciones, ideologías, prácticas y posicionamientos políticos que posibilitaron una identificación y una confluencia con el nuevo gobierno. Otro grupo (el Movimiento de Trabajadores Desocupados Aníbal Verón o la Corriente Clasista y Combativa) adoptarían una perspectiva moderada y un tercer grupo (Polo Obrero, el Movimiento Teresa Rodríguez o la Coordinadora de Trabajadores Desocupados Aníbal Verón) mantendría una posición de mayor confrontación. Aunque la mayoría compartiría métodos de organización y estructuras donde la adhesión ideológica se confundía con la dependencia material y la presión estatal con las posibilidades de acción. A menos de dos años de asumido el gobierno había incorporado a organizaciones a su coalición política fragmentando al movimiento y aislando a quienes no le respondían.

En las fábricas recuperadas, el otro gran emergente de los movimientos surgidos en el pos-2001, también operaron mecanismos similares, pero esencialmente no se desarrolló con mayor profundidad por la recuperación económica.

Finalmente, entre 2003 y 2005 también se produjo un proceso de desmovilización de las asambleas barriales. La renovación de la Corte Suprema de Justicia, la devolución de los ahorros capturados por el "corralito" con pérdidas menores a las esperadas, la anulación de las leyes de Obediencia Debida y Punto Final, fueron algunas de las principales medidas con la que se intentó responder a los reclamos de sectores de la clase media que conformaban las asambleas.

Incluso, en la esfera de la cultura, hasta el rock fue víctima de cierta estatalización. En los años 90 se había mudado a las resistencias suburbanas, al circuito del under que marchaba de antro en antro, de espaldas al Estado y a la Policía para establecerse como contracultura marginal y defensiva. Porque la

Nueva Roma te cura o te mata; no había salvación para el pueblo sumiso y el mundo estaba lleno de gente mentirosa, gente policía, gente de mierda y gente que no. Pero, el kirchnerismo le abrió las puertas del palacio al rock o lo trasladó al centro con eventos gratuitos organizados y custodiados por el Estado y produjo un movimiento doble: relanzamiento y regulación. ¿El kirchnerismo mató al rock?, provocó el periodista Martín Rodríguez en su libro Orden y progresismo. Los años kirchneristas. Probablemente no tanto, pero limó sus aristas de contracultura resistente y privó a la década de su banda de sonido. (38)

Como varias de las experiencias denominadas progresistas en el continente, el kirchnerismo aprovechó, propició y promo-

vió una relativa desmovilización y despolitización o, si se quiere, una movilización y politización regimentada. Una subalternización de los sectores populares, sindicatos y “movimientos sociales”. Paradójicamente allí radicó uno de los secretos inconfesables de su declive.

Los gobiernos kirchneristas no fueron una expresión directa del ascenso popular que tuvo su punto culminante en diciembre de 2001, pero no pueden entenderse por fuera de esos acontecimientos. Administraron el conflicto con la utilización del único partido que quedó en pie luego de la crisis que casi se devora al sistema político. Lograron llevar adelante esa tarea porque absorbieron (incorporándolos y negándolos a la vez) parte de los motivos que se manifestaron a cielo abierto en esas jornadas. Las diferencias específicas no niegan las continuidades del kirchnerismo con los gobiernos anteriores, pero las sitúan en otro contexto.

No todo intento de pasivización hace a una “revolución pasiva” (incluso nunca volvieron a repetirse en los mismos términos que en el siglo XIX), pero eso no niega que pueda retornar como mecanismo aggiornado a nuestros tiempos. El inconveniente que tuvieron los procesos de “pasivización” para ser exitosos fue el intento de repetir viejas fórmulas apoyándose en una “burguesía nacional” cuando casi no queda ni la sombra del viejo mito; con la misma receta estatalista, pero con muchas menos capacidades estatales o con una estatalidad raquítica que hace insostenible el cumplimiento de sus promesas o con la misma regimentación sindical, pero sin las conquistas de antaño. En síntesis, con todos sus defectos y pocas de sus “virtudes”.

Reflexionando sobre el auge y caída del peronismo histórico (que en este sentido

amplio puede ser entendido como un proceso de “pasivización”), el investigador británico Daniel James escribió que una vez instalado en el poder, “el peronismo fue en cierto sentido, para los trabajadores, un experimento de desmovilización social pasiva. En su retórica oficial puso cada vez más de relieve la movilización controlada y limitada bajo la tutela del Estado”. (39) Con todas las diferencias, algo de ese mecanismo operó en los años kirchneristas. Para entender la índole de esta pasivización conviene poner el foco en otro de los debates que cruzó la década: las diferencias entre peronismo y kirchnerismo.

Peronismo y kirchnerismo

El género próximo y la diferencia específica del kirchnerismo con respecto al peronismo histórico fue objeto de múltiples análisis y polémica. Luego de que "el hecho maldito" menemista rompiera definitivamente con todas las coordenadas ideológicas del movimiento, la experiencia del kirchnerismo fue percibida como un retorno a las fuentes. Era imposible repetir una experiencia que tuvo lugar cincuenta años antes en un país (y en un mundo) completamente diferentes, pero afirmar esto es poco menos que una perogrullada. Por lo menos si no se intenta explicar cuáles fueron esos cambios concretos, qué consecuencias tuvieron para la estructura socioeconómica argentina y qué derivaciones generaron en su sistema de partidos. En ese contexto, pensar la persistencia del peronismo, pero esencialmente qué peronismo perduró.

La abundante literatura producida en las últimas décadas sobre un fenómeno político cuya supervivencia resulta −sin dudas− enigmática realizó muchos aportes, pero los clásicos que problematizaron al peronismo desde sus orígenes resistieron el paso del tiempo. Por algo son clásicos. En esos trabajos hay un tema que está presente en todas las perspectivas: la relación entre movimiento obrero y peronismo. (40)

Uno de los padres fundadores de la sociología argentina, Gino Germani, abrió el debate con una primera interpretación del peronismo y una tesis tan provocadora como mecanicista alrededor del vínculo constitutivo del movimiento obrero y el peronismo: Perón utilizó como base de maniobra a una clase obrera nueva, llegada del interior del país, huérfana de tradición política y carente de ideología. El secreto de todo su arte radicó −para Germani− en la manipulación de la "tabla rasa" para un proyecto político de carácter totalitario y facsistizante. (41) Los investigadores Miguel Murmis y Juan Carlos Portantiero, contragolpearon en su Estudios sobre los orígenes del peronismo afirmando que no hubo heteronomía o anomia alguna en la adhesión de los trabajadores y que ese vínculo estuvo guiado por una acción racional, entendida como la práctica sindicalista que caracterizaba a las viejas organizaciones obreras y a la que se sumaron los nuevos trabajadores. (42) Una praxis que combinaba reclamos y negociación con

el Estado, que había nacido en los tempranos tiempos del radical Hipólito Yrigoyen (1916) y que se desarrolló en en la década de 1930 en disputa con las corrientes socialista y comunista de importante influencia en la clase obrera preperonista. Es más, la corriente “sindicalista” se había fortalecido por los errores de estas tendencias guiadas por el reformismo europeizante de unos (socialistas) y la paranoia estalinista de los otros (comunistas). El sociólogo Juan Carlos Torre refinó el análisis y afirmó que la adhesión política de la clase obrera al peronismo no se dio sólo en función de reivindicaciones económicas, también la motorizó un proceso de búsqueda de integración política tras una etapa en la que fue conquistando centralidad en la vida productiva del país mientras se sostenía su exclusión política: la noche negra de la famosa Década Infame. (43) La integración se produjo en el marco de la pérdida de su autonomía. Fue una exitosa “rama sindical” dentro del peronismo porque fue derrotada como “partido laborista” independiente afuera. Pese a esto, Torre señala que, desde sus orígenes, el peronismo estuvo marcado por un “sobredimensionamiento” del movimiento obrero en su anatomía política. Un movimiento que, con todas las distorsiones del caso, en momentos de crisis o debilidad del peronismo político intentó hablar con su propia voz. Y que, incluso, llegó a dar nacimiento a lo que el historiador Adolfo Gilly calificó como una anomalía única: (44) la existencia de comisiones internas y cuerpos de delegados en las mismas unidades productivas, organizaciones de base ausentes en la mayoría de las clases trabajadoras del continente y que nunca fueron reconocidas por la legislación laboral peronista. El historiador británico Daniel James (45) plantea el “doble legado” del peronismo en relación con la ideología de los trabajadores, junto con una resignificación del valor del trabajo que se hizo patente en el peso del trabajador en la fábrica a través de las comisiones internas y su control sobre las condiciones de trabajo, y su desafío permanente al poder de la patronal en las fábricas, el peronismo puede ser visto también como “un intento por institucionalizar y controlar el desafío herético que había desencadenado en el período inicial y por absorber esa actitud desafiante en el seno de una nueva ortodoxia patrocinada por el Estado”.

El sociólogo y ensayista Alejandro Horowicz en su clásico Los cuatro peronismos hace un aporte teórico clave cuando resume todos estos elementos en una definición: el peronismo fue el único partido político moderno –tal como fue entendido ese concepto en el siglo XX– generado por el régimen argentino. (46) Desde sus tiempos en la secretaría de Trabajo y Previsión quebró el vínculo decimonónico de la llamada oligarquía con los trabajadores a los que pretendía condenar a eternos “ilotas” marginados de la vida pública. Reconoce la

condición “ciudadana” del proletariado y lo incorpora a la república parlamentaria con las potencialidades y límites que eso implica: son aceptados en la “polis” mientras no saquen los pies del plato, accedan a la regimentación estatista de sus organizaciones y renuncien a cualquier intento de autonomía política. El famoso “nacionalismo burgués” que tanto irrita a muchos peronistas no se refiere a una cuestión moral, estética o de formas, sino a las coordenadas programático-estratégicas que siempre guiaron su orientación general: defiende un tipo de capitalismo y sus modos de propiedad, más allá de que las burguesías realmente existentes desconfiaran de su “obrerismo”. Como afirmara el joven marxista Milcíades Peña, la intervención de los cuarteles en junio de 1943 permitió que las clases dominantes argentinas tengan la posibilidad tercerizar la tarea de gobernarse a sí mismas. Con el concepto de “bonapartismo”, Peña incorporó también la tensión y el vínculo del peronismo con las clases dominantes y, sobre todo, con el relativo “vacío” internacional que dejaba una potencia imperial en retirada (Gran Bretaña) y otra en ascenso (Estados Unidos), agregando el correspondiente superciclo económico que siempre acompaña a todo “populismo” exitoso: la fortuna de su virtud. (47)

La clase trabajadora, asciende de manera sui generis el 17 de octubre de 1945, por vez primera en su historia al plano político, iniciando una nueva etapa en la vida pública del país. El historiador de las ideas, Carlos Altamirano, sentenció en su Peronismo y cultura de izquierda que desde su derrocamiento en 1955 “la imagen del peronismo se hizo doble y el movimiento proscripto se volvió soporte de lo fáctico y de lo virtual o, para ponerlo en otros términos, el peronismo verdadero, pero virtual y exiliado, y el peronismo empírico, privado de verdad aunque no de poder”. (48)

Cualquiera sea la lectura con la que se tenga más afinidad, indudablemente todos los análisis clásicos orbitaron alrededor de la tensión en ese vínculo entre el peronismo y el mundo de los trabajadores. Tomando la periodización de Horowicz, el segundo peronismo que va desde la caída de Perón en 1955 hasta los convulsivos años de la década del setenta tomará la forma de la presencia sindical en el primer plano (con sus distintas tendencias) mientras el peronismo político y el líder se encontraban proscriptos. Al calor de una efervescencia internacional, el tercer peronismo predominante en los años 70 se radicalizará y conducirá al enfrentamiento entre las dos almas del movimiento: el partido del orden y el partido de la contención. El mismo jefe político del movimiento se inclinará hacia el primero al final de su vida. El cuarto peronismo, surgido del proceso que empezó con Isabel Perón y se continuó con el genocidio de la

dictadura militar acompañando con letra propia la música del concierto neoliberal que se desplegaba por el mundo, detonó el lazo entre movimiento obrero y peronismo, esencialmente porque infringió una derrota a la clase trabajadora para disminuir su presencia en la vida política argentina y, sobre todo, en el desenvolvimiento económico.

El movimiento autodenominado de la "Renovación Justicialista" de la década del ochenta fue la forma política que adoptó el proceso de "desindicalización" del peronismo, como expresión deformada de su distanciamiento del movimiento obrero en tanto "sujeto activo". Fueron los años de la transformación del justicialismo de partido sindical a partido clientelista, según la definición del clásico trabajo de Steven Levitsky. (49) El profesor norteamericano aseguró que el peronismo "renovador" podría describirse como un partido socialdemócrata de facto y que no se propuso explícitamente la desindicalización, pero allanó el camino para que esto sucediera en los años 90. El proceso de desindicalización fue un fenómeno global y afectó a varios partidos socialdemócratas en el mundo: desde el laborismo inglés hasta los socialismos alemán o francés. El inefable Carlos Menem fue quien dinamitó ese vínculo desde adentro en un clima de fiesta y restauración. No sólo porque cambió radicalmente la relación del peronismo con el movimiento obrero, sino porque con su programa de neoliberalismo extremo, apertura indiscriminada de la economía y subordinación al capital financiero, fue el responsable de la dualización de la clase trabajadora, comprando y cooptando a los dirigentes, quebró en varios pedazos a la "columna vertebral".

Movimiento anticipatorio y de prevención, el peronismo de los orígenes vio la necesidad de articular otra forma estatal que permitiera contener la eventual irrupción de una fuerte clase obrera con gravitación estratégica en la economía y nula presencia en la escena política. Perón percibió el carácter explosivo de esa contradicción y actuó en consecuencia. En los términos de Juan Carlos Torre: "Más que suscitada por la fuerza de la movilización popular, que sabemos muy limitada en esa época, dicha política se inspira en los peligros potenciales que un orden regresivo e ilegítimo pone al mantenimiento de los pilares de un equilibrio social existente. El Estado irrumpe en la vida de las empresas, impone la negociación colectiva, repara viejos agravios, alterna las normas de trabajo, se lanza, en fin, a la modernización de las clases patronales por decreto". (50)

Aquí radica una de las diferencias con el kirchnerismo que, en cambio, fue el resultado de una explosión previa y de una estructura social muy distinta. (51) El

principal contraste entre ambos procesos fue el vínculo con la clase trabajadora. A mitad del siglo pasado un proceso de semiindustrialización por sustitución de importaciones habilitó una gravitación significativa de la clase trabajadora y su integración como la "columna vertebral" del peronismo. El kirchnerismo, por el contrario, emergió en el contexto de una formación social con una industria en fuerte retroceso y un marcado fraccionamiento entre trabajadores formales y precarizados. Esta división persistió e incluso se "naturalizó" en la larga década kirchnerista, puesto que la recuperación significativa del empleo y los salarios se limitó al sector registrado. La cohesión corporativa de una clase obrera más o menos homogénea ya es parte de un pasado lejano e irrecuperable dentro de los parámetros del capitalismo actual. Incluso no pocos autores han encontrado en esa fractura social la razón última de las divisiones que el peronismo viene sufriendo desde hace décadas. El economista liberal Pablo Gerchunoff escribió que una vez pasado el momento de mayor crecimiento de los años kirhneristas y roto el espejismo de una integración más o menos armónica de las clases trabajadoras "pervivía un nivel de pobreza de al menos 25% de la población (probablemente 30%) y un mercado de trabajo fragmentado con alrededor de 40% de informalidad. Las viejas verdades políticas del peronismo, fundadas en el supuesto de una base popular homogénea (dejemos de lado la discusión acerca de si eso fue cierto alguna vez), debían ser revisadas: los estratos sociales más sumergidos cobraban un inevitable protagonismo. Fue como si la Fundación Eva Perón hubiera sido en los años 50 el principio activo de la justicia social, y no, como en efecto fue, un componente marginal". (52)

¿Fue el kirchnerismo un peronismo del siglo XXI? Se puede responder afirmativamente si se aceptan todas las consecuencias en torno a lo que recuperó de la mecánica política del movimiento fundado por Perón, pero con sustentos sociales más debilitados, concesiones significativamente menores y una identidad política cualitativamente más atenuada. Una constatación que reabre el eterno interrogante sobre la capacidad de persistencia del peronismo.

En general, se contraponen dos tesis en torno al futuro del movimiento fundado por Perón: quienes profesan una eternidad indiscutible y quienes hace décadas vienen anunciando su desaparición inminente. Las reinvenciones que protagonizó en las últimas décadas alimentan a quienes sostienen su famosa "resiliencia"; las crisis y divisiones recurrentes que lo atraviesan son el fundamento para los que pronostican su final. Pero, la discusión de fondo es qué tipo de peronismo es el que perdura porque la profunda metamorfosis registrada en la relación de ese movimiento con el movimiento obrero sufrió un cambio

copernicano. Las derrotas electorales "impensadas" hasta 1983 y cada vez más recurrentes en sus principales bastiones dan cuenta de un debilitamiento de los lazos de ese partido con sus históricas bases populares. Pero, el agotamiento más profundo no es necesariamente electoral (siempre se pueden inventar alquimias que posibiliten triunfos pírricos), el agotamiento se relaciona con la imposibilidad de satisfacción a los planteos inscriptos en sus banderas históricas (soberanía política, independencia económica y justicia social). El álgebra de esas fórmulas es discutible en el peronismo original (sobre todo pos-1952), pero es más que evidente hoy que ninguno de los indicadores sociopolíticos muestra ni un acercamiento a esos postulados.

La reperonización kirchnerista fue en términos sociales y políticos muy limitada. El periodista y ensayista Martín Rodríguez sentenció −un poco en serio, un poco en broma− que el kirchnerismo fue una "lucha de clases medias". Una definición que es menos una chicana a los progresismos que adhirieron al kirchnerismo que la manifestación de una crisis del vínculo con el mundo popular. Una reperonización más acotada, menos extensa y también menos profunda. "El kirchnerismo no suscitó el amor de los pobres −aseguró en una entrevista el autor de Orden y progresismo. Los años kirchneristas (53)−, no tuvo esa característica histórica del peronismo, aunque los pobres lo voten y una gran masa de ricos lo odien. Lo que tiene es el amor de un sector de la clase media. La discusión se da al interior de las clases medias entre sectores más reaccionarios y sectores más progresistas".

Crítica de la economía política

Si bien el kirchnerismo no puede reducirse a la fortuna de las variables económicas (los apartados anteriores intentan dar cuenta de esto) no puede entenderse sin la economía.

Tres grandes temas cruzaron el debate en la esfera de la economía: el rol del duhaldismo, su ajuste y su lugar en esta historia para sentar las bases del crecimiento posterior; el enésimo intento fallido de construir una “burguesía nacional” que siempre se negó a nacer y la “ilusión estatalista”, sobre todo en relación a qué tipo de retorno del Estado finalmente tuvo lugar. La conjunción de estas cuestiones también puede leerse desde los resultados.

¿Dónde estuvo el secreto de la Coca Cola del esquema económico que habilitó los largos años de expansión? ¿Fue la consecuencia de la ruptura o el resultado directo del ajuste? ¿Quién puso los pilares del “modelo” y qué continuidades y cambios acontecieron con respecto a la transición duhaldista?

Dos masacres sellaron el principio y el final del interinato del senador Eduardo Duhalde en el sillón de Rivadavia: la que tuvo su epicentro en la Plaza de Mayo, pero que se extendió a todo el país el 20 de diciembre 2001 y en la que fueron asesinadas 39 personas en una de las últimas órdenes del presidente Fernando de la Rúa, y la producida en el Puente Pueyrredón el 26 de junio del año siguiente en la que cayeron acribillados a balazos los militantes populares Darío Santillán y Maximiliano Kosteki. Todo en aquel periodo se consideraba provisional, nadie podía erigirse como un poder real y permanente. De hecho, quien así intentó proyectarse fue expulsado de la Casa de Gobierno a la semana de haber asumido (Adolfo Rodríguez Saá). En este sentido, Duhalde puede entenderse en términos económicos como el primer mandatario de la nueva etapa, pero en términos políticos como la última “víctima” política de la rebelión y la crisis. En cualquier caso, las discordancia de los tiempos marcaba que su límite fue más político que económico: una crisis de la autoridad del Estado que no había sido reconstruida ya que las variables económicas bajo su administración indicaban que estaba en curso una inicial recuperación.

En ese interregno y con los factores de poder sintiendo el soplo en la nunca de un país intratable, Duhalde sentó las bases económicas del esquema que, en sus lineamientos centrales, rigió en los años siguientes. El investigador Martín Schorr define que desde el punto de vista del proceso económico, el duhaldismo es el verdadero origen del kirchnerismo, el padre no reconocido del “modelo”.

Duhalde asumió la presidencia el 2 de enero de 2002, el diario Clarín informaba que los bancos atenderían de 8 a 20 horas y que se respetarían los depósitos en dólares. El 3, el mismo diario destacaba esta confesión de parte del estadista de Lomas de Zamora: “Los peronistas somos parte del problema y ahora debemos ser parte de la solución”. Gobernaría por un año y cinco meses. La recesión iniciada en 1998 había durado cuatro largos años y había liquidado el 20% del PIB y dejado a más de la mitad de la población en la pobreza.

Las principales medidas de política económica adoptadas por el equipo de Duhalde en 2002 serían: sanción de una Ley de Emergencia Económica; derogación de la Ley de Convertibilidad; la llamada pesificación asimétrica (que significó que mientras a los ahorristas se les reconoció un tipo de cambio de $1,40, las deudas de las empresas con el sistema financiero local se pesificaron con un tipo de cambio de 1 a 1); el establecimiento de retenciones a las exportaciones agropecuarias, hidrocarburíferas y mineras; la desdolarización de las tarifas de los servicios públicos y su inicial congelamiento.

La salida desordenada de la convertibilidad condujo a una megadevaluación: el dólar pasó de valer $1 a cotizar $4 en mayo/junio de 2002 para luego estabilizarse en $3. El aumento del dólar repercutió en los precios que después de varios años de tener leves variaciones, subieron en 2002 un 40,9%. Sin embargo, en un contexto de desocupación masiva, los salarios apenas registraron un aumento de poco más del 10%. El resultado fue la caída acelerada y monumental del salario de un 25%. Al mismo tiempo, el default declarado por la fugaz presidencia de Adolfo Rodríguez Saá alivió las cuentas públicas.

“La devaluación del peso se trasladó relativamente poco a los precios −escribieron los investigadores Fernando Porta, Juan Sarcángelo y Daniel Schteingart− por lo que el tipo de cambio real se depreció más de 120% e indujo un cambio abrupto en la estructura de los precios relativos a favor de los sectores transables, en particular la industria y en desmedro de los no transables, en especial de los servicios públicos privatizados. La clase trabajadora y los perceptores de ingresos fijos fueron los grandes perdedores: el salario real cayó

en el orden del 25%, en contrapartida los márgenes unitarios de las empresas se recompusieron de modo significativo. Las firmas que además operaban en sectores transables y que se habían endeudado en dólares se vieron doblemente beneficiadas: por un lado, por el nuevo marco de precios relativos; por el otro, por el saneamiento de sus patrimonios.” (54)

La obligación a los grandes exportadores de liquidar divisas directamente en el Banco Central inició un proceso de acumulación de reservas. El segundo semestre de 2002 se advertía una ligera recuperación del crecimiento. La brutal transferencia de ingresos estimulada por la devaluación dio impulso a un mayor empobrecimiento y desigualdad.

El economista Julián Zícari agrega otro elemento del ajuste de más largo aliento y explica: “Por su parte, la recuperación cada vez más acelerada que comenzaba a vislumbrarse para 2003 pudo ponerse en marcha por el bajo uso de la capacidad productiva instalada en el país, la cual inicialmente permitió que la economía creciera muy deprisa sin necesidad de grandes inversiones, sino tan sólo utilizando los recursos ya existentes. Este hecho, consecuencia de la profundidad de la crisis, irónicamente, le daba a la recuperación ahora una proyección excepcional. Tras la recesión que había acumulado varios años y una depresión final durante 2001 especialmente terrible −con un nivel de desempleo intolerable−, la devaluación de comienzos de 2002 facilitó que el tipo de cambio nominal subiera 340%, pero con una inflación acotada (la acumulada del año fue del 45%), lo que permitió capturar una diferencia cambiaria real impresionante. Del mismo modo, si la larga recesión impidió finalmente que los precios subieran como se había esperado, el alto desempleo y los bajos salarios jugaron un rol similar que contribuyeron a que la economía creciera raudamente sin generar tensiones distributivas de peso”. (55)

Desde el punto de vista de la dinámica de la economía internacional, a principios de siglo las condiciones fueron cada vez más favorables para Argentina: desde 2001, las tasas de interés internacionales comenzaron a bajar y los precios de los productos primarios empezaron a subir empujados, entre otros factores, por la “locomotora” China que dio como resultado un aumento de las cantidades exportadas.

La devaluación fue tanto el producto de la oposición popular a continuar con la deflación como forma de resolver la crisis en 2001 como la respuesta capitalista a ambas. Su éxito fue el triunfo de la ofensiva inflacionaria contra el poder

adquisitivo del salario. Se abarataron los precios para el resto del mundo de los productos industriales que el país produce. Es decir, se conquistó una competitividad industrial gracias al sacrificio del salario.

La “caja negra” del “modelo” en los años kirchneristas contiene en su interior un origen nunca del todo reconocido: un ajuste drástico en el reparto de la torta nacional y un retroceso fenomenal de los salarios que colaboró en sentar las bases para el crecimiento posterior. Sólo con el ajuste no alcanza para explicar la expansión posterior, pero sin el ajuste no se puede.

La “burguesía nacional” es un sueño eterno

Que nunca haya existido la famosa “burguesía nacional” como actor sociopolítico relevante en la historia política latinoamericana y argentina no impidió que brotaran decenas, sino cientos de movimientos que hablaran en su nombre. El kirchnerismo no fue la excepción y, sobre todo en sus orígenes cuando intentó revivir el viejo mito contra todas las pruebas de la realidad. Como dijera Albert Einstein, a veces, parece “más fácil desintegrar un átomo que un prejuicio”.

“Es fundamental que el capital nacional participe de un proceso de reconstrucción de la sociedad. Es imposible un proyecto de país si no consolidamos una burguesía nacional”, aseguraba Néstor Kirchner durante un acto en septiembre de 2003. (56) El expresidente destacaba que “más allá de la importancia del hecho económico o financiero, también importa la firme decisión del empresariado en participar de un proceso de consolidación del crecimiento económico de un país”. En un discurso pronunciado en la Bolsa de Rosario el 20 de junio de 2007, Kirchner repetía el mismo relato: “Lo digo acá, los argentinos tenemos que asumir que necesitamos un empresariado al que le vaya bien, un empresariado que tenga éxito, un empresariado que tenga rentabilidad, necesitamos empresarios que sean triunfadores, porque eso va a ayudar a aumentar la capacidad de gerenciamiento y de inversión de Argentina, como hacen otros países, y vamos a poder consolidar esa burguesía nacional, tanto industrial, agropecuaria y demás que necesita este país para poder consolidarse definitivamente”. (57)

Kirchner fantaseaba con la conformación de la famosa “burguesía nacional” que, según sus anhelos, asuma el desafío (y los costos) de un desarrollo autóctono y hasta regional, aporte al crecimiento del mercado interno y se transforme en una de las clases fundamentales que le otorgue sustento a su movimiento político. Nada menos que los conglomerados empresarios como Clarín y Techint debían ser protagonistas en la formación de esa clase, ya que apoyaban el proyecto desde el inicio. Fue con el respaldo de Néstor Kirchner que un empresario nacional como Marcelo Mindlin compró Edenor de manos de los franceses de

Electricité de France, por 100 millones de dólares. El mismo Mindlin adquirió luego −asociado con Carlos Ferreyra, el dueño de Electroingeniería− la mitad de Transener, dueña del monopolio del transporte de electricidad. En la misma sintonía se permitió al Grupo Clarín adquirir Cablevisión y fusionarla con Multicanal en lo que implicó uno de los grandes saltos adelante en materia de ganancias en la larga marcha del Grupo. También alentó a la familia Werthein a tomar parte del control de Telecom Argentina. O facilitó la llegada de la familia Eskenazy al 25% de YPF casi sin poner un centavo, pagando esa compra con las ganancias que daba empresa.

El itinerario posterior de varios de estos empresarios es conocido: Clarín y Techint conformaron la comandancia de la Asociación Empresaria Argentina (AEA) que se enfrentó a los intereses nacionales en general y al kirchnerismo en particular; Marcelo Mindlin fue un sostén fundamental de la experiencia "antinacional" del macrismo.

La burguesía industrial demostró ser fiel a su historia de concentración y vínculo con la burguesía agraria de la cual fue en su momento un desprendimiento y luego subsidiaria. Sin contradicciones mayores con el capital transnacional al que prefiere socio antes que adversario. Volvió a quedar en evidencia que, con la excepción de coyunturas muy específicas y en situaciones muy concretas, estos segmentos del gran capital local no han impulsado la famosa "industrialización" basada en el desarrollo de capacidades productivas que le den dinámica a la economía para hacer viable "una sociedad más inclusiva e igualitaria". Una clase que −como sucede en la mayoría de los países atrasados o semicoloniales− llegó demasiado tarde al concierto internacional de naciones del capitalismo contemporáneo y a la cual la defensa estricta de sus intereses la colocan en la vereda de enfrente a los profundos intereses nacionales.

Además, en términos de resultados, Martín Shorr asegura que: "En la práctica, los gobiernos del kirchnerismo reforzaron muchos espacios privilegiados de acumulación vinculados con actores extranjeros, a la vez que preservaron ciertos instrumentos regulatorios heredados de la fase neoliberal. A modo de ejemplo se destacan las variadas prebendas estatales a la megaminería, el régimen de tratamiento especial para la industria automotriz y el entramado normativo que 'ordena' la operatoria del capital extranjero con asiento en el país: la Ley 21.382 y normas complementarias, así como la gran mayoría de los numerosos tratados bilaterales de inversión (TBI) suscriptos en los años 90". (58)

El economista marxista, Esteban Mercatante (autor de dos libros sobre la economía argentina de los últimos diez años) sintetizó: “El panorama de la Argentina que entraba al siglo XXI mostraba que apenas 10 complejos productivos explicaban más el 70% de las exportaciones. El capital extranjero se encontraba a la cabeza de la mayoría de las cadenas productivas, las integra como eslabones en entramados globales, determina las pautas tecnológicas y logra concentrar el grueso de las ganancias”. (59) En síntesis, una vez más, sobraron discursos y faltó burguesía nacional.

Después de todo

Néstor y Cristina Kirchner pertenecían a una corriente de centroizquierda dentro del peronismo. Una tendencia que pactó y apoyó al menemismo de los orígenes y que se diferenció avanzada la década del noventa. Su proyecto fue posneoliberal por lo menos en tres sentidos: porque vino después del neoliberalismo, porque lo negó parcialmente, pero también porque se asentó sobre sus pilares centrales.

En el libro Cristina versus Cristina, Vilma Ibarra (secretaria Legal y Técnica del presidente Alberto Fernández) repasó pormenorizada y casi obsesivamente los discursos políticos de la expresidenta y escribió: “En la Convención Constituyente de 1994 fue muy explícita respecto de su lugar de pertenencia política. Desde su banca, en una de las dos oportunidades en las que hizo uso de la palabra durante la Convención, dijo: ‘Cuando recibimos el gobierno en 1989 éramos un país fragmentado, al borde de la disolución social, sin moneda, y con un Estado sobredimensionado que como un Dios griego se comía a sus propios hijos. Entonces hubo que abordar una tarea muy difícil: reformular el Estado, reformarlo; reconstruir la economía; retornar a la credibilidad de los agentes económicos en cuanto a que era posible una Argentina diferente. Se hizo con mucho sacrificio, pero se logró incorporar definitivamente pautas de comportamiento en los argentinos’. Cuando Cristina Kirchner pronunció estas palabras ya se habían privatizado −o estaban en proceso de privatización− las telecomunicaciones, Aerolíneas Argentinas, importantes servicios viales, la electricidad y el gas y también se había dispuesto la disolución o liquidación de muchas otras empresas prestadoras de servicios. Paralelamente, la Argentina crecía en términos de PIB pero aumentaba la brecha entre ricos y pobres y se destruía la industria nacional”. Ibarra amplía y asegura que: “Coincidía en estas opiniones con su marido, Néstor Kirchner, quien a fines de 1997, ya decidido a formar una corriente interna dentro del peronismo para enfrentar al menemismo, explicó sus diferencias con la Alianza diciendo: ‘Hay sectores de la oposición que cuestionaron durante mucho tiempo las bases mismas del modelo, cosa que yo nunca hice’. Néstor y Cristina no fueron críticos del menemismo durante los años centrales del proceso desregulador y privatizador, aunque tampoco

estuvieron entre sus protagonistas principales, salvo en el caso específico de la privatización de YPF”. (60)

La crisis orgánica que estalló hacia el 2001 y que tuvo su punto culminante en las jornadas del 19 y 20 significó un antes y un después. El kirchnerismo debió gobernar condicionado por un país levantisco e indómito. Muchos de los intelectuales o referentes de ese movimiento político divorcian el resultado, tanto del contexto internacional favorable, del ajuste que introdujo el colapso económico y que aplicó el duhaldismo y del necesario cambio de agenda que la relación de fuerzas impuso luego de la rebelión. Simplemente atribuyen al peronismo una capacidad cuasi natural para reconstruir el país de sus recurrentes adversidades, de su tendencia permanente al colapso, de su destino inviable.

La impronta de la nueva relación de fuerzas impuso ciertas concesiones sociales y democráticas, a la vez que empujó a la regimentación, regulación y cooptación de organizaciones emergentes de la crisis. Las resonancias de la insurgencia del 2001 se comprobaron en el primer terreno y la recomposición de la autoridad estatal se verificó en el segundo campo. El kirchnerismo habilitó la extensión de ciertos derechos democráticos, a la vez que fue un limitante de la profundidad de esas conquistas. Este doble movimiento también se evidenció en un ámbito que fue transformado en bandera: los derechos humanos. Entregó la cabeza de representantes muy odiados, se sancionó a algunos referentes que habían usurpado el poder en la dictadura a la vez que se garantizó un orden para quienes seguían detentando el poder en la democracia. Por eso los juicios, con excepciones, solo llegaron hasta las puertas de las fábricas o empresas: se castigó al personal político-militar mientras la clase social tan o más responsable se salvaba.

La agitación de la movilización y determinadas condiciones internacionales permitieron que el kirchnerismo conquistara cierta autonomía muy relativa de la política. Como escribió el historiador Ezequiel Adamovsky: “Como hay un conflicto, esa mediación supone atender a que ese conflicto tiene dos términos, y en consecuencia permite esa autonomía donde si bien el interés central del bloque de clases dominantes no puede ser violentado gratuitamente, tampoco es correspondido mecánicamente”. (61)

Durante esos años muchas personas pasaron de una situación de hambre a poder comer, de no tener un empleo a trabajar (en general, de manera precaria) y no es poca cosa en ningún caso para su experiencia concreta, pero esos objetivos

mínimos están lejos de configurar un programa político y mucho menos una perspectiva transformadora.

La “traducción estatal” del 2001 limitó y en parte negó sus potencialidades. El politólogo Martín Cortés escribió que “los gobiernos progresistas constituyeron la traducción en materia estatal de la energía social que se desplegó como resistencia al modelo neoliberal y que lo hizo entrar en crisis. Retengamos el concepto de traducción, que es clave: en ese pasaje, de manera inevitable, algo se pierde y algo se transforma. Pues la expresión de las luchas en el Estado jamás resulta transparente (allí tenemos, indudablemente, una realidad trágica de la política). Como nos enseñó alguna vez [Nicos] Poulantzas, esa expresión se produce siempre bajo la forma de refracción. Aquella energía social, al expresarse en el seno del Estado, se transforma en materia estatal (en palabras de René Zavaleta: ‘todo lo que pasa por el Estado, se convierte en materia estatal’… El Estado es, entonces, una síntesis calificada: le otorga su propio color o mensaje a la energía social)”. (62)

No es muy diferente a lo que sentenciaba el sociólogo y ensayista Horacio González: “Esto último es lo que ocurrió con Kirchner. No venía a reparar el orden sino a interpretar la crisis con un nuevo enunciado institucional que pudiese situar en su interior la productividad de la crisis (…). [El kirchnerismo] debió actuar en dos áreas sumamente ambiguas: debía mostrar que no era mera reconstrucción de lo existente y que, al contrario, absorbía modalidades frescas de la crisis y de la manera en que éstas daban a luz emergencias políticas novedosas”. (63)

La traducción −planteada en los términos de Cortés y González− está insuficientemente determinada y no define qué es lo que se pierde y qué es lo que se transforma en la energía social en el tránsito que va de la calle al Estado. O, siguiendo con la metáfora, no define la pérdida de energía que se produce desde el calor callejero hacia la fría racionalidad estatal que puede cambiar de régimen político de acuerdo a las relaciones de fuerza, pero no su naturaleza de clase por la vía gradualista.

En términos de la ley de los grandes números, el saldo fue un país que había mejorado sus indicadores socio-económicos con relación al 2001-2002, pero hacia el final del proceso terminó varios escalones más abajo comparado con su promedio histórico. Una cifra concentra estas contradicciones: a mediados de 2015 más de 17 millones de personas eran atendidas por transferencias estatales

a través del sistema previsional y de la seguridad social, contra 6,5 millones en 2003; un crecimiento que refleja tanto una asignación de recursos a estos destinos como el crecimiento de la demanda de asistencia que habla de los resultados sociales hacia el final del periodo.

El impulso del crecimiento extensivo se desaceleró hacia 2012. Los superávit gemelos se transformaron en déficit. Una vez más la restricción externa −las dificultades estructurales en el acceso a dólares para el desenvolvimiento de la economía− reaparecía y con ellas todos sus problemas subsidiarios (inflación, estancamiento). Ante la necesidad de flexibilizar el frente externo, el gobierno regularizó la relación con el CIADI y con el Club de París, para "volver a los mercados internacionales". Además, comenzaron los intentos de un ajuste negociado.

La posibilidad del arribo de una derecha dura por la vía electoral y no por el clásico método del golpe de Estado tuvo que ver con las debilidades del último kirchnerismo y los malestares generados por el principio del ajuste, antes que con el "volumen político" propio de la coalición de derecha.

Estas debilidades estaban en su hoja de ruta de origen. Si Perón trabajó toda su vida para evitar un nuevo 17 de octubre, Néstor y Cristina Kirchner se esforzaron durante gran parte de la suya para evitar un nuevo 2001 y desactivar sus resonancias. Para desmovilizar al país levantisco, para crear las condiciones de orden y paz que posibiliten el "país normal". En su éxito se selló la derrota de su movimiento: la pasivización minó una de sus bases de sustentación, una vez "normalizado" el país y tranquilizadas las calles, las clases dominantes comenzaron a exigir el orden sin progresismo; la consolidación de la estructura legada por el neoliberalismo y sostenida en sus pilares centrales les otorgó esa fuerza material. Juan Carlos Torre escribió sobre el primer peronismo: "Luego de presidir una década de vertiginosas transformaciones, en 1955 el peronismo cayó víctima de la tragedia de las revoluciones a medias, esto es, revoluciones que recortan la influencia del antiguo régimen, pero no suprimen las fuentes permanentes de su poder". (64)

"Si quieren tomar decisiones que armen un partido y ganen las elecciones" desafió desde algún palco a sus adversarios Cristina Kirchner en 2012, en el contexto de una disputa con el holding Techint de Paolo Rocca. Eso hicieron los dueños de las fuentes permanentes del poder: montados sobre un cambio parcial y gradual de las relaciones de fuerza que había dejado el ya lejano 2001,

armaron un partido de los CEO, ganaron las elecciones y encumbraron en la Casa Rosada al presidente que no fue.

▪

31 “Lo que diga sobre la reelección no me lo van a creer”, entrevista a Néstor Kirchner, Página/12, Buenos Aires, 21-5-06.

32 Ricardo Sidicaro, “El partido peronista y los gobiernos kirchneristas”, Nueva Sociedad, N° 234, Buenos Aires, julio-agosto de 2011.

33 Felipe Solá, Peronismo, Pampa y Peligro, Ariel, Buenos Aires, 2018.

34 Néstor Kirchner y Torcuato S. Di Tella, Después del derrumbe. Teoría y práctica política en la Argentina que viene, Galerna, Buenos Aires 2003.

35 Antonio Gramsci, Cuadernos de la cárcel, Ediciones Era, México, 1999.

36 Massimo Modonesi, “Revolución pasiva y subalternización”, Revista Ideas de Izquierda, abril de 2016. Para una lectura sistemática de la obra de Antonio Gramsci, véase Juan Dal Maso, El marxismo de Gramsci. Notas para una lectura sobre los Cuadernos de la cárcel, Ediciones IPS, Buenos Aires, 2016.

37. Adrián Piva, op. cit.

38. Martín Rodríguez, Orden y progresismo. Los años kirchneristas, Emecé,

Buenos Aires, 2014. Véase también José Natanson, “Kirchnerismo y rock and roll”, Página/12, Buenos Aires, 6-9-15.

39. Daniel James, Resistencia e integración. El peronismo y la clase trabajadora argentina: 1946-1976, Siglo XXI, Buenos Aires, 2005.

40 Para este apartado tomo como referencia el pormenorizado registro crítico del debate historiográfico en torno al peronismo que realizó la historiadora Alicia Rojo en el libro publicado bajo su coordinación: Cien años de historia obrera en la Argentina 1870-1969, Ediciones IPS, Buenos Aires 2016.

41 Gino Germani, El surgimiento del peronismo: el rol de los obreros y los migrantes internos, Desarrollo Económico, Vol. 13, N° 51, Buenos Aires, 1973.

42 Miguel Murmis y Juan Carlos Portantiero, Estudios sobre los orígenes del peronismo, Siglo XXI, Buenos Aires, 2005.

43 Juan Carlos Torre, La vieja guardia sindical y Perón, Ediciones RyR, Buenos Aires, 2015 y Ensayos sobre movimiento obrero y peronismo, Siglo XXI, Buenos Aires, 2012.

44 Adolfo Gilly, “La anomalía argentina”, Cuadernos del Sur, N° 4, Buenos Aires, 1986.

45 Daniel James, op. cit.

46 Alejandro Horowicz, Los cuatro peronismos, Edhasa, Buenos Aires, 2015.

47 Milcíades Peña, Masas, caudillos y elites en Historia del pueblo argentino, Emecé, Buenos Aires, 2012.

48 Carlos Altamirano, Peronismo y cultura de izquierda, Siglo XXI, Buenos Aires, 2011.

49 Steven Levitsky, La transformación del justicialismo. Del partido sindical al partido clientelista, 1983-1999, Siglo XXI, Buenos Aires, 2005.

50 Juan Carlos Torre, op. cit.

51 Véase Claudio Katz, "Anatomía del kirchnerismo", Rebelión, 17-1-13.

52 Pablo Gerchunoff, "El peronismo del siglo XXI", Nueva Sociedad, Buenos Aires, junio de 2020.

53. "El kirchnerismo es la continuidad del alfonsinismo", entrevista de Diego Genoud con el autor en el portal La Política Online, 28-9-14.

54 Fernando Porta, Juan Sarcángelo y Daniel Schteingart, "Un proyecto político con objetivos económicos. Los límites de la estrategia kirchnerista", Los años del kirchnerismo. La disputa hegemónica tras la crisis del orden neoliberal, Alfredo Pucciarelli y Ana Castellani (coord.), Siglo XXI, Buenos Aires, 2017.

55 Julián Zícari, “Del colapso de la convertibilidad a las bases económicas de la recuperación”. En Alfredo Pucciarelli y Ana Castellani, op. cit.

56. “La ilusión de una burguesía nacional”, Página/12, Buenos Aires, 30-9-03.

57. “Palabras del presidente de la Nación, doctor Néstor Carlos Kirchner, en la Bolsa de Comercio de Rosario” (disponible en www.casarosada.gob.ar).

58. Martín Shorr, El viejo y el nuevo poder económico en la Argentina. Del siglo XIX a nuestros días, Siglo XXI, Buenos Aires, 2021.

59. Esteban Mercatante, La economía argentina en su laberinto. Lo que dejan doce años de kirchnerismo, Ediciones IPS, Buenos Aires, 2015.

60. Vilma Ibarra, Cristina versus Cristina, Planeta, Buenos Aires, 2015.

61. Ezequiel Adamovsky, La dilución del kirchnerismo, elDiaroAr.com, 26-9-21

62. Martín Cortés, Dilemas de la traducción estatal. Elementos para una teoría política de los progresismos latinoamericanos, Jacobin (América Latina), N° 2 verano austral, 2021.

63. Horacio González, El peronismo fuera de las fuentes, Universidad Nacional

de General Sarmiento/Biblioteca Nacional, Buenos Aires, 2008.

64. Juan Carlos Torre, Los trabajadores y Perón, en El atlas del peronismo. Historia de una pasión argentina, Capital Intelectual, Buenos Aires, 2019.

Capítulo IV

Macri: el presidente que no fue

Marx se preguntó alguna vez cómo fue posible que Luis Bonaparte, sobrino de Napoleón y "el hombre más sencillo de Francia", haya podido adquirir una significación tan compleja en un periodo turbulento de la vida nacional del país galo. La respuesta a ese interrogante lo condujo a escribir algunos de los ensayos más lúcidos del pensamiento político del siglo XIX.

A los argentinos nos queda el enigma sobre cómo pudo suceder que una de las mediocridades más ilustres de nuestro país haya alcanzado la primera magistratura de gobierno. Y, más curioso aún, haya perdurado en esa función con todos los daños y torpezas cometidas. Parafraseando a la gran cronista María Moreno, no se trata de compararse con Marx, sino de identificarse en la aspiración de aportar a la comprensión de un periodo político que fue tan peculiar como efímero. Descifrar las incógnitas de un personaje que llegó a ser calificado como tan excepcional que parecía venido de otra galaxia, pero que luego de un periodo presidencial se convirtió en el primer mandatario de la última etapa democrática argentina que fracasó estrepitosamente en su intento reeleccionista. Con todos los fierros del Estado en su poder (la Nación, la Provincia de Buenos Aires y la Ciudad Autónoma de Buenos Aires, entre otros); el aparato mediático hegemónico de su lado y un Poder Judicial adicto. Además, contaba con el apoyo de las principales potencias del mundo, comenzando por Estados Unidos y el grueso de los poderes fácticos lo respaldaban. Pese a todo, igualmente fue derrotado sin pena ni gloria. Los gobernantes anteriores que fueron por un segundo mandato: el inefable Carlos Menem en 1995 y la controversial Cristina Kirchner en 2011 alcanzaron su cometido y lo hicieron con holgura. Macri y su administración tuvieron un triste y solitario final luego de un único mandato y de una experiencia inédita en la historia nacional en la que un grupo de CEO logró tomar el poder con apoyo popular y por la vía de los votos.

Una definición algebraica, general y que parecía explicar poco, finalmente terminó graficando bastante sobre el tortuoso itinerario del macrismo: el proyecto de Cambiemos estaba destinado a ser “todo lo neoliberal que le permitiera la relación de fuerzas”, se dijo al inicio de su gestión. Sonaba tautológico, en última instancia todos los gobiernos son todo lo que la relación de fuerzas les permite ser. Ya lo dijo Ortega y Gasset: “Yo soy yo y mi circunstancia, y si no la salvo a ella no me salvo yo”. Igualmente, algo de verdad encerraba el epigrama, básicamente porque para las tareas profundas para las que se había postulado y por las que había logrado un sólido respaldo de los dueños del país, enfrentaba una disposición de fuerzas sociales y políticas difícil de sortear, ni con el relato inicial de manual de autoayuda ni con la narrativa final de rabia antipopulista con la que se retiró del poder.

Entre aquella perturbadora coreografía de Macri en el balcón de la Casa Rosada cuando asumió formalmente el poder el mediodía soleado del 10 de diciembre de 2015, hasta el valle de lágrimas derramado en el mismo lugar una fría tarde del 25 de agosto de 2019 cuando su suerte ya estaba echada; pasaron cosas. Entre la euforia de la revolución de la alegría y el origen de la tristeza sucumbió un nuevo intento de formateo del país para refundarlo desde cero y adaptarlo a las normas de un neoliberalismo puro y duro.

Mauricio Macri arribó a la administración nacional aupado en un consenso negativo que se cocinó a fuego lento en los últimos años de administración kirchnerista, básicamente durante el segundo mandato de Cristina Kirchner. El proceso de escisión de una parte de la sociedad con el kirchnerismo tardío tuvo su motor en la desaceleración económica, el inicio de un ajuste gradual (“sintonía fina”) y el desgaste político general que llevó en 2013 a la ruptura de un sector del peronismo representado por el camaleónico Sergio Massa. Un tiempo antes, el dirigente del poderoso sindicato de los camioneros, Hugo Moyano, se había distanciado del gobierno y manifestaba un síntoma de una ruptura más general de franjas de la clase trabajadora formalizada con el kirchnerismo.

Macri combinó un mesianismo de mercado con un mesianismo político. En los orígenes usufructuó el “desendeudamiento” alcanzado por el kirchnerismo con el particular método de pagarles hasta que les duela a los acreedores privados y al FMI en la denominada “década ganada”. Esta ventaja relativa le permitió cierta holgura para financiar el mal llamado gradualismo que fue −a su manera− un “homenaje” a la relación de fuerzas, un reconocimiento de la imposibilidad de

aplicar con el ritmo de shock las contrarreformas neoliberales que anidaban en el corazón del programa cambiemita.

El impulso alcanzó hasta 2017, año en el que el macrismo triunfó en las elecciones legislativas de medio término y logró un débil crecimiento económico basado en lo que el periodista Alejandro Bercovich bautizó como un “populismo fiscal o financiero” (gasto público y créditos generalizados para reanimar parcialmente la economía) y en exprimir el mecanismo de la “grieta” hasta el infinito. Montado en el triunfo lanzó, ahora sí, la cruzada final: su vamos por todo al que denominó “reformismo permanente” (reforma laboral, previsional y tributaria). En diciembre del mismo año se chocó de frente con la resistencia popular (movilizaciones contra la reforma previsional) e inició su caída. De ahí en adelante, todo fue decadencia.

Cuando comenzó su administración, Cambiemos gozó de una ventaja que a la vez fue una de las mayores dificultades. La inexistencia de una crisis catastrófica en el final del ciclo kirchnerista permitió una transición relativamente ordenada, pero a la vez implicó que no hubiera un factor disciplinador para que la sociedad acepte −o se resigne− un programa de ajustes como había sucedido en las experiencias previas de la historia argentina reciente. Tiempo después, no pocos referentes reclamaron al macrismo no haber sabido reemplazar esa carencia con una narración que demostrara que los desequilibrios eran –según su visión— una verdadera calamidad, una pesada herencia. “[Carlos] Menem no necesitó escribir un libro sobre la economía que dejó [Raúl] Alfonsín porque se veían las llamas; [Eduardo] Duhalde no necesitó escribir un libro sobre la economía que había dejado la convertibilidad y [Fernando] De la Rúa, se veían las llamas. Acá hay que explicarlo porque no terminaron de manifestarse las condiciones de insustentabilidad de esa política económica” afirmó Carlos Pagni para graficar la carencia de origen. (65)

Un representante criollo de la razón neoliberal, Domingo Cavallo, explicó con honestidad brutal el razonamiento de la “necesidad” de una crisis total en una columna de opinión que escribió para la publicación brasilera Valor en el año 2001: “Quien sea un inversor en la Argentina sabe que tendrá fuertes emociones. Es como si el país, tal cual un adolescente rebelde, precisase estar siempre al borde de una crisis para que prevalezca la razón”.

Este contexto impidió al macrismo cumplir con el famoso consejo de Maquiavelo: “El mal se hace todo junto y el bien se administra de a poco”.

Cambiemos llevó adelante el mal del ajuste permanente para un bien que nunca llegó. Con esos determinantes pasó por varias etapas de idas y vueltas, avances y retrocesos.

Crónicas macrianas

¿Cuántos macrismos existieron?, y en todo caso, ¿cuál de ellos fue el verdadero?

Para ciertas miradas no tiene sentido esforzarse en descifrar intenciones (verdaderas o falsas) de los protagonistas políticos porque lo importante es identificar los efectos de una orientación concreta. Esto presupone que en política, apariencia y esencia coinciden siempre y, por lo tanto, no hace falta demasiada ciencia. La experiencia de los años macristas pone en cuestión estas perspectivas. La realidad fue que en su etapa superior y de aceleración forzosa, Macri mostró el verdadero rostro. Una fisonomía que en los inicios debió simular por imposición de una realidad adversa. En el plano económico, esa impostación se llamó "gradualismo" y abarcó los primeros dos años: desde el triunfo en 2015 hasta la reconfirmación de las elecciones legislativas de medio término en 2017. En la esfera política, ese paso a paso preliminar fue acompañado por la modulación de la imagen política y personal del presidente (de Macri a "Mauricio") con la promoción publicitaria de valores como el diálogo, el respeto a las instituciones, el consenso y la defensa de la república. Combinó esta narrativa con la presentación de la coalición Cambiemos como una novedad, un experimento inédito, un paradigma modernizante que se proponía disminuir la intensidad de la querella ideológica, bajar el volumen de la voz presidencial (como contracara de una hiperpolitización un tanto vacía del último kirchnerismo) para proponer una política para la gente común: tecnocrática y despolitizada, una racionalidad cultivada en el mundo empresario para trasladarla a la política y transformar la "anarquía" argentina en una simple administración de las cosas bajo la lógica inapelable del realismo capitalista. Una filosofía política acuñada por el asesor estrella del macrismo, Jaime Durán Barba, respaldaba esta cosmovisión: la novedosa práctica que, presuntamente, se correspondía con el presente del mundo en el que "las ideologías y los partidos políticos son cadáveres NN. Dentro de su revolución pacífica y deseada, las armas de los rebeldes fueron los smartphones y la conexión a internet. El resultado: el fin de los liderazgos mesiánicos, en detrimento de una horizontalidad casi plena en el reparto del poder. Macri sería uno de los hijos predilectos de ese imperio naciente". (66) De este modo, un hombre acunado en

las entrañas de una de las familias de la clase dominante argentina, terminaba transformado en un héroe que batallaba en soledad contra el famoso "círculo rojo" (empresarial, político, periodístico e intelectual) y en un combatiente en la lucha contra las elites.

"La hegemonía no existe, ni nunca ha existido. Vivimos en tiempos poshegemónicos y cínicos; nadie parece estar demasiado convencido por ideologías que alguna vez parecieron fundamentales para asegurar el orden social". Con esa frase inicia el investigador canadiense John Beasley-Murray el texto de su libro Poshegemonía. Teoría política y América Latina, publicado en 2010 por la editorial Paidós. Con las unilateralidades que contiene la teorización (porque la hegemonía existe aunque hayan cambiado sus mecanismos) el discurso de Macri contuvo aristas "poshegemónicas": buscó moldear desde el Estado la subjetividad de sus gobernados de forma tal que abandonasen crecientemente cualquier identificación colectiva (no tan sólo como clase, ni siquiera como pueblo) y cualquier acción conflictual encarada colectivamente. El sujeto de su discurso no fue la clase ni el pueblo, ni la multitud; fue una suma de individuos, ante todo consumidores dedicados a la vida privada, en una recomposición "no confrontativa" de los hábitos y de los afectos. Con un componente "poshegemónico" muy presente en el macrismo: el cinismo, o mejor dicho, la apuesta por el cinismo. Es decir, la apuesta por que la continuidad del consumo o la promesa de un horizonte de consumo mayor para el futuro que permitirá sostener y justificar los ajustes en tiempo presente.

En el terreno económico, Cambiemos encaró de entrada y rápidamente lo que eufemísticamente se denomina "ajuste del tipo de cambio" (una devaluación hecha y derecha, luego de la liberación del "cepo" a la compra de dólares), eliminó retenciones a las exportaciones y las disminuyó en el caso de la soja, renegoció con los fondos "buitre" e impulsó un plan ofensivo de aumento de tarifas de los servicios públicos. Al país agrario sólo le quedaban por perder sus cadenas tributarias y Macri fue el liberador de la patria sojera para convertir al campo en territorio emancipado de las garras del Estado. De los houldouts o fondos buitre se liberó con un método tradicional: pagarles lo que pedían y un poco más, todo al contado.

La definición del periodo como "gradualista" es un tanto engañosa. Puede dar la idea de que durante esa fase se hizo un ajuste casi imperceptible. Sin embargo, si se toma el dato del gasto público en los dos primeros años, la caída fue del 10% y durante todo el periodo alcanzó el 17,7%, es decir, llevó adelante recortes

significativos de las erogaciones fiscales. La baja progresiva de subsidios a los servicios públicos fue esencial para el recorte del gasto y también el motor de un primer aviso de malestar popular. Lo que realmente sucedió fue que al mismo tiempo que ajustaba hacia abajo, el macrismo decidió disminuir impuestos y aranceles a los sectores más pudientes. En el primer año, dejó de cobrar 10.000 millones de dólares que representaban un 2% del PIB. En general, siempre en beneficio de los más ricos.

Pese a estos avances bastante drásticos en términos impositivos, es verdad que el derrotero del momento “gradualista” demostró que ese ajuste era necesario para su perspectiva económico-política, pero no suficiente para alcanzar sus objetivos últimos. Quería evitar el choque de frente contra un bloque social hostil si aplicaba un plan de shock a la medida de sus demandantes. Luego de confirmar la victoria en las elecciones de octubre de 2017, Macri lanzó el tridente del ajuste previsional, flexibilización laboral y reforma impositiva con el que pretendió apresurar el plan.

Conviene no olvidar que “una de las claves del triunfo (de 2017) fue pasar más de un año haciendo todo lo contrario de lo que había llevado a cabo durante los primeros seis meses de gobierno” afirma Esteban Mercatante en su libro Salir del Fondo. (67) Señalar este factor es esencial porque una gran parte de los observadores de la política argentina y hasta los referentes del oficialismo subvaloraron la importancia de este elemento económico (con la recuperación parcial del salario como dato central) y acentuaron las potencialidades imbatibles del macrismo, su capacidad para “desconectar” las identidades o adhesiones políticas de las adversidades de la economía y la destreza en el manejo de las nuevas formas de comunicación englobadas bajo el último grito de la política posmoderna: el big data.

El mesianismo de mercado de los orígenes de Macri postulaba que con el mero triunfo de Cambiemos, el país se transformaría en un oasis en el que la inflación descendería como por arte de magia y la economía sería regada por una copiosa “lluvia de inversiones”. “Mi sola presencia en el poder y la tranquilidad que le daremos a los inversores, hará que lleguen dólares al país por más de 10.000 millones por año y sólo para proyectos de infraestructura”, aseguraba Macri en una entrevista para Radio La Red en septiembre de 2015. Sentenciaba que la inflación “en mi presidencia no será un problema. Tendremos el alza de precios que tiene el resto de la región, porque no hay ningún problema, salvo los políticos y la desconfianza que genera el oficialismo”. Era tal el entusiasmo con

esta perspectiva que durante el primer año de gobierno, la web del Ministerio de Hacienda tenía en su página principal un contador de los compromisos de inversión que iba recogiendo en el sector privado. Sin embargo, los doce meses iniciales de Cambiemos en la administración central terminarían con una inflación del 40,9% y la lluvia de inversiones fue bicicleta financiera. En los años siguientes, con la excepción de 2017, empeorarían dramáticamente todos los índices.

Vamos por todo

Todavía exultante por los festejos de la noche anterior y escoltado únicamente por Marcos Peña (su jefe de Gabinete y hasta entonces el padre de todos los triunfos), Macri brindó una conferencia de prensa el lunes 23 de octubre de 2017 en la Casa Rosada. El domingo, su coalición se había impuesto en la mayoría de los distritos en los comicios legislativos de medio término, llevándose el premio mayor: Esteban Bullrich, un candidato de Cambiemos de segunda línea, derrotó nada más y nada menos que a la expresidenta Cristina Kirchner en la estratégica provincia de Buenos Aires en la competencia por el acceso al Senado. El aparente Hiroshima de 2015 quedaba confirmado por el tremendo Nagasaki de 2017 en el corazón del peronismo. (68)

Frente a los periodistas, el presidente se apuró a bosquejar lo que sería la hoja de ruta para la segunda etapa de su gobierno. Afirmó que era necesario un ajuste fiscal y un cambio en las relaciones de trabajo: había que liberar al Estado de la carga del gasto social y al capital de las cadenas de los derechos laborales, ya bastante golpeados por la flexibilización impuesta bajo el menemismo y que jamás se retrotrajo. Propuso una fórmula algebraica para modificar el ritmo: “La mayor velocidad que podamos con todo el gradualismo que podamos”, dijo el presidente. Una semana después, en el Centro Cultural Kirchner y con todo el establishment a sus pies (desde los empresarios hasta la cúpula de la CGT, pasando por gobernadores y legisladores de distintos partidos) reafirmó los conceptos y quedó anunciada formalmente la fase talibán del “reformismo permanente”.

Un mes después, Macri pasó del discurso a la acción y envió al Congreso un proyecto para cambiar la fórmula de los haberes jubilatorios. Las primeras víctimas de la ofensiva permanentista serían los jubilados y las jubiladas. La oposición social al recorte a los más vulnerables comenzaba a hacerse sentir en el debate público. Poco antes de que la iniciativa se trate en el parlamento, un relevamiento de la consultora Analogías en el ámbito del Gran Buenos Aires, reveló que un 68% de las personas consultadas rechazaba las modificaciones a las jubilaciones propuestas por Macri y la cifra ascendía hasta un impactante

80% cuando se preguntaba si era correcto bajar el déficit ajustando jubilaciones. El monitor socio-laboral de opinión pública elaborado por el Centro de Estudios del Trabajo y del Desarrollo dependiente de la Universidad de San Martín, aseguraba que un 65% de los consultados se oponía a la mal llamada reforma previsional. Siete de cada diez argentinos rechazaban el proyecto. La oposición social se expresó finalmente en la calle y en dos tiempos. El 14 y 18 de diciembre tuvieron lugar dos masivas manifestaciones frente al Congreso de la Nación que incluyeron represión y enfrentamientos callejeros, palos, gases, balas de goma, detenciones y escándalo dentro y fuera del recinto. El primer día se debió levantar la sesión y el segundo se aprobó en medio de una crisis política, con nocturnidad y alevosía. Un amplio arco de organizaciones sindicales, "sociales", partidos de izquierda y distintas tendencias políticas conformaron un frente único de hecho que el 18 casi termina en revuelta. No sólo habían tenido lugar movilizaciones potentes en las inmediaciones del Congreso; por la noche un fantasma comenzó a acechar en distintos barrios porteños y algunas ciudades del interior del país: el repicar de las cacerolas, el ruido maldito del país pequeñoburgués. Contra viento y marea, el robo se consumó de todas maneras (gracias a los inestimables servicios del peronismo colaboracionista), pero con un costo político altísimo para el gobierno. Las jornadas con ribetes revueltistas (otra vez en diciembre) fueron el inicio del fin de la utopía cambiemita y el "reformismo permanente" tenía su primer revés en las calles y fue un acontecimiento que tuvo consecuencias políticas a mediano y largo plazo.

En el verano, se produjo un fenómeno extenso, simbólico, cultural y popular si se quiere, pero profundamente político. Comenzó, como siempre, por un error. En este caso, por varios. El domingo 4 de febrero en un partido entre los clubes San Lorenzo de Almagro y Boca Juniors, el árbitro de fútbol Silvio Trucco se equivocó feo a favor del "xeneize". La furia que allí irrumpió se extendió a recitales, eventos culturales, teatros o simplemente a cualquier escenario donde se produjera una aglomeración de personas en el espacio público. Lo bautizaron "el hit del verano" y consistía en un cantito que reversionaba una canción setentista del músico Raúl "Sheriko" Fernández Guzmán. En su estribillo simple y directo decía: "Mauricio Macri: la puta que te parió". En la cancha, los simpatizantes del "ciclón" lo habían dirigido al referí y al Presidente, reconocido hincha del Boca, club que presidió por años y que fue plataforma de su carrera política; en el país, se convirtió en un pronunciamiento político y la expresión de un malestar general. Hubo versiones rockeras, jazzeras, bluseras, con ritmo de cumbia y hasta un montaje que circuló en Youtube con el inefable presidente ruso, Vladimir Putin, tocando una exquisita adaptación de la melodía en el

piano.

En el discurso de inauguración de las sesiones ordinarias ante la Asamblea Legislativa de marzo de 2018, Macri bajó mil cambios. Agradeció decenas de veces a todos y todas, aseguró que lo peor ya había pasado. Habló de mejorar la vida, vía “el camino del cambio con gradualismo”; bregó por un Estado moderno y facilitador; llamó a cuidar el empleo argentino; dijo que no se podía permitir que una mujer gane menos que un hombre; convocó a desarrollar una “cultura del servicio” para que aumente el turismo; rogó por más acceso a internet; llamó a la unidad por una agenda verde con muchos parques terrestres y marinos para regular la temperatura y ayudar a mejorar el oxígeno que respiramos; afirmó que había que terminar con los accidentes de tránsito y se debía acabar con el drama de los chicos con sobrepeso. Parecía un socialdemócrata de un partido “verde” nórdico, francés o alemán con una solución europea para los picantes problemas argentinos. Había enterrado para siempre el plan de guerra de las reformas permanentes anunciadas con desbordante pedantería tan sólo tres meses antes en un clima de euforia y restauración.

La revuelta de los de arriba

La rebelión de los mercados que estalló en 2018 tuvo múltiples causas, tanto nacionales como internacionales. Algunos le pusieron fecha y hora exacta: el 25 de abril de aquel año fatídico cuando a las 11:15 de la mañana la mesa de dinero del Banco Central recibía la solicitud para una operación doble de salida de Lebac (instrumento privilegiado del endeudamiento del gobierno) y compra de dólares, por el escandaloso monto de 800 millones. La movida era impulsada por un banco que hasta ese momento había actuado como columna vertebral del esquema financiero del macrismo: el "glorioso" JP Morgan. Detrás suyo, hicieron cola el Merril Lynch, Deutsche Bank, HSBC, Stanley Morgan, entre otros que emitían órdenes de compra de dólares y, como se dice en la jerga financiera, "abandonaban sus posiciones en pesos".

Otros situaron el origen del descalabro en el impuesto a la renta financiera que había ejecutado el Gobierno unas semanas antes para negociar con la oposición e intentar fortalecer una recaudación fiscal precaria. Finalmente, estuvieron aquellos para quienes la causa radicó en la política de aumento de la tasa de interés de la Reserva Federal estadounidense que podía convertirse en una aspiradora de dólares hacia el Imperio del Norte que pusiera fin a la timba que ofrecía el paraíso financiero en el país del fin del mundo.

Sin embargo, aunque todos esos hechos tuvieron lugar, existió una razón más estructural para que el mercado se devorara a uno de sus hijos pródigos. A esta altura del partido, quedaba en evidencia que Macri no podía, no sabía, no quería cumplir con las tareas para las que lo habían respaldado: implementar las contrarreformas estructurales que el mundo burgués le reclamaba urbi et orbi. Nadie estaba dispuesto a seguir financiando la aventura del país atendido por sus CEO y el experimento de un ajuste con gusto a poco para los de arriba y demasiado agraviante para los de abajo.

Los dramáticos meses que siguieron hasta la derrota espantosa en las primarias de agosto de 2019 y la confirmación con atenuantes en las generales de octubre, fueron un espectáculo decadente de una administración que se mordía la cola. La

crisis económica provocaba la disminución vertiginosa del volumen político y la debilidad política empujaba aun más a la economía a un callejón sin salida. Una devaluación que impulsaba la inflación y la inflación que llevaba a otra devaluación; cambios de presidentes del Banco Central y de varios ministros de Economía; la vuelta a las negociaciones con el Fondo Monetario Internacional y el préstamo más importante (y más infame) en la historia del organismo: 50.000 millones de dólares. A los tres meses, el gobierno tuvo que pedir el perdón (waiver) más rápido que se haya conocido jamás porque no llegaba a cumplir con ninguna de las metas que había prometido noventa días atrás. Inmediatamente vino una ampliación y adelanto del préstamo con nuevas condiciones draconianas, pero la corrida continuó y los dólares que entraban por una puerta salían inmediatamente por la otra, pese a una política monetaria que con sus tasas de interés asesinas congelaba la economía. Proliferación de metáforas: salvajes turbulencias, tormentas sorpresivas, escaladas desérticas del Aconcagua, travesías por ríos sin orillas y luces al final del túnel que, en realidad, eran trenes que venían a estrellarse de frente contra el mundo de fantasía del discurso oficial. Las consecuencias sociales eran las cantadas: aumento de la pobreza, pérdida del poder adquisitivo del salario y recesión económica configuraron el combo perfecto para ponerle fin al humo más sobrevalorado de los últimos cincuenta años.

En febrero de 2018, unos días después de una masiva movilización sindical en su contra comandada por Hugo Moyano, Macri impulsó un giro “identitario”. Un clásico de administraciones neoliberales: empujar demandas democráticas que hagan digerible u oculten los ajustes. El expresidente habilitó a sus legisladores y legisladoras para que se trate en el Congreso la ley de interrupción voluntaria del embarazo (cajoneada durante años pero vuelta a presentar una y otra vez por organizaciones y activistas feministas, de los derechos humanos y de la izquierda). Sin tomar nota del movimiento en ciernes desatado por las marchas de Ni Una Menos en 2015, empujó sin querer un movimiento masivo que se conoció como la “marea verde” por el aborto legal, seguro y gratuito. Sin tener garantizados los votos de su coalición que contiene referentes de los más conservadores y tampoco del peronismo que no se quedaba atrás, la movida (calificada de magistral por algún que otro impresionista) terminó de la única manera que terminaban las cosas en ese tiempo para el gobierno: mal. La ley fue rechazada y gran parte de la “marea verde” también pasó a la oposición abierta a Cambiemos (y dejó atrás los coqueteos con una “sororidad” transversal que se apagó antes de encenderse).

En el medio de esa crisis, el Poder Judicial y mediático que conformaban la artillería pesada en la línea de defensa del gobierno, hicieron estallar la causa conocida como los "cuadernos de la corrupción". Un novelón que ocupó horas y horas de pantalla, sórdidas crónicas policiales tan verosímiles como tan difíciles de creer. Con un resultado comunicacional distractivo limitado y un efecto político, a mediano plazo tendiente a cero. La inflación del relato sobre una corrupción real ya había dado todo de sí. La economía se imponía con la prepotencia de su determinación.

Ya en caída libre después de la derrota de las PASO, Macri quemó las naves y echó lastre tirando por la borda todos los postulados ideológicos de su programa económico: empezó con un tímido esquema de "precios esenciales" en un reconocimiento de la imposibilidad de bajar la inflación; lanzó programas de rebaja de impuestos, moratorias y bonos para trabajadores estatales; dispuso la implementación de un "cepo" ligth a la compra de dólares que luego de la confirmación de la derrota en octubre se convirtió en un "cepo" hard que reducía al mínimo la posibilidad de adquirir divisas. (69) En las redes sociales circulaba una humorada: "Macri es como como esas empresas proveedoras de internet que cuando llamás para darte de baja porque te hartaron empiezan a ofrecerte múltiples beneficios que no suplantan el esencial: no funciona".

Ni el tiro del final le iba a salir. El violento giro punitivista y reaccionario del macrismo tardío era en el mismo acto un sinceramiento y la manifestación de una impotencia. Terminó su mandato echando espuma por la boca, en un giro identitario que combinó la reivindicación de la mano dura (histórica y actual), consignas anti-derechos con el pañuelo celeste de quienes militan el aborto clandestino en alto y odio clasista contra quienes votaban en su contra. "Mauricio" volvió a ser Macri y la manifestación más extrema fue el lunes siguiente a la derrota en las primarias de 2019 cuando absolutamente desencajado culpó a los votantes del desastre que él mismo había generado.

Más allá de la crónica de esta muerte anunciada, la experiencia del macrismo produjo polémicas fervorosas que rondaron en torno a: ¿Por qué no estalló la Argentina ajustada por sus CEO?, ¿era posible una nueva hegemonía de Cambiemos?, ¿qué tipo de derecha era la derecha cambiemita? Y, finalmente, ¿cuál es la herencia de Macri?

¿Por qué no estalló?

La sociedad argentina es una de las más contenciosas del continente, mantiene un entramado sindical significativo comparado con otros países de la región y del mundo; existen en su seno fuertes “movimientos sociales” que encuadran a trabajadores de la denominada economía popular (desocupados, precarios o emprendimientos autogestionados) y conserva una vital sociedad civil que parece siempre dispuesta al conflicto. Con todos estos condimentos, el interrogante que recorrió los últimos años del gobierno de Macri fue: ¿Por qué –a excepción de diciembre de 2017– no se produjo una rebelión o un estallido social frente a un plan de ajuste drástico que, además, terminó en pérdida de control de todas las variables de la economía por parte del gobierno?

La respuesta a esta pregunta es más compleja que consignar una simple resignación de la mayoría. O su complemento, la presunta maduración democrática de la sociedad, ahora dispuesta a ajustarse hasta el infinito sin arruinar la amable convivencia ciudadana. La inédita quietud tuvo otras causas históricas y coyunturales.

Sin subestimar los avances llevados adelante por Macri y su gobierno, hay que reconocer que moderó la velocidad de sus objetivos de máxima y de las llamadas “reformas estructurales” no logró implementar casi ninguna. Contuvo sus pulsiones a un ajuste violento y manejó un tiempismo que no le permitió triunfar, pero sí sobrevivir.

En ese contexto, desde arriba recibió un respaldo inédito por parte del FMI, por presión del gobierno de Estados Unidos. No solamente le otorgaron un préstamo histórico en términos de volumen de dinero, también el organismo tomó una medida inédita que violó su propia carta constitutiva cuando habilitó al gobierno argentino a utilizar los fondos desembolsados para enfrentar la corrida permanente.Un beneficio muchas veces relatado, pero no lo suficientemente valorado para entender la enigmática supervivencia del macrismo.

La relación con los principales monopolios mediáticos y especialmente con el

Grupo Clarín también jugó un rol importante. En general, los empresarios de los medios tienen una relación cercana en los inicios de cualquier administración, pero si el gobierno se debilita, acompañan esa deriva con cierto distanciamiento. La práctica histórica de Clarín es de un vínculo empático al comienzo, momento en el que presenta su "pliego de demandas" para ampliar o consolidar su posición dominante, luego si el proyecto pierde musculatura política se torna más crítico e incluso pasa a la oposición abierta. En el caso del macrismo, Clarín recibió los beneficios correspondientes de entrada, pero siguió bancando este proyecto hasta el final. Su agenda siguió determinada por el periodismo de guerra contra el principal oponente del macrismo, lo que derivó en una orientación que defendía lo indefendible, buscaba argumentos desopilantes para "militar" el ajuste y llegó hasta ese lugar desde el cual es muy difícil volver: el ridículo.

En el plano estrictamente político, una fracción significativa del peronismo colaboró con la aprobación de un centenar de leyes en los primeros dos años de gestión. Cambiemos era minoría en ambas cámaras y sin ese auxilio no hubiese podido avanzar.

Más históricamente y desde abajo, luego del 2001 y como conclusión estratégica de aquellos acontecimientos, se produjo un proceso de institucionalización relativa de una amplia gama de organizaciones que agrupan a desocupados, trabajadores precarizados y los sectores más pobres de la sociedad. Un conjunto que la investigadora Luisina Perelmiter bautizó como "burocracia plebeya". Según los académicos Sergio Morresi y Martín Vicente: "Este salto implicó considerar las lecciones aprendidas en el estallido de 2001 y la necesidad de abandonar el recetario del Consenso de Washington para emprender una auténtica reingeniería del Estado y de la sociedad toda, que combinó planes sociales de supervivencia con securitización de los problemas públicos". (70)

Incluso, ya bajo gobierno de Alberto Fernández estos agrupamientos formaron un sindicato unificado con la intención de incorporarse a la CGT. Como sucedió con los sindicatos tradicionales en los orígenes, cuyo salto en calidad se produjo bajo el primer peronismo, el reconocimiento estatal de estas organizaciones que agrupan a los sectores más pobres de la clase trabajadora, fue una expresión de su peso gravitante y eventualmente explosivo en la sociedad. Pero también, un instrumento de contención y regimentación para evitar su emergencia disruptiva.

Junto con la dirección de la CGT que en toda la era Macri convocó a cuatro

paros generales sin movilización y con la suficiente distancia uno de otro como para que solo cumplieran la función de descomprimir la tensión social, las conducciones de los “movimientos sociales” adoptaron la misma lógica y actuaron para evitar que se configurara un escenario como el que se produjo en diciembre de 2017. Con diferentes responsabilidades, operaron como un factor conservador para una respuesta masiva y coordinada al ataque del Gobierno a las condiciones de vida de las mayorías. El grueso de los dirigentes de estas organizaciones (sindicales o “sociales”) estuvieron fuertemente comprometidos con la reorganización del peronismo con vista a las elecciones de 2019: su apuesta estratégica y casi excluyente no fue por la derrota del plan de Macri en las calles, sino por el desgaste para facilitar su salida del poder mediante las urnas, hecho que finalmente sucedió a un costo altísimo. Los referentes justificaban su accionar en el hecho de que al principio Macri era muy fuerte y había que hacer una experiencia; luego era muy débil y quien saliera a la calle sería acusado de destituyente; por último, en el ocaso de Cambiemos, la calle ya no era necesaria porque “había 2019” y se debía esperar a las elecciones. En el interregno pasaron cuatro años en los que Macri hizo y deshizo con las manos libres, una ventaja de la que gozaron pocos presidentes en la historia argentina. Solo se convocaban a acciones cuando sectores de la sociedad no le dejaban otra posibilidad que “con los dirigentes a la cabeza”.

En el terreno de las libertades democráticas, un ejemplo fueron las movilizaciones contra el fallo conocido como del “2x1” de la Corte Suprema que beneficiaba a los genocidas responsables de la dictadura militar en el inicio de la gestión macrista o en la pelea contra la reforma jubilatoria de diciembre de 2017.

Por último, gran parte de estas estructuras reciben una fuerte influencia del papa Francisco, para quien evitar un estallido en su país de origen era de una importancia vital y una cuestión de Estado, además de estar a tono con su ideología histórica. En su retrato del Papa peronista, el periodista Ignacio Zuleta explica: “La paz en las calles de los años de Macri en el gobierno es responsabilidad de Bergoglio a través del mandato a sus representantes en las organizaciones sociales”. (71)

Un fuerte sostén desde arriba y una especie de “Estado ampliado” con trincheras ancladas en la “sociedad civil” con sus ritmos burocráticos, fueron una garantía para que el régimen macrista no se derrumbara y cayera por su propio peso. Los frenos de mano que el gobierno se vio obligado a activar por imposición de las circunstancias y cierta “ética de la responsabilidad” de la oposición, combinada

con una estrategia que priorizaba el eje electoral, otorgaron una sobrevida a un proyecto político estancado. El ajuste de Macri no fue lo suficiente como para generar una explosión que superara a todos estos aparatos que contenían la protesta y garantizaban la paz social, pero sí fue lo extraordinariamente agraviante como para que un rugido silencioso lo expulse del poder con la herramienta de las urnas.

¿Nueva hegemonía?

En los debates sobre la problemática de la hegemonía en los años macristas se confunden varios planos o niveles. La elasticidad infinita de la que ha sido víctima la noción contiene el peligro de convertirla en un concepto vacío. En sus lejanos orígenes rusos en el marxismo clásico, refería a la posibilidad y la forma política de la alianza de clases en una perspectiva socialista. Gramsci amplió su uso para pensar también cómo domina la clase dominante, sin dejar de diferenciar las distintas anatomías de la hegemonía de acuerdo a quien ejerza el liderazgo. (72) En el giro posmarxista, la noción fue despojada de su materialidad para convertirla en pura forma y en no pocas ocasiones fue aplicada a cualquier articulación en la que −orgánica o coyunturalmente− tenga predominancia algún "actor". Si antes no se explica de qué se está hablando, la utilización del concepto no sirve de mucho para el análisis concreto de una situación concreta.

Un uso y costumbre refiere al "espíritu de época" o la ideología que predomina en un momento histórico. Se ha utilizado para designar el consenso ideológico neoliberal, que es "hegemónico" en el mundo aunque está en crisis desde hace por lo menos dos décadas. Un consenso que es producto de una derrota histórica de los sectores obreros y populares en el último intento de cuestionamiento generalizado al orden capitalista actual en los años 70 del siglo pasado y una debacle de los modelos alternativos como los que expresaban (con todas las deformaciones burocráticas) los mal llamados "socialismos reales". Ese consenso, desestructurante de la clase trabajadora tradicional, formateó un cierto tipo de subjetividad. Con un anclaje más materialista que las interpretaciones culturalistas que circularon y para sostener la tesis de una "nueva hegemonía", José Natanson describió este proceso de "neoliberalización de la subjetividad" como el resultado de un cambio en las relaciones sociales: "La reconfiguración del modo de producción actual, caracterizado no sólo por el incremento de la informalidad laboral, sino también por el aumento de los trabajos a tiempo parcial, los contratos por objetivos y las estrategias de tercerización y descentralización de las grandes empresas". Una transformación tan radical que redundó en "una creciente heterogeneización de la clase trabajadora" que tuvo

como consecuencias una “mutación de largo plazo que no debería ser vista como un simple reflejo del esfuerzo propagandístico de la derecha o la incidencia de los medios de comunicación, sino como la consecuencia de un cambio en la base material de la economía y de las relaciones de producción”. (73)

La ofensiva neoliberal de los últimos cuarenta años tuvo también un objetivo de más largo aliento: acabar con el “compromiso” −aceptado más que promovido− por las clases dominantes a mediados del siglo XX, luego de la catástrofe de la crisis, la guerra y el peligro de la revolución. El marxista inglés David Harvey lo explica de la siguiente manera: “La reestructuración de las formas estatales y de las relaciones internacionales después de la Segunda Guerra Mundial estaba concebida para prevenir un regreso a las catastróficas condiciones que habían amenazado como nunca antes el orden capitalista en la gran depresión de la década de 1930. Al parecer, también iba a evitar la reemergencia de las rivalidades geopolíticas interestatales que habían desatado la guerra. Como medida para asegurar la paz y la tranquilidad en la escena doméstica, había que construir cierta forma de compromiso de clase entre el capital y la fuerza de trabajo. Por lo tanto, la neoliberalización puede ser interpretada bien como un proyecto utópico con la finalidad de realizar un diseño teórico para la reorganización del capitalismo internacional, o bien como un proyecto político para restablecer las condiciones para la acumulación del capital y restaurar el poder de las elites económicas. (74)

Entendido en contexto y con esos límites, se puede aceptar que existió en todo este tiempo una “hegemonía” neoliberal o un consenso dominante con sus postulados. Siempre que no se cometa el error de unilateralizar ese elemento y darle un valor sin límites, por dos razones: porque el momento de apogeo ya pasó y desde hace varias décadas está en crisis, y porque el capitalismo no puede llevar ninguna de sus tendencias hasta el final. Si bien moldeó hasta cierto punto aspectos de la subjetividad, esto no es sinónimo de que el pueblo se haya quedado sin atributos o que haya parido un nuevo sujeto.

Según la inspiradora periodización realizada por el sociólogo y profesor de la University of London, William Davies, el neoliberalismo pasó por tres fases: el neoliberalismo combativo que abarcó desde 1979 hasta 1989, un proyecto político e intelectual que se caracterizó por criticar e invalidar los métodos de racionalidad económica socialista y todo orden social que no sea el sistema capitalista “puro”; el neoliberalismo normativo que nace con la caída del Muro de Berlín en 1989 y llega a su ocaso con la crisis económico-financiera desatada

en 2008; y, finalmente, el neoliberalismo punitivo, que según el autor aún está en curso y es manifestación de su decadencia. Davies asegura que hay que huir de la superficial similitud del neoliberalismo contemporáneo a las fases anteriores porque enmascara una profunda diferencia: en esta fase, no está completamente claro por qué se introducen dichas medidas, si no es por un deseo de obtener cierta forma de venganza. La perspectiva schmittiana de los pioneros neoliberales −que enfrentaba el capitalismo de libre mercado a todas las variedades de sistemas no capitalistas− se ha convertido en algo igualmente paranoide y simplista, pero ahora claramente autodestructivo. En contraste con la ofensiva contra el socialismo, los “enemigos” contra los que ahora se dirige están en gran medida desprovistos de poder y se hallan dentro del propio sistema neoliberal. En algunos casos, como los de aquellos traumatizados por la pobreza, la deuda y el hundimiento de las redes de seguridad social, ya han sido en gran medida destruidos como fuerza política autónoma. Pero de algún modo esto aumenta el impulso de castigarlos más aun. (75)

Con estos condicionantes se puede coincidir en el hecho de que el macrismo pretendió interpelar y empalmar con ciertas formas de subjetividad contemporánea y una ideología que –aunque en crisis– era predominante o “hegemónica” a nivel internacional. Sin embargo, tomada en un sentido más estricto en la configuración de fuerzas en el país y desde una perspectiva nacional, estuvo lejos de lograr instituir una nueva hegemonía.

En términos más generales, Cambiemos quiso implementar un neoliberalismo normativo en tiempos de neoliberalismo punitivo. Quizá el devenir de uno hacia otro en su itinerario político exprese esa contradicción. El tránsito que fue desde la narrativa que aseguraba que “debemos crear argentinos capaces de vivir en la incertidumbre y disfrutarla”, como llegó a afirmar el senador Esteban Bullrich, hasta los discursos rabiosos y el intento fallido de “reformismo permanente” de Macri de la mano del garrote de Patricia Bullrich.

Decía Antonio Gramsci: “El error en el que se cae frecuentemente en el análisis histórico-político consiste en no saber encontrar la relación justa entre lo orgánico y lo ocasional. Se llega así a exponer como inmediatamente activas causas que operan en cambio de una manera mediata, o por el contrario afirmar que las causas inmediatas son las únicas eficientes. En un caso se tiene un exceso de ‘economismo’ o de doctrinarismo pedante; en el otro, un exceso de ‘ideologismo’; en un caso se sobrestiman las causas mecánicas, en el otro se exalta el elemento voluntarista e individual”. La construcción de hegemonía

tiene lugar cuando una clase dominante (o una fracción de clase) se torna dirigente y es capaz de alcanzar la combinación "virtuosa" de dirección y dominación.

Visto desde ese gran diario del lunes que es el presente, puede observarse con mayor nitidez que la astucia para ganar elecciones no configuraba necesariamente una hegemonía. La relativa autonomía de la política no se tradujo (y no podía traducirse) en independencia absoluta del relato y que la economía determine "en última instancia" no quiere decir que desaparezca como condicionante.

La inexistencia de una crisis catastrófica hacia el final del ciclo kirchnerista que termine agobiando y desmoralizando a la sociedad para resignarla a aceptar un ajuste inevitable fue uno de los primeros límites de Macri para asentar su proyecto y convencer aunque sea por la negativa. A diferencia de las "hegemonías" que llegaron a instaurar el menemismo o el kirchnerismo, Macri no tuvo esa ventaja. El antecedente argentino más próximo o similar a un proyecto neoliberal como el que, en términos de programa económico, encabezó Macri fue el que llevó adelante Carlos Menem en la década del noventa. Una de las condiciones de posibilidad de su éxito –no la única, pero sí una de las más importantes– fue el estallido hiperinflacionario que definió la suerte de su antecesor, Raúl Alfonsín, en 1988-1989. Aquella crisis traumática para la memoria colectiva de los argentinos operó como disciplinadora. Perry Anderson escribió que "hay un equivalente funcional al trauma de la dictadura militar como mecanismo para inducir 'democrática' y no coercitivamente a un pueblo a aceptar las más drásticas políticas neoliberales. Este equivalente es la hiperinflación. Sus consecuencias son muy parecidas". El "terror económico" operó también en la crisis que culminó con el estallido de 2001 y, esta vez a través de la hiperdesocupación, preparó el terreno para la devaluación y consecuente desvalorización del salario impulsadas por Eduardo Duhalde. Con esa carencia de origen, el gobierno de Cambiemos transitó su gestión entre los límites que imponía una resistencia social disgregada, la presión del mundo empresario y los factores reales de poder en pos de acelerar las contrarreformas.

En segundo lugar, y relacionado con lo anterior, los triunfos de Cambiemos se basaron en dos cuestiones: la promesa "aspiracional" (para seguir creciendo o retomar el crecimiento económico), distinta y hasta opuesta a la épica del ajuste, y en el "consenso negativo" alcanzado por el rechazo a las figuras, los métodos o la orientación económica de la administración anterior.

Pero, como afirmó el filósofo marxista francés Daniel Bensaïd, el concepto de hegemonía implica "la articulación de un bloque histórico en torno a una clase dirigente y no la simple adición no diferenciada de la categoría de descontentos (…)". (76)

En tercer lugar, pese a los avances indiscutibles en aspectos del ajuste, en las cuestiones estructurales, la relación de fuerzas no fue modificada cualitativamente en los términos que necesitaban y reclamaban los mercados, un eufemismo para denominar a lo más concentrado del capital nacional e internacional.

En cuarto lugar, el bloque de clases dominantes que conformaba el núcleo duro de respaldo a Cambiemos y para quien diseñaba su programa económico estaba imposibilitado de ser hegemónico de no mediar cambios reaccionarios drásticos en esas relaciones de fuerza. El capital más concentrado, nucleado en la Asociación Empresaria Argentina que se reunía en el Coloquio del Instituto para el Desarrollo Empresario de la Argentina a quienes se sumó el Foro de Convergencia Empresarial en 2014, tenía en su hoja de ruta un país primarizado al extremo (el "supermercado del mundo"), con el capital financiero a la cabeza y las fronteras económicas abiertas de par en par. Un programa que implicaba la liquidación lisa y llana de todo un entramado de la economía (industria no monopolista, pymes) y el consecuente aumento de la desocupación, la pobreza y la desigualdad en dimensiones inimaginables. Un proyecto con todos los defectos del menemismo y ninguna de sus "virtudes".

Finalmente, aunque no menos importante, el escenario internacional (que favoreció de distintas maneras a las "hegemonías" menemista o kirchnerista) evidenciaba un panorama adverso para la orientación programática de Cambiemos. Macri buscó abrirse al mundo en el preciso momento en que el mundo se cerraba sobre sí mismo. Los líderes de las potencias imperiales se desarmaban en elogios para con la esperanza blanca argentina, pero en los hechos, iban exactamente en la dirección contraria de las pretensiones de la utopía de Cambiemos.

En síntesis: ni las condiciones políticas o económicas nacionales, ni el complejo escenario internacional, ni la relación de fuerzas, ni el precario consenso de los triunfos electorales permitían hablar de un proyecto consistente. En última instancia, la famosa "grieta" fue una expresión mediada o distorsionada en el terreno específico de la política de estos movimientos de fondo.

A la derecha de la democracia

Algunos de los equívocos que tuvieron lugar en el debate sobre la fisonomía de la derecha de Cambiemos se basan en una mirada muy local o provinciana sobre la cuestión. Por lo menos desde los años 80 del siglo pasado, con el ascenso del neoliberalismo se discute en el mundo qué tipo de derechas configuraban experiencias políticas tales como las encabezadas por Ronald Reagan y Margaret Thatcher en Estados Unidos y Gran Bretaña respectivamente. Llevaron adelante un reformateo neoliberal de sus países en el marco de la institucionalidad democrática.

El intelectual italiano Enzo Traverso intentó pensar las convergencias y diferencias entre las derechas clásicas del Siglo XX en el mundo (incluidos los fascismos) y las derechas actuales. Le dijo a la publicación uruguaya La Diaria: "Distingo entre fascismo y populismo (referido a los populismos de derecha, N. del R.): el primero significa destruir la democracia; el segundo es un estilo político que puede tomar direcciones diferentes, a veces opuestas, pero generalmente está dentro de un marco democrático". También explicó que una de las claves del éxito de la nueva derecha radical está en su representación de sí misma como algo nuevo. O bien no tienen orígenes fascistas (como Trump o Matteo Salvini en Italia) o rompieron significativamente con su propio pasado. (77)

Por otro lado, el capitalismo en su fase superior está en decadencia y tiende a reñirse cada vez más con las libertades democráticas, es decir, hace cada vez menos "democráticas" a las democracias. Si bien esto es así desde principios del Siglo XX, en el último tiempo la tendencia se profundizó.

Algunos de estos condimentos tuvo la derecha macrista: legitimidad de origen por su ascenso al poder a través del voto popular y, a la vez, presentarse como una experiencia "nueva". En el marco de la conmociones nacionales por la desaparición y luego muerte de Santiago Maldonado o el fusilamiento de Rafael Nahuel en el sur argentino (como dos hechos destacados dentro de una orientación represiva), el calificativo de "democrática" para la derecha macrista

no se correspondía con los hechos. Sin embargo, al depositar todo el componente antidemocrático en la coalición Cambiemos se dejaba libre de crítica a las características estructuralmente antidemocráticas de la misma democracia argentina.

Algunos hechos fácticos muestran que, sin romper el orden constitucional, se violan permanentemente derechos democráticos elementales desde el momento mismo de la reinstauración de la democracia en 1983: el pacto de convivencia permanente con las fuerzas de seguridad (policías provinciales y especialmente la Bonaerense); el uso y abuso de las cloacas de los servicios de inteligencia (alguna vez llamados certeramente los "sótanos de la democracia"), un sottogoverno que opera en las sombras y condiciona al conjunto del régimen político; un Poder Judicial privilegiado y fusionado íntimamente a los servicios de inteligencia o la amplia continuidad en las fuerzas de seguridad o entre los espías de personal que revistió bajo la dictadura. En términos institucionales, la concentración de poder en el Ejecutivo, el uso discrecional y arbitrario de los recursos fiscales para disciplinar a opositores. En lo que afecta a la organización de los trabajadores y las trabajadoras, un régimen sindical estatizado y en muchos casos totalitario con métodos de patota para el control del movimiento obrero (una característica permanente del Estado argentino); y en relación a la cuestión social, una regimentación y policialización de la vida civil, especialmente contra la juventud. Es tan cierto que muchas de estas prácticas fueron extremadas por Cambiemos, como que fueron una constante en las últimas décadas de vida en democracia.

Transcurrieron más de 35 años de historia desde el fin de la dictadura. Raúl Alfonsín encabezó aquella primera fase y su "progresismo democrático" fue sepultado con la capitulación frente a los militares a quienes concedió las leyes de Obediencia Debida y Punto Final. El plan de entrega nacional que llevó adelante Carlos Menem es reconocido por todos y todas, además de la pérdida histórica de conquistas laborales, garantizó la impunidad para los genocidas mediante los indultos y las represiones salvajes producidas durante toda la década del noventa. Este proyecto fue consolidado, no hay que olvidarlo, con el Pacto de Olivos firmado con Alfonsín que habilitó la reelección de Menem. La Alianza continuó y profundizó el modelo y llevó a la debacle nacional que culminó con 39 asesinados en todo el país en 2001. La transición duhaldista acompañó la devaluación y el asalto al salario obrero con la tristemente célebre represión que terminó en los fusilamientos de Maximiliano Kosteki y Darío Santillán que obligó al adelantamiento de las elecciones. El kirchnerismo debió

arbitrar en ese contexto con un Estado que pudo retener el monopolio de la violencia a condición de no usarla o utilizarla lo menos posible. Ese fue el marco del discurso de no represión y el impulso a los juicios por violaciones a los derechos humanos. Sin embargo, allí estuvieron los hechos protagonizados por fuerzas represivas o paraestatales consignados en el capítulo anterior.

El fenómeno de no apelación a golpes o dictaduras militares y el ascenso de las derechas por la vía del sufragio (una tendencia que está cambiando en el continente latinoamericano con golpes que fueron desde “blandos” como en Paraguay o Brasil a cada vez más clásicos como en Bolivia) tiene una explicación histórica. Si en los debates en torno a por qué no estalló la sociedad ante el ajuste macrista había que descartar la presunta “maduración” ciudadana de los de abajo; en esta querella hay que desmitificar la presunta “maduración” democrática de los de arriba. No existe la quimera de una derecha empresarial que presuntamente “entendió” y se incorporó al juego democrático. El debilitamiento y la crisis del movimiento obrero, luego de las derrotas del neoliberalismo es una de las causas que implicó que no existiera un desafío peligroso al orden social que empuje a soluciones de fuerza drásticas.

Pero las bases de esta degradación de las democracias occidentales en general y de Argentina en particular están en el feroz aumento de la desigualdad. El boom de la postguerra permitió una mayor cooptación o integración de amplios sectores sociales y ese hecho favorecía la relativa estabilidad. Con las diferencias correspondientes entre los diversos países, hoy el desempleo permanente, la pobreza estructural y la imposibilidad de otorgar concesiones significativas son las bases que tienden a minar los cimientos de los regímenes democráticos y a fortalecer los aspectos autoritarios que anidan en su seno. Como ironizó Wolfgang Streeck: “La historia sugiere que, al menos en el mundo industrializado, la izquierda tenía más razones para temer que la derecha liquidara la democracia a fin de salvar el capitalismo, que la derecha a temer que la izquierda aboliera el capitalismo por el bien de la democracia”. (78)

Es lícito afirmar que Cambiemos no fue una derecha democrática, si en el mismo acto se reconoce que extremó tendencias presentes en un régimen que está lejos de un ideal republicano y que violenta permanentemente las libertades democráticas. Quizá para obtener una respuesta al interrogante haya que cambiar la pregunta: para constatar si la derecha es democrática, primero haya que descifrar cuán democrática es la misma democracia.

La vara muy baja

El macrismo dejó al país con una descomunal crisis social y económica, además de una deuda externa con vencimientos asesinos para los años por venir. Al menos 40,8% de pobreza, según el Observatorio de la Deuda Social Argentina perteneciente a la Universidad Católica, y 8,9% de las personas en condición de indigencia. La tasa de desempleo en los 31 aglomerados urbanos relevados superó los dos dígitos y alcanzó el 10,6% cuando Macri dejó el poder, según el último dato informado por el Instituto Nacional de Estadísticas y Censos (Indec) en 2019. Los jóvenes eran los más afectados por la desocupación con una tasa que superaba el 18% entre los varones y el 23% entre las mujeres. La inflación, madre de todas las derrotas de la administración cambiemita, concluyó en 2019 en el nivel más elevado desde aquel lejano 1991: alrededor del 55%. Entre noviembre de 2015 y el mismo mes de 2019, el alza de precios acumulada rondó el incontenible 300%. La deuda externa creció hasta alcanzar un equivalente al 90% del PIB, el poder adquisitivo de los salarios cayó un 20% en promedio y el PIB se contrajo en al menos 4% en cuatro años.

La situación económico-social legada por Macri fue de una gravedad inaudita, pero quizá no haya sido lo más nocivo de su pesada herencia. Contrariamente a su relato final, dejó la vara muy baja. En el posmacrismo pareciera que todo mal menor está legitimado por adelantado. En la narrativa del nuevo gobierno encabezado por Alberto Fernández esto estuvo presente desde el principio.

Una de las facetas del discurso del macrismo acentuaba que los argentinos se habían acostumbrado a vivir “por encima de sus posibilidades” y que ellos habían llegado para poner las cosas en su lugar. Eran la vanguardia iluminada de una verdad insolente: el destino de las mayorías era la pobreza, estábamos condenados al éxito de nuestra merecida escasez.

Pero una vez que fueron desalojados del poder, se intentó instalar un nuevo consenso que sentenciaba que algunas demandas elementales eran demasiado excesivas. Una recomposición salarial que recupere lo que se perdió bajo el plan de pillaje del macrismo o jubilaciones que permitan vivir o sobrevivir, mutaron

de exigencias mínimas a programa máximo. El terreno perdido frente a los poderosos parece imposible de recuperar. Como en cada ciclo, el país obrero y popular desciende cien escalones para regocijo del país burgués. Si ese consenso se asienta, es un triunfo moral del macrismo en medio de su derrota política. Se suma el hecho de que a diferencia del post 2001, cuando el país estaba movilizado, la pasivización impuesta durante todos estos años es una ventaja de la que gozan quienes quieren cristalizar la relación de fuerzas social y política de la herencia macrista. El haber sacado la política de las calles tiene su precio.

El peronismo moderado que se rearmó y que permitió el triunfo sobre Macri es, en parte, el emergente de esta nueva configuración de fuerzas. Dejó atrás banderas que fueron identitarias del kirchnerismo y que a la vez respondían, a su manera, a un país levantisco. El nuevo experimento empezó a tocar algo de la música del otro, el convencimiento de que para ganarle en su terreno había que parecérsele en muchos aspectos.

Una vez, allá por el año 2002, le preguntaron a Margaret Thatcher cuál era el mayor logro de su vida: “Tony Blair y el Nuevo Laborismo. Obligamos a nuestros oponentes a cambiar sus ideas”, contestó. Si un personaje de la misma calaña, pero de mucho menor envergadura como Macri, terminará arrogándose un éxito similar es un enigma que se responderá con la evolución del quinto peronismo.

65. Carlos Pagni, “Cambiemos es una especie de derecha culposa”, entrevista con La Izquierda Diario, 3-7-16

66. Andrés Fidanza, Durán Barba. El mago de la felicidad, Planeta, 2019.

67. Esteban Mercatante, Salir del Fondo. La economía argentina en estado de emergencia y las alternativas ante la crisis, Ediciones IPS, Buenos Aires, 2019.

68. Pablo Touzon y Martín Rodríguez, “Nagasaki”, Revista Panamá, 14-8-17.

69. Carlos Burgueño, Macrinomics. Crónica de una decepción política, Edhasa, Buenos Aires, 2019.

70. Sergio Morresi y Martín Vicente, “El ocaso del macrismo. Entre liberalismo y neoliberalismo”, Nueva Sociedad, Buenos Aires, octubre de 2019.

71. Ignacio Zuleta, El Papa peronista, Ariel, Buenos Aires, 2019.

72. Para un tratamiento exhaustivo de esta cuestión véase Juan Dal Maso, El marxismo de Gramsci, Ediciones IPS, Buenos Aires, 2016 y Hegemonía y lucha de clases, IPS, Buenos Aires, 2018.

73. José Natanson, ¿Por qué? La rápida agonía de la Argentina kirchnerista y la brutal eficacia de la nueva derecha, Siglo XXI, Buenos Aires, 2018.

74. David Harvey, Breve historia del neoliberalismo, Akal, Madrid, 2005.

75. William Davies, “El nuevo neoliberalismo”, New Left Review, N° 101, noviembre-diciembre de 2016.

76. Daniel Bensaïd, Frente único y hegemonía, disponible en: http://danielbensaid.org/Frente-unico-y-hegemonia?lang=fr

77. Martín Cortés y Nicolas Allen, “Nuevos y viejos fascismos: el historiador Enzo Traverso habla de la derecha global y de las alternativas para superarla”, La Diaria, 9-2-19, disponible en https://ladiaria.com.uy/

78. Wolfgang Streeck, ¿Cómo terminará el capitalismo? Ensayos sobre un sistema en decadencia, Verso, Madrid, 2017.

Capítulo V

Peronismo para la moderación

Cuando el sábado 18 de mayo de 2019 Cristina Kirchner anunció a través de un video difundido por redes sociales que Alberto Fernández sería el precandidato a presidente y ella la precandidata a vice, en el mismo acto realizaba un movimiento táctico fundamental y una autocrítica de hecho. Fernández se había distanciado del kirchnerismo en oposición a las medidas que fueron fundantes de su identidad política: la guerra perdida con las patronales del campo en 2008 por el intento fallido de aumento de las retenciones móviles a los productos del agro o el enfrentamiento con el Grupo Clarín por la Ley de Servicios de Comunicación Audiovisual que se proponía limitar el poder del holding mediático al que durante décadas todos los gobiernos habían beneficiado. Es decir, no había tomado distancia sólo de una forma de ejercicio del poder o del tratamiento de la gestión de gobierno, sino de medidas consideradas disruptivas y que habían provocado fricciones con factores reales de poder. Luego de su abandono del espacio kirchnerista, Alberto Fernández había sido un "renovador" junto a Sergio Massa en 2013, protagonista de una derrota clave (en la provincia de Buenos Aires) para el fin del ciclo kirchnerista y, para peor, aliado al macrismo; fue votoblanquista −parece que perdonable− en 2015 y acompañante terapéutico de la campaña insustancial de Florencio Randazzo en 2017.

El significado de la decisión fue objeto de mil conjeturas y de apuradas certezas: que era un retorno de la política por la puerta grande, que el renunciamiento histórico era una lúcida maniobra táctica para una reconfirmación estratégica y que, entre otras cosas, habilitaba la vuelta a un "kirchnerismo de los orígenes".

La realidad fue que Cristina Kirchner no sólo buscó un socio que le permitiera avanzar más allá de los límites de su influencia, también quiso encumbrar a alguien que estuviera dispuesto a hacer lo que ella no quería, no podía o no sabía. Emmanuel Álvarez Agis, exfuncionario de Economía bajo el último

kirchnerismo y titular de la Consultora PxQ sintetizó el movimiento de la siguiente manera: “Alberto está a la derecha de Cristina y a la izquierda de Macri”, precisamente por eso “Cristina eligió a Alberto porque (éste) puede hacer la política económica que ella podría apoyar pero no implementar”. (79) Un hombre de confianza del elegido resumió su lugar en el universo ideológico del nuevo peronismo, no sin un dejo de ironía: “Está a la izquierda de la derecha y a la derecha de la izquierda”.

La trayectoria del Alberto Fernández, sus primeras propuestas y los interlocutores que privilegiaba, el tono de su narrativa y el de sus colaboradores más cercanos mostraban que se imponía cierta resignación ante la adversidad, una capitulación y un retroceso bajo la forma de una ofensiva. Fernández desplegaba un discurso de superación de la “grieta”, el consenso, el acuerdo y la utopía más sobrevalorada de los últimos cincuenta años: un Pacto de la Moncloa a la carta para el país de la hegemonía imposible.

Era un hombre con más posición estratégica que ideología. Después de veinte años del estallido del 2001, del reinado de outsiders (reales o imaginarios), consumada la obra de restauración de la autoridad del Estado, el sistema político colocaba en el centro a una persona carente de autoridad propia. La crisis eterna, el ajuste infinito de Macri, el hartazgo con el desgastado sistema de la “grieta” y −paradójicamente− el cisne negro de la pandemia, le dieron sus cinco minutos de gloria. Sus evocaciones y referencias históricas caracterizaron su personalidad política. Quiso ser demasiadas cosas a la vez: un poco el Raúl Alfonsín del universalismo democrático y el Perón de la unidad de los argentinos; un poco socialdemócrata y un poco peronista; soñaba con Néstor y se despertaba con Duhalde; añoraba el 2003 y lo acechaba el 2001; quiso ser amigable con sus adversarios y garantía para sus aliados; hombre común y a la vez, experimentado en los mecanismos secretos de la “rosca”; pendenciero en la burbuja de Twitter y amable anfitrión con el cafecito siempre listo para el diálogo; quiso ser el nuevo líder de los “machos alfa” del peronismo y el mejor aliado que ponía fin al patriarcado; el más fiel y el más independiente; adversario íntimo de Cristina Fernández y su mejor alumno; el primer soldado de la cuarentena estricta y el que escondía festejos imprudentes en la trastienda de Olivos en el peor momento del encierro general.

Políticamente, representaba la coronación de un giro hacia la moderación del kirchnerismo. Un negociador nato, un conciliador, un tranquilizador de los mercados y una voz amigable para los dueños de la tierra. Un dirigente que

avisaba que la guerra con Clarín se terminaba y que había quedado atrás la enfermedad infantil del “Clarín miente” para retomar la adulta responsabilidad del “Héctor [Magnetto] no me deja mentir” (más allá de si el Grupo quería culminar la guerra o no). Un referente a la medida de lo que el escritor y activista anglo-paquistaní, Tariq Ali, denominó como el “extremo centro” que tuvo su momento de esplendor en Europa entre los noventa o los dos mil hasta que se derrumbó víctima de la plaga de polarizaciones que asechan a un mundo convulsionado. (80)

En la elección del candidato también se evidenció la resolución de un balance de la primera ola de gobiernos progresistas en el continente que había conducido a una discusión: ¿La responsabilidad de sus crisis residió en haber sido “demasiado radicales” o, por el contrario, “excesivamente cautelosos”? La mayoría optó por considerar que el problema fue lo primero y actuaron en consecuencia. En Argentina, el nombre propio de esa conclusión fue el de Alberto Fernández.

Los tres primeros meses de transición fueron vertiginosos y fue el periodo en el que se desplegó un relato apaciguador con el objetivo de agrandar la crisis para achicar las expectativas. Una recomposición salarial que recupere lo que se había perdido bajo el plan de pillaje del macrismo o jubilaciones que permitieran vivir o sobrevivir pasaron a ser exigencias de un programa demasiado máximo. A lo sumo había que apuntar a un plan de estabilización, el despojo del macrismo parecía que había que pasarlo a la columna de pérdidas en la gran contabilidad de los argentinos. Ya en aquellos inicios se anunciaba el incumplimiento de una parte sustancial del contrato electoral que dos años después quedaría demostrado en el castigo de las urnas en las elecciones legislativas.

En diciembre de 2019 se votó en un trámite exprés la Ley de Solidaridad Social y Reactivación Productiva que tenía en el centro la suspensión de la movilidad jubilatoria y la autorización para que los futuros aumentos los otorgase el Poder Ejecutivo por decreto. Para variar, en la ecuación final, el grueso de los jubilados perdió. En enero se aprobó la Ley de Restauración de la Sostenibilidad de la Deuda con la que el ministro de Economía, Martín Guzmán, comenzó el diseño de un esquema económico en función de las negociaciones con los acreedores privados y el Fondo Monetario Internacional.

El año de la peste

El nuevo experimento de gobierno de coalición no llegó a desplegarse y en eso llegó el Covid y se acabó la dispersión. Por lo menos por una breve coyuntura que le otorgó a Alberto Fernández su momento de mayor consenso y centralidad. Un virus desconocido e inesperado venía haciendo estragos en el mundo y sobre la base de la experiencia internacional, el presidente argentino decretó una cuarentena estricta el 20 de marzo del 2020. Las imágenes de la catástrofe que llegaban de todas partes del mundo y la desmesurada creencia en que con un encierro heroico (y no muy largo) los argentinos podíamos derrotar al virus, validó el planteo de “salud sobre la economía”. Fue un momento efímero de unidad nacional. Alberto Fernández condujo el tridente ofensivo de la lucha contra el coronavirus, puso a su derecha a un quirúrgico Horacio Rodríguez Larreta y a su izquierda a un locuaz Axel Kicillof que semana a semana informaban casi en cadena nacional sobre la guerra, las batallas y los combates contra “el enemigo invisible”. Eran los tiempos en los que desde el entorno del presidente creían que tenía la vaca atada y que fumaba abajo del agua. Tenía índices de aprobación estratosféricos y, por la misma razón, increíbles. Aquellas horas en las que un referente que conoce de cerca al presidente (y, según él, lo acompañó en el minuto en el que tomó la decisión de la cuarentena estricta) llegó a asegurar que Alberto había demostrado que “es un jugador de toda la cancha: juega arriba, abajo y en el medio” y que “la decisión de la cuarentena era la ‘bajada de los cuadros de Néstor’ o ‘el 17 de octubre’ de Alberto”. Mientras de fondo resonaba el chiste latinoamericano sobre nuestra idiosincrasia: ¿Cómo se suicida un argentino?, se sube arriba de su ego y se tira desde ahí.

Pero, “a poco de andar la cuarentena, el objetivo inicial de construir la avenida del medio, encender la economía y llamar a un contrato social se vio frustrado en la Argentina del empate tenso donde los ganadores permanentes confirmaron que no estaban dispuestos a ceder nada, ni aunque viniera el fin del mundo. El centro quedó dinamitado, pero lo más significativo fue que, en más de una oportunidad, la alianza oficialista mostró que lleva la contradicción adentro”. (81)

Fue así porque el giro hacia el centro se hizo con cierta “culpa”: se le cedió el gobierno, pero no el poder. Alberto Fernández terminó −como en el fútbol− gobernando con la permanente supervisión de un VAR: cada resolución era revisada, declinable y siempre había que esperar. En el país de los líderes decisionistas, Fernández era el presidente de la duda permanente. El incidente más destacado de esa toma de indecisiones fue la fallida expropiación de la cerealera Vicentin, medida de la que retrocedió sin pena ni gloria a la espera de “la propuesta superadora de Perotti”. En aquellos días de idas y vueltas, luego de una reunión con el gobernador de Santa Fe (Omar Perotti) −provincia en la que está situada la empresa− el presidente anunció que el santafecino traería una propuesta superadora. Parece que se perdió junto a las tropas del general Alais.

Los planteos de Cristina Kirchner, desde “incidente Zaiat” (el posteo a sus redes sociales de un artículo del periodista Alfredo Zaiat implícitamente crítico hacia Fernández) pasando por las cartas desde lejos hasta la “intifada de renuncias” de ministros cristinistas luego de la derrota en las primarias de las elecciones legislativas, marcaron el ritmo desordenado de la coalición. El paso al costado de Máximo Kirchner como jefe del bloque oficialista en Diputados, en rechazo al acuerdo inicial con el FMI se inscribió en la misma dinámica”. “La verdad es sinfónica” había afirmado el presidente en uno de sus discursos, pero en esta orquesta de San Ovidio cada integrante hacía sonar desafinadamente su propia verdad relativa.

Poco a poco se fue percibiendo que para la sociedad era la salud y la economía porque, entre otras cosas, todos éramos iguales ante la peste, pero algunos eran más iguales que otros. En ese contexto, apareció primero el “vacunatorio vip” con algunos amigos que se colaron en la fila de la vacuna escasa y luego las filtraciones de las imágenes del festejo de cumpleaños de la esposa del presidente, Fabiola Yañez, en Olivos cuando regía la prohibición de ese tipo de eventos. Pero, la foto era la foto y sus circunstancias.

El reimpulso del proyecto de ley de Interrupción Voluntaria del Embarazo y su aprobación dio cumplimiento a una demanda histórica del movimiento de mujeres y que se mantenía vital luego del rechazo de 2018. Una conquista, indiscutiblemente, que se mide por los resultados: después de la aprobación del derecho al aborto (hasta inicios de 2022) hubo 0 (cero) muertes por abortos legales. Sin embargo, ni la pandemia por la negativa, ni la conquista del derecho al aborto legal por la positiva sirvieron para justificar la cuestión esencial “de última instancia”.

Porque en “última instancia” lo que determinaba era la “política económica que Cristina Kirchner podía apoyar, pero no implementar”, que fue aplicada en la primera etapa de la administración del Frente de Todos y que tuvo un solo nombre: ajuste. Un ajuste que continuó bajo el eufemismo de “tranquilizar la economía” (definición repetida por el ministro Guzmán) en función de la demanda de un actor decisivo que condicionó el diseño de la política económica implícita o explícitamente: el FMI y los acreedores externos.

Unidos y ajustados

Si la realidad argentina fuera una serie mal guionada, el final del capítulo sobre el ajuste en la primera etapa del gobierno sería para alquilar balcones.

Lo habían mostrado informes serios y fundamentados como el que difundió en su momento el centro CIFRA de la CTA que decía que los salarios nominales quedaron 5,3% abajo de la inflación en el primer año de los Fernández en el gobierno: habían aumentado 33,2% entre enero de 2020 y el mismo mes de 2021 cuando el índice de precios al consumidor había subido un 38,5%, mientras que los precios de los alimentos y bebidas aumentaron un 42,3%. El informe revelaba, además, la destrucción de empresas, la crisis del empleo y demostraba que, con excepción de los subsidios energéticos, estaba en curso una moderación de la política económica con fuerte recorte del gasto primario.

Lo habían afirmado hasta funcionarios designados por el gobierno, como el director del Banco Nación, Claudio Lozano, que en relación a la nueva fórmula jubilatoria reprochó: “Estamos frente a una fórmula que privilegia el sostenimiento de las cuentas fiscales antes que el poder adquisitivo de los haberes jubilatorios. La razón es simple. Está pensada en clave de FMI antes que en función de las necesidades que hoy exhiben la mayoría de nuestros jubilados”.

Lo evidenciaban las cifras de una mayor recaudación gracias a la suba de precios por la inflación y una licuación del gasto social, los recortes en el Ingreso Familiar de Emergencia cuando empezaba uno de los tantos rebrotes de la pandemia, los números anteriores o posteriores: por ejemplo, las jubilaciones cayeron un 6% en términos reales en 2021. No solo perdieron todo lo que habían recuperado en 2020, sino que retrocedieron incluso contra el 2019. La caída acumulada en comparación con 2015 fue del 23%.

Sin embargo, los referentes del gobierno y gran parte del periodismo oficialista rastreaban argumentos en el fondo de la olla para negar lo evidente.

El debate fue saldado primero por el resultado electoral de las legislativas de 2021 y luego, desde el corazón del gobierno, nada más y nada menos que por Cristina Kirchner: “También señalé que creía que se estaba llevando a cabo una política de ajuste fiscal equivocada −escribió la vicepresidenta en una carta pública en septiembre del 2021 después de la derrota de las primarias−. Y afirmó que [el ajuste] “estaba impactando negativamente en la actividad económica y, por lo tanto, en el conjunto de la sociedad y que, indudablemente, esto iba a tener consecuencias electorales. No lo dije una vez… me cansé de decirlo… y no sólo al Presidente de la Nación. La respuesta siempre fue que no era así, que estaba equivocada y que, de acuerdo a las encuestas, íbamos a ganar ‘muy bien’ las elecciones”.

En una entrevista brindada en julio de 2019 al medio chileno Diario Financiero, Guillermo Calvo, economista argentino y académico de la Universidad de Columbia consideraba que “Cristina es lo mejor que le puede pasar al país” porque “va a aplicar el ajuste con apoyo popular, culpando al gobernante previo”. (82) Algo de la audaz profecía de Calvo se cumplió, aunque Cristina Kirchner criticó más al presidente actual que al anterior con un detalle curioso: el ajuste fue llevado adelante por el gobierno del que formaba parte desde la Vicepresidencia.

Símbolos: Guernica y el motín policial

Entre todos los acontecimientos de la primera etapa del gobierno del Frente de Todos, se destacan dos que certifican un cambio epocal mirados desde el largo plazo que venimos abordando en este libro con el 2001 como evento fundante: la sublevación de la Policía bonaerense en septiembre de 2020 y la toma de tierras en la localidad de Guernica en zona sur del Gran Buenos Aires en octubre del mismo año.

Con métodos extorsivos (que incluyeron movilización de efectivos armados hasta la Quinta de Olivos), los policías lograron la "paritaria 9 mm" más rápida de la historia, con aumentos otorgados gracias a la intervención del Gobierno nacional.

Por otro lado, quienes reclamaban un lugar para vivir fueron desalojados a palos, gases y balas de goma. En la madrugada del jueves 29 de octubre de aquel año un ejército de más de cuatro mil efectivos integrantes de distintas divisiones de la Policía bonaerense desalojó violentamente a miles de personas que aspiraban a un techo para vivir en Guernica. El teniente coronel retirado Sergio Berni, ministro de Seguridad del Gobierno provincial, estaba al mando de las fuerzas represivas, supervisado por el fiscal Juan Cruz Condomí Alcorta. El funcionario judicial se sacó una selfie en el terreno, con el escenario de guerra de fondo, para ostentar el "triunfo" por haber alcanzado su objetivo de expulsar a miles de personas del predio. Unas horas después de los acontecimientos, Berni subió a sus redes sociales un spot de proselitismo electoral cuando todavía se estaba atendiendo a los heridos y no se había liberado aún a los detenidos. La publicidad de autobombo destacaba que mientras él fuera ministro, el derecho a la propiedad privada estaría garantizado. Había vuelto al centro de la escena un Berni clásico, el que tiene un valor inversamente proporcional al poder que enfrenta: fuerte con los débiles y débil con los fuertes. Esta vez mostró una verborragia y ferocidad de la que careció cuando los policías bonaerenses protagonizaron el motín en aquellos tres días que silenciaron a Berni.

Guernica pasó a ser el nombre de la culpa innombrable por parte de aquellos y

aquellas que apoyaban al Gobierno desde el progresismo en las tierras gobernadas por un representante puro de esa parroquia. Y Berni, el ministro inexplicable e injustificable que competía con Patricia Bullrich en su relato reaccionario.

Vale el ejercicio contrafáctico: ¿Qué hubiera sucedido si acontecimientos de esta naturaleza se producían en 2002? Muy probablemente, Duhalde tenga una respuesta. Parecía que se había invertido el epigrama de Tulio Halperín Donghi: el Estado sólo puedo mantener el orden a condición de usar la violencia contra los pobres de toda pobreza. Guernica y Berni no fueron cabos sueltos, excesos u errores, fueron la muestra del triunfo del partido del orden sobre el partido de la contención. Símbolos de una época, el resultado oscuro de una restauración.

Etapa superior

El periodo que se abrió con el arribo de Alberto Fernádez al Gobierno puede caratularse como “la etapa superior” de la hegemonía imposible. No solo la relación de fuerzas general rindió homenaje al empate, sino que existieron múltiples empates dentro de las coaliciones políticas. Entre el kirchnerismo y el albertismo, entre “halcones” y “palomas” en la coalición de Juntos por el Cambio. Una etapa caracterizada por la ausencia de liderazgos fuertes en ambas coaliciones y una “crisis de representación” en versión corregida y aumentada.

El fracaso reciente de las últimas dos grandes empresas políticas para las que se demandó el voto y el respaldo de la mayoría de la sociedad está en el trasfondo de esta crisis. La promesa aspiracional de Cambiemos de retomar la senda del crecimiento −que se había estancado en los últimos años de Cristina Kirchner− y que terminó en catástrofe y la propuesta de reparación y recomposición que realizó el Frente de Todos ante el naufragio macrista y que derivó en más ajuste.

Fernández pagó un costo parecido al de Macri por acceder al gobierno en un escenario en que la crisis no llegó al nivel de las catástrofes de dimensiones homéricas como las de 1989 o 2001-2002 y quedó privado de las condiciones para lo que llaman una “reestructuración” más drástica. Las últimas crisis alcanzaron para la extensión del malestar, pero no para disciplinar e imponer por la vía del terror económico la aceptación de un ajuste salvaje a cualquier costo.

Allí radica la interiorización de todas las contradicciones en la coalición gobernante que aparentaba transitar una transición eterna. Definía su política “por promedio” sin alcanzar una nueva síntesis. De allí los vetos cruzados, el “pimpenelismo de Estado”, la desconfianza política, la hoguera de vanidades y la sensación de falta de rumbo, además del constante retorno de la “grieta”.

La quimera de una solución de la “grieta” por arriba y hacia el centro se desvaneció rápidamente. Una fantasía que considera que se trata de un mero problema de astucia táctica o de falta de inteligencia política y no de una traducción (con todas las distorsiones del caso) de profundas contradicciones

sociales. La “grieta” es cuestionada desde paradigmas consensuales o acuerdistas que añoran algo que nunca tuvo lugar: una mesa imaginaria en la que “se sienten todos y se pongan de acuerdo en cuatro o cinco puntos básicos para sacar el país adelante”. Una narrativa que aduce que “la grieta es un negocio”, y probablemente lo sea, pero una salida intermedia también puede ser equivocada porque una ubicación en el medio de dos errores no necesariamente configura un acierto, lo más probable es que se transforme en un error intermedio.

Margaret Thatcher, a quien alguna vez rebauticé −un poco en serio, un poco en broma− como una “leninista de derecha”, sentenció sin pelos en la lengua: “A mi modo de ver el consenso parece ser el proceso de abandono de toda creencia, principio, valor y política en busca de algo en lo que nadie cree, pero a lo que nadie se opone”. (83)

En sociedades partidas, con índices escalofriantes e inéditos de desigualdad, los talibanes del consenso se encuentran entre los más utópicos (en el mal sentido del término) del planeta. (84)

Una constatación fáctica de las tendencias a la polarización pudo observarse en las legislativas de 2021, la “grieta” se sostuvo a los tumbos con un alto componente de lo que María Esperanza Casullo e Ignacio Ramírez definieron como “partidismo negativo” (más “en contra de” que “a favor de”), pero, además, quienes escaparon de esa “grieta” lo hicieron apoyando a fuerzas que la rompieron desde los extremos: los mal llamados “libertarios” con su centro de gravedad en el AMBA y el Frente de Izquierda y de los Trabajadores Unidad (FITU) que se ubicó como tercera fuerza nacional.

La resultante de estas contradicciones en la orientación política del oficialismo fue un kirchnerismo de bajas calorías, herbívoro y descafeinado: intervención estatal mucho más limitada de las que se conocieron en las experiencias anteriores; contención de los sectores empobrecidos, pero con recursos mucho más escasos y reconciliación con determinados poderes, sin que signifique terminar definitivamente con la “grieta”.

Sin embargo, Juntos por el Cambio también transitó escabrosamente su propia crisis circular. Quedó en evidencia luego del triunfo de las elecciones de medio término: para el conglomerado cambiemita se trató de una victoria incómoda. En el fondo eran conscientes de que no los votaron para que ganaran, sino para castigar a Alberto Fernández.

Una de las causas −ya se dijo− es la presencia aún patente del desastre macrista en la memoria de muchos argentinos y argentinas. Pero, hay otra razón de mediano alcance: en la primera etapa de la administración de los Fernández, a la oposición de derecha la atravesó una tensión en relación a la colaboración (o no) con el gobierno. Su razonamiento perverso e inconfesable baraja la probabilidad de que al fin estalle esa crisis “necesaria” que derive en una devaluación o corrida o que el ajuste que imponga el FMI habilite a un próximo gobierno de signo político distinto que además, reciba una economía “ajustada” debido a una imposición terrorista del mercado. El trabajo sucio lo habría hecho −alguna vez− el peronismo, dejando el terreno allanado para las famosas “reformas estructurales”. El sueño húmedo de un ajuste drástico hecho por los otros para beneficio político propio.

Abordando la cuestión desde el largo plazo, en el libro de conversaciones La moneda en el aire, el historiador Roy Hora reflexiona junto al economista (y también historiador), Pablo Gerchunoff sobre la vieja Alianza que llevó al poder a Fernando de la Rúa: “Ahora que las coaliciones −entre kirchneristas y peronistas, entre radicales y macristas− parecen haberse convertido en la forma más habitual de constituir una mayoría electoral en una etapa de debilitamiento de los partidos y las identidades partidarias, vale recordar que ese fue el primer paso en esta dirección, el primer gobierno de coalición en la historia moderna de nuestra democracia. De él aprendimos, entre otras cosas, que los gobiernos de coalición son bastante inestables, sobre todo si enfrentan dificultades”. (85)

La forma coalicional que adoptó el sistema político luego del estallido de 2001 es −en sí misma− una manifestación de esta precariedad estructural. Un sistema disfuncional para un país con la tradición política presidencialista, una forma que contiene en su estructura a los posibles bloqueos mutuos. La resultante es la consecuente debilidad política y la dificultad para la construcción de liderazgos claros ni en el gobierno ni en la oposición.

Diagnóstico reservado (y equivocado)

Volver al “kirchnerismo de los orígenes” y hacer “nestorismo” fue una de las fantasías de Alberto Fernández o alguno de sus colaboradores, incluso emitidas públicamente. Las miradas que emparentaban los dos momentos históricos no tenían en cuenta las condiciones estructurales que caracterizaron a aquel peculiar año 2003. Básicamente, hacían abstracción de cuatro factores determinantes: la necesaria etapa duhaldista (necesaria para lo que vino después), las condiciones internacionales con el factor ineludible del inicio del superciclo de las materias primas, el 2001 y last but not least, la deuda impagable. La situación actual real, empírica, los datos duros sentenciaban que la deuda externa estaba en el orden del 100% del PIB. No sólo en manos de acreedores privados −como en el año 2001−, sino que una porción considerable estaba en las arcas del FMI, por lo tanto una eventual quita no era una opción disponible. La pobreza rondaba el 40% de la población general, la inflación era récord y las industrias operaban a la mitad de su capacidad instalada. La conmodities tuvieron una recuperación, pero bastante por debajo del precio que alcanzó en su mejor momento.

De acuerdo a los pronósticos que dio en varias oportunidades el ministro Martín Guzmán, si no estalla una crisis antes, la economía recuperaría los niveles de producción de hace una década recién para 2023 o 2024. Y para superar el PIB per cápita demoraría más tiempo aún. Las contradicciones o los límites a la posibilidad de sostener un crecimiento están dadas por el peso del endeudamiento y las restricciones que impone vivir con el comando del FMI (o con su castigo): la necesidad de juntar reservas para pagar la deuda limitan los dólares disponibles para sostener el crecimiento industrial o el ajuste fiscal impide una política que impulse la actividad a través de la obra pública. Tampoco existen motores nuevos que empujen una economía anémica. Y las apuestas al extractivismo, en particular la megaminería e hidrocarburos no sólo requieren un tiempo de maduración y, por lo tanto, no redundan en impulso a la economía en el corto plazo, sino que estaban encontrando fuertes límites en las calles o en lo que llaman “la licencia social” (movilizaciones contra la megaminería en Chubut o Mendoza, entre otras).

En su primera etapa, el Frente de Todos se definió menos por lo que tuvo que por lo que le faltó: careció de una base social sólida en términos de la homogeneidad que alguna vez supo tener el sustento social del peronismo, no gozó de un mundo que ofrezca nichos de oportunidades para su economía y, a diferencia de la experiencia kirchnerista de los orígenes, no tenía una crisis económica a sus espaldas (cuando Néstor Kirchner arrancó su gobierno, la economía había comenzado a despertarse), sino que tenía un "2001" por delante agravado por la pandemia.

Un 2001 en términos económicos, pero no en términos de las famosas "correlaciones de fuerza".

Lejos de la rebelión

En 2019, luego del triunfo del Frente de Todos en las primarias, el historiador Javier Trímboli reflexionaba sobre las contradicciones de la etapa que se abría en una entrevista para el portal Zoom: “Para mí es un interrogante cómo va a seguir la dinámica de la movilización y la lucha de clases −se preguntaba el autor de Sublunar. Entre el kirchnerismo y la revolución−, sobre todo después de un año como éste, donde los niveles de movilización y conflictividad fueron relativamente bajos. Digo –y esto vos lo sabés muy bien– si uno hace el recorrido por el período que va de 1996 a 2001, hay una conflictividad en ascenso, que no para y que implica una constante ocupación del espacio público: de las calles, de las rutas. Y hoy no es esa la escena. Hoy hay algo que se verticalizó, y muy fuertemente. El FMI, por ejemplo, en 2001 estaba muy atento a lo que sucedía con los movimientos sociales; hoy le preocupa entrevistarse solamente con el candidato. Eso habla por un lado, lógicamente, de la crisis de representación (o de representatividad) del 2001, que el kirchnerismo superó, muy interesantemente pero la superó: se produjo un vínculo entre liderazgo y una porción muy grande la población. Ahora, como decía anteriormente, estamos en otro escenario: ante una alianza. Y además, todo indica que hay algo del orden de la movilización social que es irremplazable. Y que por más que haya una fidelidad muy fuerte, por partida doble, entre Cristina y quienes la apoyamos, la movilización social es irremplazable”. (86)

En el mismo sentido, el intelectual y exvicepresidente de Bolivia, Álvaro García Linera, reflexionaba sobre lo que denominaba la “segunda ola progresista latinoamericana”, los proyectos políticos que retornaron al poder luego de las experiencias fallidas de las derechas en México, Bolivia, Argentina, entre otros países: “En primer lugar, –sentenció– estas nuevas victorias electorales no son fruto de grandes movilizaciones sociales catárticas que, por su sola presencia, habilitan un espacio cultural creativo y expansivo de expectativas transformadoras sobre las que puede navegar el decisionismo gubernamental. El nuevo progresismo resulta de una concurrencia electoral de defensa de derechos agraviados o conculcados por el neoliberalismo enfurecido; no de una voluntad colectiva de ampliarlos, por ahora. Es lo nacional-popular en su fase pasiva o

descendente". Linera aseguraba que ahora es como si "los sectores populares depositaran en las iniciativas de gobierno el alcance de sus prerrogativas y dejaran, de momento, la acción colectiva como el gran constructor de reformas". Cree que el "gran encierro" mundial del 2020 limitó las movilizaciones; pero "curiosamente no para las fuerzas conservadoras o sectores populares allí donde no hay gobiernos progresistas, como Colombia, Chile y Brasil". Esto –siempre según el pensador boliviano– da como resultado un nuevo progresismo encabezado por liderazgos administrativos que se han propuesto gestionar de mejor forma, en favor de los sectores populares, las vigentes instituciones del Estado o aquellas heredadas de la primera oleada; por tanto, no vienen a crear unas nuevas. Decía que no son liderazgos carismáticos "como en el primer progresismo que fue dirigido por presidentes que fomentaron una relación efervescente, emotiva con sus electores y disruptivas con el viejo orden" y que forman parte ya del sistema de partidos de gobierno "en cuyo interior lucha por ser dirigente. Por tanto, no busca desplazar el viejo sistema político y construir uno nuevo porque lo que ahora se proponen es estabilizarlo preservando su predominancia, lo que los lleva a una práctica moderada y agonista de la política". (87)

Tanto el diagnóstico de Linera como el de Trímboli describen con bastante precisión la foto, pero pasan por alto algunos tramos fundamentales de la película. Porque el historiador argentino dice que algo "se verticalizó" y el intelectual boliviano afirma que son los sectores populares los que parece que dejaron de lado la "acción colectiva" para depositar en las iniciativas de gobierno, el alcance de sus demandas. Sin embargo, como dirían los sociólogos, "es más complejo" porque la pasividad –como intentamos demostrar en varios tramos de este libro– no tiene lugar por generación espontánea, hay actores que la producen, que "verticalizan" e incluso que trabajan para que la "acción colectiva" se deje de lado. Hay direcciones políticas, sindicales o "sociales" que tienen una responsabilidad que no puede licuarse en terceras personas indefinidas o difuminarse en esa generalización que llamamos "sociedad".

Sobre esta dinámica entre dirigentes y dirigidos en las organizaciones sindicales o populares es bueno hacer una salvedad: es tan falaz la mirada que afirma que las bases están siempre en oposición a sus dirigentes y con disposición al combate como la perspectiva contraria: que siempre hay concordancia entre lo que proponen las dirigencias y la disposición de sus representados. Si la realidad fuera como afirma esta última perspectiva, habría que caer en la cuenta que la clase obrera argentina no quiere luchar nunca jamás porque esa es la actitud de

muchos sindicatos en general y de la CGT, en particular.

Hay ejemplos en todo el subcontinente sobre esta dinámica, pero los más cercanos a nosotros pueden ser ilustrativos. Luego de las potentes movilizaciones de diciembre de 2017 contra el macrismo, las dirigencias sindicales, “sociales” y políticas trabajaron para que esa acción colectiva no tuviera continuidad (entre otras cosas, eso le otorgó un tiempo valiosísimo a Macri que en ese periodo tomó su préstamo infame con el FMI) y para que todo se canalizara hacia las elecciones con la consigna más minimalista y vacía de la historia: “Hay 2019”. Pero, más y peor aún: existieron movilizaciones que no fueron solamente “frenadas”, sino que fueron impugnadas y hasta reprimidas: la toma de tierras en Guernica o las protestas ambientalistas en varias provincias.

Por lo tanto, en este punto, las paradojas y limitaciones de la “segunda ola de gobiernos progresistas” se explican tanto por las derrotas de la primera como por sus “triunfos” en términos de desmovilización. Al margen de que, aunque en un segundo plano, los referentes de la primera ola, también asumieron responsabilidades en esta etapa.

La correlación de fuerzas

El debate sobre la movilización o desmovilización está relacionado con una polémica más general sobre la "correlación de fuerzas". Una discusión que se desarrolló con el tema de la deuda en el centro. Quien más recurrió a la definición fue el candidato a diputado nacional (luego electo) por la Ciudad de Buenos Aires por el Frente de Todos, Leandro Santoro. Apelaba a la "correlación de fuerzas" desfavorable para fundamentar que en las negociaciones con el FMI no había posibilidad de cuestionamiento o alternativa que la negociación y el acuerdo. Es más, llegó a calificar a quienes planteaban posiciones alternativas o de mayor confrontación (como el periodista Alejandro Bercovich con quien debatió cara a cara) como "irresponsables" o "vanguardistas descolgados". Apoyado en ciertas ideas que hizo circular el psicoanalista Jorge Alemán (intelectual de referencia en el kirchnerismo) recurría a la "correlación de fuerzas" (nacional e internacional) casi como un hecho natural, conformada por una estructura económica, política y social corrida a la derecha sin remedio, como guiada por una ley de gravedad. Profesaba una especie de fatalismo, pero en el sentido contrario al que recurrían las socialdemocracias históricas (y hasta los estalinismos) que sentenciaban que no importaban los combates reales y concretos porque todos los caminos conducían al "socialismo"; en este caso, no convenía ninguna lucha porque todas están condenadas de antemano. La resultante quietista e inmóvil es la misma: no lucho porque no lo habilita la correlación de fuerzas y la correlación de fuerzas no se modifica (o cambia para peor) porque no lucho. Subsidiariamente, Santoro acudía al argumento del "riesgo" (todo cuestionamiento o compulsa es demasiado riesgosa y peligrosa) en una estructura argumentativa que operaba por progresión: el conflicto conduce a la lucha y la lucha, de manera inevitable, a muchos riesgos; para evitar el riesgo, eludamos la lucha mediante la omisión del conflicto. Consciente o inconscientemente internalizaba un dispositivo que según Claudio Uriarte se había logrado instaurar en la sociedad argentina luego del mal llamado Proceso: "Un dispositivo por el cual la lucha se identificaba con la derrota, y la derrota con la tortura y con la muerte". (88)

El planteo tomado de conjunto conducía a la negación, no ya de alguna política

“revolucionaria” o radical, sino a la negación de toda política. La política –no necesariamente la política socialista, sino la política en general–, desde Maquiavelo para acá, se define como la actividad que busca crear nuevas relaciones de fuerza y por lo tanto debe ocuparse del “deber ser”. Según el florentino, esa cualidad diferencia al político del diplomático (o del analista). El “diplomático” se reduce a relatar la realidad efectiva porque su actividad no tiende a generar nuevos equilibrios sino a conservarlos.

No hay garantía de éxito en la confrontación porque ninguna disputa política tiene garantizado el triunfo de antemano; en ese terreno lo único que se puede prever “científicamente” es la lucha, pero hay sentencia de subordinación si se tiene como principio evitar el conflicto.

Pero además, este pensamiento se emparenta peligrosamente con lo que Albert O. Hirschman bautizó como la retórica reaccionaria. Según este pensador judío-alemán, socialista moderado y economista especializado en los problemas del desarrollo italiano, existen tres tesis reactivo-reaccionarias a la que recurrieron alternativamente quienes rechazaron cambios político-sociales en los últimos doscientos años: la tesis de la perversidad (o del efecto perverso), la tesis de la futilidad y la tesis del riesgo. “Según la tesis de la perversidad –escribe Hirschman– toda acción deliberada para mejorar algún rasgo del orden político, social o económico sólo sirve para exacerbar la condición que se desea remediar. La tesis de la futilidad sostiene que las tentativas de transformación social serán inválidas, que simplemente no logran ‘hacer mella’. Finalmente la tesis del riesgo arguye que el costo del cambio o reforma propuesto es demasiado alto, dado que pone en peligro algún logro previo y apreciado.” (89) La tesis de la perversidad y hasta literalmente la tesis del riesgo se ajustan al razonamiento de este “homenaje” a la “correlación de fuerzas”. Debería ser un alerta para quienes siempre renguean para el lado conservador de la vida porque, además, la misma retórica (la disputa política también está conformada por altas dosis de retórica) termina siendo un elemento constitutivo de esa “correlación de fuerzas” que sin querer o queriendo culmina en profecía autocumplida.

Deuda eterna

Los hechos mostraban que la “correlación de fuerzas” puede ser más dinámica. En alguno de sus tantos zig-zag, el 1 de marzo del 2020, en la inauguración de sesiones ordinarias del Congreso, Alberto Fernández había anunciado la presentación de una “querella criminal tendiente a determinar quiénes han sido los autores y partícipes de la mayor administración fraudulenta y de la mayor malversación de caudales que nuestra memoria recuerde”. Se refería al inédito préstamo otorgado por parte del FMI al gobierno de Macri que se realizó en flagrante violación a los mismos estatutos del organismo y con el objetivo de favorecer políticamente al expresidente. Mauricio Claver, en ese tiempo asesor del expresidente Donald Trump y representante de Estados Unidos en el FMI, reveló en un foro diplomático la decisión geopolítica que ejecutó la Casa Blanca para facilitar los créditos stand-by y sostener el programa económico de Cambiemos antes de las elecciones. La querella, como tantos otros anuncios del nuevo presidente, se perdió en la noche de los tiempos. Tampoco tuvo consecuencias el pedido de informe sobre la fuga de esos dólares prestados, que aprobó en 2020 la Comisión Bicameral de Seguimiento de la Deuda ni el estudio que publicó como respuesta el Banco Central que llegó a conclusiones académicas muy contundentes: se la fugaron toda.

Todo esto, pese a que la deuda es “odiosa” en todos los sentidos del término. Según la doctrina internacional elaborada en 1927 por el prestigioso jurista y profesor de derecho ruso, Alexander Sack, y conocida como la “Deuda Odiosa”, una deuda puede ser calificada de esa manera cuando cumple dos condiciones esenciales: 1) la ausencia de beneficio para la población porque fue contraída contra el pueblo, el Estado y/o en beneficio individual de los dirigentes o personas próximas al poder; y 2) la complicidad de los prestamistas, precisamente porque los acreedores sabían (o estaban en condiciones de saber) que los fondos facilitados no favorecerían a la población.

Se la denominó como la doctrina de la “deuda odiosa, execrable, ilegítima o injusta” y fue puesta en práctica en numerosas ocasiones a lo largo de la historia. Según esta perspectiva jurídica, una deuda externa contraída, creada y utilizada

contra los intereses de los ciudadanos del país no tiene por qué ser honrada y su devolución no es reclamable ya que los prestatarios habrían actuado de mala fe. En todo caso, tales deudas podrían considerarse personales, debiendo responder quienes las hayan contraído a título individual y no el Estado en su conjunto. El concepto es similar a la nulidad de los contratos firmados bajo coacción.

En una entrevista para La Izquierda Diario, Éric Toussaint, especialista en deudas y portavoz de Comité para la abolición de las deudas ilegítimas explicó que Sack llegó a la elaboración de su doctrina después de estudiar más de un siglo y medio de litigios sobre deudas soberanas en el mundo: analizó las experiencias de la Revolución Francesa o la Independencia de México; el repudio de deuda por parte de Portugal en 1837; el de Estados Unidos por esos mismos años y después de una crisis bancaria; el repudio realizado por Abraham Lincoln al final de la Guerra de Secesión en 1865; el que llevó adelante el naciente país de los soviets en 1918 (URSS); el repudio de Costa Rica de 1919; y el Tratado de Versalles en el que también hubo anulación de deuda, entre muchos otros. (90)

La doctrina está presente en la discusión sobre la obligación de pago de la deuda externa en aquellas naciones en las que existieron dictaduras, monarquías absolutas o gobiernos no democráticos. Sin embargo, para Sack, la naturaleza despótica o democrática de un régimen no es determinante. Incluso va más allá, una deuda contraída por un régimen autoritario puede, eventualmente, ser reembolsada si sirve a los intereses de la población. Pero una deuda tomada por el gobierno de un régimen democrático puede ser calificada como “odiosa”.

El periodista Alejandro Bercovich hizo algunas preguntas sugerentes para poner en cuestión el discurso de “no hay alternativa” a pactar con el Fondo. Las siete plagas de Egipto que anunciaban los voceros del “pacto o muerte” no tenían todos sus fundamentos en orden. En los términos de Bercovich: “La mayoría de las calamidades que auguran son exageradas y soslayan tanto el costo de hacer lo contrario como la experiencia acumulada. Mucho peor: la heterodoxia cautelosa de Guzmán y Fernández dejó pasar la oportunidad excepcional que ofreció la pandemia, especie de guerra mundial para esta generación, que habilitó infinidad de rupturas de cuanta regla inquebrantable haya imperado antes, desde la disciplina fiscal hasta el derecho a la reunión o la libertad de tránsito”. (91)

Esta última cuestión es más que interesante porque interroga sobre los modos de abordar el estado de excepción provocado por la pandemia: ¿Sólo podía

afrontarse como un límite o también podía haber sido una oportunidad? Si bien es cierto que paralizó gravemente la economía y redujo recursos, también es verdad que habilitó todos los fundamentos posibles para medidas excepcionales. Comparada, justamente, con otras catástrofes y hasta con una guerra, ¿no legitimaba, acaso, resoluciones audaces cuando se trataba nada más y nada menos que de la salud, la vida y la muerte? La respuesta está a la vista, pero el interrogante queda abierto. No existió una exploración del amplio universo de posibilidades que la crisis del coronavirus abría en el horizonte. Incluso, una crisis sanitaria y económica histórica por sus dimensiones y su capacidad de daño se abordó, como no podía ser de otra manera, desde la perspectiva del orden.

Una vez más, el peronismo

Si el peronismo de impronta kirchnerista de principios de siglo irrumpió en −cierta medida− “bajo el signo de las masas”, el peronismo moderado que retornó al poder fue el emergente de una pasividad impuesta.

No obstante, como muchas veces se dio por muerto al peronismo sin que éste se diera por enterado, la reflexión sobre qué queda de la identidad peronista en el movimiento obrero o el mundo popular, y más en general en qué momento estamos de la relación entre peronismo y clase obrera, de alguna manera recién empieza, no como reflexión teórica sino como posibilidad política.

Una de las características del peronismo fue la conformación de una identidad política de la clase obrera promovida desde el Estado, apoyada en la consabida combinación de coerción y consenso: estatización de los sindicatos con un aparato totalitario y con amplias prebendas por un lado; y por otro, lo que algunos sociólogos llamaron ampliación de la ciudadanía (véase el Capítulo III).

Más adelante, con la desestructuración relativa de la clase obrera, el peronismo creó una red de contención clientelar bajo la batuta de los dirigentes políticos o del “intendentismo”.

Pero, las mutaciones del peronismo no fueron sólo “superestructura”, sino que han estado relacionadas con cambios en ese “anclaje de clase” sui generis.

Después de la derrota que significó la dictadura se puede pensar a los gobiernos posteriores como experiencias políticas que buscaron constituir algún tipo de “bloque histórico” con el centro en las capas medias y con el movimiento obrero en un lugar auxiliar. El alfonsinismo con el “universalismo democrático” de corto alcance (“con la democracia se come, se cura y se educa”) y un discurso de derechos humanos desde el Estado, aunque basado en la teoría de los dos demonios. El menemismo con la ideología del “derrame” y la ampliación del consumo a partir de las condiciones excepcionales que brindó la convertibilidad para un sector de las capas medias y altas de la sociedad argentina que de esa

forma hacía de nexo en una alianza que unía a “Recoleta con La Matanza”. Y el kirchnerismo representó la combinación de un discurso de los derechos humanos desde el Estado (aunque a la izquierda de la teoría de los dos demonios) con una vuelta al consumo y un limitado pacto de convivencia redistributivo con los sindicatos (y “movimientos sociales”) hasta la ruptura de Cristina Kirchner con Hugo Moyano, a partir de la cual empezaron distintas líneas de ajuste negociado.

La experiencia del peronismo posdictadura evidencia un creciente debilitamiento de su “anclaje de clase” y una apoyatura mayor en las capas medias. La idea no es presentar un “peronismo de clase media” en toda la línea, ni desconocer su peso entre los pobres urbanos. Pero, el desplazamiento territorial puede entenderse como la contracara de este “giro a las clases medias”. La volatilidad del voto nacional o provincial en determinadas regiones y sectores sociales muestra la crisis identitaria.

El proceso de redefinición de la identidad peronista después de su último gran avatar kirchnerista evidenció un desdibujamiento que tuvo en el panperonismo una primera expresión general en Sergio Massa, candidato del justo medio municipalista y descafeinado, un poquito peronista y un poquito republicano, para la cartera de la dama y el bolsillo del caballero. Massa se desinfló por errores propios o por las circunstancias, pero Alberto Fernández expresó un massismo por otros medios, a tal punto que lo incorporó a la nueva coalición.

¿Será esta la anatomía del “quinto peronismo” conducido por Alberto Fernández y con el kirchnerismo desdibujado adentro? Una tónica de una política sin épica, de ampliación de derechos ciudadanos en el marco de una restricción económica. Con un vínculo estrecho con los sindicatos reducido a lo más conservador del aparato gremial de corte empresarial, precisamente a los dirigentes que más aportaron a la gobernabilidad de Macri. Con los llamados “movimientos sociales” respaldando más a Alberto Fernández de lo que Alberto Fernández respaldó a los movimientos sociales. En discurso, espíritu, forma y contenido parece más la apuesta a la refundación del peronismo en clave socialdemócrata retomando la obra inconclusa de la renovación ochentista, pero después de vivir un siglo y con varias crisis más encima.

Las viñas de la ira

En tiempos de política posmoderna de escasez de vínculo entre las palabras y las cosas por la inflación de los relatos, uno termina valorando a quienes lisa y llanamente describen los hechos sin eufemismos ni pelos en la lengua. Incluso, pese a que con esas personas los acuerdos políticos tiendan a ser escasos. En uno de sus primeros informes del 2022, Emmanuel Álvarez Agis escribió: "Efectivamente, honrar la deuda con el FMI implica una retracción de los recursos que el país pueda generar en los próximos años. En ese sentido, pagar la deuda con el FMI implica un techo al crecimiento: con una canasta de exportaciones poco sensible a la competitividad cambiaria y reservas del banco central en niveles críticos, en el corto plazo o bien se utilizan los dólares provenientes de las ventas al exterior para pagar las importaciones que permitan sostener una determinada tasa de crecimiento, o bien se utilizan esos mismos dólares para pagar la deuda con el FMI. Pero, además, dado que el organismo identifica como principal factor de sostenibilidad de la deuda el resultado fiscal, también existe un segundo techo al crecimiento por el lado de las posibilidades de expansión del gasto público. Dadas esas restricciones, el conjunto del FdT registra correctamente que el pago de la deuda con el FMI implica incumplir, en cierta medida, un contrato electoral que estuvo basado en la recuperación económica".

Esta es la perspectiva para quienes, claro, se ajustan a la "correlación de fuerzas" y, más en general, no ven otro horizonte más que el de administrar los hechos consumados con el plan de mantener a toda costa el orden y la estabilización, incluso si eso implica cristalizar por muchos años la foto social actual.

A veinte años de la última gran crisis que terminó en estallido, estos son los plantes de "realpolitik" para una Argentina con indicadores sociales inenarrables. Con ese telón de fondo, este recorrido por el país de la hegemonía imposible merece una reflexión final que linkea un poco arbitrariamente (aunque no tanto) algunos textos y un contexto. Porque más allá del juego político empantanado, afuera y abajo hay un país.

En una entrevista para el libro El peronismo de Cristina, el exministro del Interior de Carlos Menem, José Luis Manzano, explicó la significación del triunfo del Frente de Todos: “Si no se hubiera construido una coalición de centroizquierda que expresara las demandas de la gente −explicó Manzano−, el corte hubiera sido horizontal. Se iba el sistema político para un lado y la gente para el otro. Acá la gente se vinculó al sistema político porque hubo una alternativa que decía ‘vamos a defender lo tuyo’, y la gente confió. Todo el mundo se está cortando horizontal. Acá hay brecha, pero una brecha vertical. Los de muy abajo miran a la cabeza del Estado y se sienten representados. Es un milagro de la ciencia política”. Manzano agregó: “Con esos niveles de desocupación y pobreza, tendríamos que haber tenido lo de Chile y Ecuador. No tuvimos lo de Chile y Ecuador porque el clima electoral empezó temprano, al principio del año. Todo 2019 la gente fue mordiendo el freno a esperar la elección, y el acto catártico fue la elección, ganar en primera vuelta”.

La novela más famosa del escritor estadounidense John Steinbeck se titula Las viñas de la ira. Situada en un Estados Unidos inmerso en la Gran Depresión de la década de 1930 con uno de cada cuatro habitantes sin empleo. En el centro-oeste hace años que no llueve y los campos están envueltos de polvo. Cientos de miles de granjeros se trasladan a las preciadas tierras de California con la esperanza de conseguir un trabajo. Pero no encuentran un paraíso sino un infierno de explotación y humillación. Con una potencia bíblica, Steinbeck narra el destino de la familia Joad, los esfuerzos sobrehumanos que hacen en su travesía hasta California y la cruel codicia de los dueños de las plantaciones.

A fines de 2021, uno de los fenómenos sociales más interesantes a nivel internacional tenía su epicentro −precisamente− en Estados Unidos. Un académico lo bautizó como “la Gran Renuncia” (The Great Resignation): millones de personas que abandonaron sus empleos expresando un malestar generalizado en la pospandemia. Ya sea por el síndrome del trabajador “quemado” (burn-out) que se expresa en fatiga crónica, dolor de cabeza, irritabilidad, frustración, ansiedad por agotamiento o también por el descontento ante los salarios bajos, la rigidez y la precarización en las condiciones laborales que ofrecen las empresas. Aún no es ira, pero se le parece.

¿Cuántas familias Joad habitan la Argentina? ¿Cuántas personas que vienen de un largo peregrinar con agravios en cómodas cuotas, caídas enérgicas, recuperaciones débiles y una eterna precarización de la vida? Aunque no se haya producido al ritmo de shock de la crisis de 1930, nuestra crisis se extiende en el

tiempo y parece no tener fin. De padres o madres que tienen el recuerdo de un empleo formal a hijos víctimas de la desocupación estructural o, en el "mejor" de los casos, de la precarización del monotributismo o del freelanceo; de la casa propia a la errancia de los alquileres impagables sin derecho a la ciudad y ni siquiera a sus conurbanidades ¿Cuántos "quemados" que se sienten como un boxeador en una esquina que, grogui, está parado a tientas aguantando los golpes con ganchos y zurdas que parecen venir de todos lados: de la economía, de la inseguridad, de la salud, de la comunidad? (Véase el Capítulo I).

Durante la pandemia circuló un fragmento de la participación de la socióloga francesa Monique Pinçon-Charlot, experta en las élites económicas y políticas en un programa televisivo en los tiempos de la irrupción de los "chalecos amarillos", aquellos expulsados por el orden neoliberal que sábado a sábado desataron su furia sobre la majestuosa París: "Lo que intentaré evidenciar −decía esta académica con rostro de tía buena– es que los trabajadores hoy son tratados como costes, gastos, recursos, materias primas, recursos productivos, pero a partir de un momento esa violencia de los ricos deja de ser visible. Eso es interesante: esa violencia de aquellos que quieren suprimir el salario mínimo, que piensan que los trabajadores cuestan demasiado caros, es una violencia generada a puerta cerrada, en los salones de los barrios ricos, una violencia que no es visible. Veo una relación de fuerzas efectivamente violenta, pero al mismo tiempo, como especialista en la violencia de los ricos, digo que el que siembra la miseria, muy probablemente cosechará la ira". Muy probablemente el país del empate no esté exento de esa posibilidad, porque milagros no hay.

79. "No veo alternativa a esta política pro mercado", entrevista a Emmanuel Álvarez Agis, Letra P, 6-6-19.

80. Tariq Ali, El extremo centro, Alianza Editorial, 2015.

81. Diego Genoud, El peronismo de Cristina, Siglo XXI, Buenos Aires, 2021.

82. “Un gobierno con Cristina puede ser más creíble que el de Macri”, entrevista a Guillermo Calvo, Diario Financiero, 24-7-19.

83. Margaret Thatcher, Los años de Downing Street, Sudamericana, Buenos Aires, 1994.

84. Un aporte interesante para esta discusión se encuentra en Luis Alberto Quevedo e Ignacio Ramírez (coord.), Polarizados ¿Por qué preferimos la grieta? (aunque digamos lo contrario), Capital Intelectual, Buenos Aires, 2021. Y especialmente en el texto de María Esperanza Casullo e Ignacio Ramírez, “Anatomía de la polarización política argentina”.

85. Pablo Gerchunoff y Roy Hora, La moneda en el aire. Conversaciones sobre la Argentina y su historia de futuros imprevisibles, Siglo XXI, Buenos Aires, 2021.

86. “Hay que pensar modos de movilización que acompañen el período de un nuevo gobierno popular”, entrevista a Javier Trímboli, revista Zoom, 9/9/19.

87. Álvaro García Linera, “La segunda oleada progresista latinoamericana”, ElDiarioAr, 28-11-21.

88. Claudio Uriarte, Almirante Cero. Biografía no autorizada de Emilio Eduardo Massera, Planeta, Buenos Aires, 2011.

89. Albert O. Hirschman, La retórica reaccionaria, Capital Intelectual, Buenos Aires, 2021.

90. “La estrategia de Fernández con el FMI va en contra del pueblo argentino”, entrevista a Éric Toussaint, La Izquierda Diario, 16-11-20.

91. Alejandro Bercovich, “¿Y si no le pagamos al Fondo?”, revista Crisis, 14-12-21.

Gracias totales

A todos aquellos autores y autoras con los que mantuve diálogos reales o imaginarios.

A los compañeros y compañeras del Partido de los Trabajadores Socialistas, organización a la que pertenezco desde hace casi tres décadas y a la que le debo mi educación política y mi formación intelectual, además de muchas otras cosas.

Muy especialmente a Juan Dal Maso, el mejor lector argentino de su generación de la obra Antonio Gramsci −un autor muy presente en este libro−, sus consejos y precisiones sobre definiciones teóricas o políticas fueron fundamentales; a Celeste Murillo y a Pablo Anino (con quienes compartimos la aventura radial de “El Círculo Rojo”): a la primera por su lectura aguda y recomendaciones que fueron desde las ideas generales hasta el estilo y al segundo por su rigurosidad para los datos siempre acompañada de interpretaciones sugerentes. Por supuesto, todos los aciertos les pertenecen, así como son de mi autoría los eventuales errores.

A José Natanson por considerar que las intervenciones en las discusiones políticas o en los debates ideológicos merecían una elaboración bajo la forma de un libro y porque a lo largo de estos años de intercambio de borradores cumplió con la premisa que se espera de un buen editor: intentar mejorar lo que el autor quiere decir y no lo que al editor le gustaría que escribiera. En este caso, se valora por partida doble porque algunas de las ideas son contrarias y hasta en polémica con sus propias elaboraciones.

A Creusa Muñoz por el trabajo de edición y coordinación imprescindible para que este libro pueda ver la luz.

A Laura, lectora crítica y perspicaz que estimula un ejercicio indispensable: la revisión de las certezas (una práctica necesaria, entre otras cosas, para comprobar la buena salud del dogma), con ella comparto las vicisitudes cotidianas que en el trasfondo de todas cosas son lo más importante. En última instancia, luchamos para poder disfrutar con la mayor plenitud posible

−nosotros, los que nos rodean y los que vienen− de eso tan nuestro y tan maravilloso que es el conmovedor oficio de vivir.